
HARLEQUIN
Bianca
Los Drakos
TARA PAMMI
EL PRÍNCIPE INDÓMITO

Bianca™

EL PRÍNCIPE INDÓMITO

Tara Pammi



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El príncipe indómito, n.º 155 - agosto 2019
Título original: Crowned for the Drakon Legacy
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-341-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

UNA TRABAJADORA en un banco de Los Ángeles llamada Melissa…

La conserje de un lujoso club de campo de Manhattan…

Una camarera de una coctelería…

Mia Rodriguez fue hojeando la pantalla de su móvil y la rabia se apoderó de ella. El ronroneo del exclusivo deportivo rojo era como un eco amortiguado mientras se alejaba de la horda de periodistas sedientos de sangre. La conferencia de prensa para anunciar que se retiraba del fútbol se había convertido, de repente, en un circo alrededor de las infidelidades de Brian. Había muerto hacía un año y su fantasma seguía persiguiéndola. Con los dedos tembloroso, pulso un pequeño triángulo parpadeante en un vídeo.

Brian era insaciable en lo relativo al sexo…

Me dejaba exhausta cada vez que nos veíamos…

Seguramente, Mia, su esposa, solo tenía tiempo para el fútbol y, evidentemente, Brian acudía a mí para que le diera lo que no le daba ella…

–Apágalo.

Cerró los ojos. El llanto habría sido un alivio, pero también habría significado que podía dar salida a todo lo que se le amontonaba por dentro. Además, las lágrimas también significarían que sentía algo por el hombre con el que se había casado.

La voz se le iba grabando en la cabeza mientras el videoclip iba repitiéndose una y otra vez.

Mia Rodriguez no era suficiente mujer para su marido…

–Apaga esa maldita cosa.

El frenazo repentino hizo que saliera expulsada hacia delante y el cinturón de seguridad se le clavó en el pecho. El corazón se le subió a la garganta. Unas manos grandes y desconocidas le arrebataron el teléfono y lo tiraron al asiento de atrás. Mia lo siguió con la mirada y vio la pantalla deslizarse por el mullido cuero.

–Mia… mírame.

Los dedos en la barbilla y el tono autoritario hicieron que levantara la mirada. Unos ojos azules y penetrantes la dejaron sin respiración. La nariz aguileña, la boca ancha e indolente… Ese rostro que hacía que las mujeres de todo el mundo suspiraran con arrobo, ese hombre tan cerca…

Y no era un hombre cualquiera, era un príncipe cautivador, de una virilidad devastadora. Era Nikandros Drakos, el temerario príncipe de Drakon, segundo en la línea sucesoria, apasionado por los deportes de riesgo y sexy como un demonio.

Lo agarró de la muñeca para apartarlo. Notó la piel curtida y peluda en las yemas de los dedos, era áspera e hipnótica, completamente distinta la de ella… Una descarga eléctrica le despertó todas neuronas y las células de un sopor muy profundo.

Miró los dedos que agarraban el volante y bajó la mirada por las venas de las manos hasta las muñecas. Vio el ligero destello de la esfera del reloj Patek Philippe que llevaba en la muñeca derecha. Era el reloj de un deportista. A ella también le regalaron uno hacía cuatro años, cuando su equipo ganó el campeonato del mundo, cuando Nikandros todavía era el propietario del equipo.

Siguió subiendo la mirada hasta los hombros, hasta el mentón y los rizos negros y un poco largos…

–Deja de oír esas entrevistas atroces.

Ella parpadeó y miró hacia otro lado. Le parecía enorme y abrumadoramente viril y estaba demasiado cerca en la estrechez oscura del coche. Había sido amigo íntimo de Brian y ella había llegado a detestarlo porque su irresponsable marido lo había venerado como si fuese su vasallo.

Era un hombre que había dejado muy claro lo que opinaba, que ella no le llegaba a la suela de los zapatos a Brian; un hombre adicto a la adrenalina que le producía tentar a la muerte y que no dominaba los impulsos de buscar emociones, que tenía todo lo que ella aborrecía de un hombre.

Ese resentimiento la sacó de la lástima por sí misma, pero nada podía sofocar la sensación de tenerlo tan cerca y mirándola con esos ojos. El silencio se hizo casi palpable, como si revelara la reacción casi incontrolable de su cuerpo hacia él. Se moriría si él la percibía. Hasta esa humillación delante de todo el mundo, ese escarnio de la prensa, sería menos doloroso que ver el desprecio de esos ojos azules y gélidos.

Se puso muy recta solo de pensarlo.

Esa reacción se había debido a la impresión, a la necesidad, muy humana, de contacto ante la adversidad. Habían pasado meses, tres

años para ser exactos, desde que no la tocaba un hombre. Una vez aceptado ese dato, sintió algo más de valor, miró por el parabrisas y, por primera vez, se dio cuenta de dónde estaba. Habían salido de Miami y habían llegado a una zona muy lujosa y residencial. El edificio de pisos que podía ver desde el coche hacía que la situación fuese más irreal todavía. Lo miró fugazmente y luego fingió que le interesaba lo que la rodeaba.

–Lo siento, Alteza, debería haberos dado la dirección. Vais a tener que dar unas vueltas, pero os agradecería que me dejarais en mi casa.

Se quedó satisfecha porque había sonado firme y cortés a la vez.

–Si no me equivoco, tu madre y tu hermana viven en Houston, ¿no?

Ella, pasmada de que supiera eso, asintió con la cabeza. Era como si sintiera una descarga cada vez que se miraban a los ojos. No había creído que la antipatía entre dos personas pudiera llegar a ser tan tangible.

–Puedo decirle al piloto que llene el depósito del avión y te lleve.

Brian y ella habían sido famosos entre los aficionados al fútbol, pero ese hombre era de la realeza. Tenía aviones privados, equipos de fútbol y clubs de aventura extrema, y eso cuando la prensa sensacionalista no hablaba de la fortuna que había heredado como vástago de la poderosa casa real de Drakos, el príncipe que había dilapidado su legado…

–No hace falta –consiguió replicar ella.

Cada vez que él decía algo con esa voz grave, se despertaban rincones dentro de ella que se había olvidado que existían.

–Ya habéis hecho bastante –añadió Mia.

–Lo dices como si yo fuese unos de esos chacales de la conferencia de prensa, como si yo también fuese tu enemigo.

Su voz transmitía cierta impaciencia y algo más, como si entre ellos hubiese algo más que aversión desde hacía años.

Él era un príncipe, un privilegiado en todos los sentidos posibles, guapo, temerario, cautivador y sin la más mínima… sustancia.

Ella había trabajado como una mula para conseguir todo lo que tenía, ya no se acordaba de cuándo había sido la última vez que había hecho algo que pudiera llamarse divertido y la profesión de toda su vida había terminado a los veintiséis años.

No se parecían en nada y la conversación era demasiado personal para ella.

–No os conozco lo suficiente como para sentir algo tan fuerte

como el odio hacia vos.

–Mia Rodriguez Morgan no muestra sus sentimientos, ¿verdad? Me había olvidado de tu fama.

–No sabéis nada de mí, salvo el personaje que ha creado la prensa, Alteza. Vuestra amistad con Brian no os dice nada de mí.

–Te agradecería que me miraras cuando estoy hablando contigo, Mia. Nos conocemos desde hace diez años.

–Y nos hemos caído mal durante esos malditos diez años, no vamos a fingir ahora lo contrario.

Se hizo una quietud tensa en el coche. Él tenía razón, lo había conocido incluso antes de haber conocido a Brian. Tenía diecisiete años y jugaba en el equipo junior cuando conoció al joven príncipe de Drakon. Ella, como todo el mundo, se había quedado prendada del cautivador príncipe europeo. Había oído historias sobre sus peleas con su familia, sobre sus correrías con mujeres de todo el mundo, sobre sus temerarias carreras de coches y los deportes de riesgo que practicaba. Ella siempre había sido tímida con los hombres y cauta e introvertida con los conquistadores consumados como él.

Aunque eso no quería decir que no se le hubiese caído la baba a distancia. Su energía indómita y su virilidad descarada hacían que Nikandros fuese irresistible. Él, rodeado de actrices de primera fila y modelos espigadas, no se había fijado en ella y eso le había dado cierta libertad para permitirse algunas fantasías con él. Cuando Brian, el firme y fiable Brian, le pidió que saliera con él, ella no volvió a pensar en el inalcanzable príncipe.

El hombre fiable y trabajador del que se había enamorado desapareció casi en el mismo instante en el que su carrera como futbolista despegó. El Brian con el que se había casado desapareció para no volver con cada contrato nuevo y con la amistad con personajes de la alta sociedad como Nikandros.

Sin embargo, Nikandros siempre había estado presente, como un espectro entre bambalinas, siempre con una mujer distinta colgada del brazo, siempre con un proyecto de inversión nuevo.

La amistad de Brian con Nikandros había sido legendaria, pero ella no había conseguido entrar del todo en su exclusivo círculo. Cuanto más se arriesgaba Nikandros, más quería Brian parecerse a él, sin conseguirlo.

Ella siempre había sabido que ningún hombre podría parecerse ni remotamente a Nikandros Drakos, fuera por la genética o por el motivo que fuese, algo que Brian no podía soportar cada vez que ella se lo recordaba.

A lo largo de los años, esa antipatía que habían sentido Nikandros y ella el uno por el otro había ido aumentando.

–Tengo que decir en mi defensa que he tenido un día muy complicado –añadió ella dándose la vuelta muy despacio.

Él la miró pensativamente y con cautela. La prensa se había ensañado con ella, pero parecía como si hubiese sido él quien había recibido la noticia más humillante de su vida. ¿La traición de Brian le sorprendía tanto de verdad?

–No deberías quedarte sola los próximos días. Brian habría querido…

–Al parecer, Brian quería muchas cosas que yo no podía darle, Alteza.

–No me llames eso –replicó él apretando los labios.

–Sin embargo, es la forma correcta de dirigirse al vástago de la familia reinante de Drakon, ¿no? Ahora entiendo el ataque de vuestro asistente cuando me monté en el coche. Lo único que le faltaba era que yo os arrastrase a ese circo mediático.

–Alguien debería ocuparse de ti…

–Llevo mucho tiempo ocupándome de mí misma.

–¿Tu familia no quiere acogerte por todas esas… historias asquerosas que se han inventado los medios de comunicación?

–¿Historias? –ella notó la amargura en la boca–. Si yo pudiera engañarme así, dormiría esta noche.

Él la miró con los labios apretados.

–Podrías concederle a Brian… a su memoria… un mínimo beneficio de la duda, se lo merece. Al menos, ahora.

–Al menos, ahora… –repitió ella inexpresivamente, hasta que, poco a poco, fue entendiéndolo–. ¿Queréis decir ahora y no como cuando estaba vivo? –preguntó ella encontrando un objetivo para su furia–. Explicaos, Alteza.

Algo brilló en aquellos ojos azules como el hielo antes de que la cautela gélida se adueñara de él otra vez.

–No es ni el momento ni el lugar.

–Como no tengo previsto encontrar un momento y un lugar en el que me apetezca volver a veros para tener esta conversación, por favor, concededme el honor de oír vuestras conclusiones sobre nuestro matrimonio. Todo el mundo está dando su veredicto y podríais hacer lo mismo, sobre todo, porque vuestro amigo no está aquí para defenderse.

No le pareció el príncipe cautivador que tenía relaciones más duraderas con sus coches que con sus novias, el hombre al que le importaba un comino su familia, el deterioro de su anciano padre o

sus obligaciones con su país, el hombre que solo disfrutaba con la perversión del placer y el deporte. Tenía los dientes apretados y agarraba el volante con fuerza, captaba los mismos sentimientos turbulentos en él que los que sentía ella.

–Estás dolida y enfadada y yo nunca había pretendido mantener esta conversación.

Ella había visto, durante tres años, cómo se marchitaba poco a poco su matrimonio, desde unos meses después de que lo celebraran. Durante un año, había sobrellevado el remordimiento por la muerte de Brian y en ese momento, cuando había empezado a recomponer los pedazos de su vida, se le había hecho añicos otra vez.

–Pues no deberíais haber dado a entender que sí queríais.

Él se giró hacia ella, que sintió como un puñetazo por el impacto de su mirada. La camisa blanca contrastaba con el tono oscuro de la piel, parecía un dios pagano en la penumbra del coche, un dios pagano y muy viril.

–No voy a excusarme por lo que hizo Brian si todo esto es verdad.

–Lealtad incondicional para el hombre amigo y que la culpa recaiga sobre la mujer, qué vulgar sois, Alteza, por mucha sangre azul que tengáis.

Sus ojos azules dejaron escapar un destello de rabia.

–Solo sé que él… él estaba loco por ti, que se volvió loco para intentar arreglar vuestro matrimonio y que tú lo dejaste al margen. Él no era quien quería deshacer el matrimonio. ¿Eso no cuenta?

Entonces, sabía que había sido ella la que había pedido el divorcio. Le espantaba parecer que adoptaba una actitud defensiva, pero, aun así, no pudo evitar decirlo.

–Las palabras de amor y las promesas se las lleva al viento, los actos son lo que importan. Cambió en cuanto su carrera despegó y lo perdí en cuanto entró en vuestro círculo, en cuanto decidió imitaros y correr vuestros riesgos…

Su voz reflejó la confusión que sentía. Durante tres años, mientras entrenaba sin que la contrataran y era pobre, Brian la había perseguido con promesas de amor eterno y palabras cariñosas, que se esfumaron en cuanto le llegó el éxito.

–Decidió distanciarse –siguió Mia–, prefirió sentarse al volante de ese maldito coche vuestro y conducir aunque estuviese bebido.

–Mia, yo…

–Y vos… vos jamás habéis tenido una novia, Alteza. Las modelos y las actrices pasan por vuestros brazos como si fuesen un accesorio.

¿Cómo os atrevéis a juzgarme por haber querido acabar con una relación tóxica? Estoy harta de vos y de vuestras opiniones ridículas.

–Mia…

Ella intentó encontrar el cierre, pero las emociones se habían adueñado de ella. ¡Maldito hombre y maldito coche! Notó la calidez de su piel antes de darse cuenta de que se había inclinado por encima de ella para alcanzar el cierre. La musculatura fibrosa le rozó el pecho.

Cerró los ojos. El susurro de la respiración alterada le retumbaba en los oídos. Notó que se le derretía el vientre, que todo el cuerpo le vibraba por la tensión, y rezó para que se le serenase el cuerpo, para que no le afectara su aliento, su virilidad imponente. Sentía tanta impotencia y remordimiento por ese deseo tan intenso que se le doblaban las rodillas, se sentía dominada por un batiburrillo de emociones.

Por fin oyó el chasquido del cierre y estuvo a punto de caerse a la calle.

Una parte de sí misma le decía que estaba siendo irracional, que no podía alejarse de él en plena noche, que su opinión le importaba mucho aunque hubiese dicho lo contrario, pero no podía dominarse.

¿Le había contado Brian todo a Nikandros? ¿Le había contado que ella había dejado de querer estar cerca de él y lo mucho que le había costado que la tocara después de que se enterara de su primer… desliz? Las piernas temblorosas no la sujetaban casi cuando oyó que él se acercaba a ella en la calle oscura y vio que la amplitud de sus espaldas la cubrían por completo.

–Estás siendo absurda, Mia.

Ella notaba el cierre clavado en la espalda mientras intentaba fundirse con la puerta. Haría lo que fuese para que su olor no la empapara por dentro, para sofocar esas ganas irrefrenables de arrojarse en sus brazos.

–Apartaos.

Él extendió los brazos y un mechón de pelo negro como el carbón le cayó por encima de la frente.

–No debería haber hablado de Brian esta noche, cuando estás sobrellevando…

Mia le golpeó en el pecho con un dedo y vibrando por la intensidad de la furia.

–No tenéis derecho a hablar de nuestra relación ahora ni nunca. Además, si eso ha sido una disculpa, ha sido ridícula.

Nikandros la agarró de las muñecas y la acercó más a su cuerpo alto y delgado. Se le encogieron las entrañas cuando le levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara a los ojos.

–Jamás en mi vida me he disculpado con una mujer, excepto con mi *maman*.

Dijo «*maman*» con acento francés y le pareció como un toque de caramelo sobre chocolate oscuro.

–Entonces, Alteza, me sorprende la cantidad de mujeres que están dispuestas a aguantaros.

–Móntate en el coche otra vez. Puedes pasarte toda la noche diciéndome lo espantoso que soy.

–¿De repente estáis siendo amable conmigo?

Él palideció como si no se hubiese dado cuenta. El brillo de sus ojos azules era hipnótico a la luz de la luna.

–Suelo ser amable… Me quedé después del desastre de la rueda de prensa porque pensé que podías…. necesitar un amigo –se pasó la mano por el pelo mientras resoplaba–, pero, como otras veces, me desvié de mis intenciones –él hizo una mueca de desprecio de sí mismo y Mia se quedó pasmada–. Quédate en mi ático hasta que se calme esta furia por Brian.

–No –Mia sintió un escalofrío solo de pensar en quedarse a solas con ese hombre cuando tenía las emociones así de alteradas–. Gracias por la oferta, pero necesito paz y tranquilidad, no a don Sentenciador mirándome por encima del hombro cuando no sabe nada de nada sobre las relaciones…

–Tú sí sabes mucho sobre mis relaciones… o sobre mi falta de relaciones.

A ella le abrasó la piel y rezó con todas sus fuerzas para que él no lo notara.

–No os distinguís precisamente por alejaros de la prensa. No me extraña que pareciera como si vuestro pobre asistente tuviera el peor trabajo del mundo –Mia notó el agotamiento y se pasó una mano por la nuca–. Solo quiero irme a casa.

–Estará rodeada por la prensa. Mi piso tiene servicio de seguridad las veinticuatro horas y es una fortaleza contra los medios de comunicación. Allí estarás segura.

Mia se hundió contra el metal frío al pensar en las cámaras apuntando a su cara y en los obscenos detalles sobre las aventuras de Brian… Parecía que ocultarse en la guarida del príncipe temerario era su salvación.

–Reconoce que te tienta. Es una situación que no queremos ninguno de los dos, pero estaba claro que no podía abandonarte allí.

–¿Por qué estabais en la conferencia de prensa?

Después de casi un año, su agente la había convencido de que sus admiradores necesitaban un punto final, que debería anunciar en público su retirada del fútbol. Había roto todos los vínculos contractuales con el equipo de Nick hacía meses cuando se enteró de que la tercera lesión que se había hecho le dañaría irreversiblemente la rodilla si seguía jugando.

Al menos, no le había afectado a la vida cotidiana.

Con ese golpe devastador y el accidente de Brian, su vida se había convertido en un torbellino descendente. El comunicado en la conferencia de prensa debería haber sido como empezar de cero… pero la prensa le había tendido una emboscada con las infidelidades de Brian y Nikandros había estado allí. Notó que le sudaba la frente y que le volvía la nauseabunda sensación.

–¿Sabíais la noticia sobre las infidelidades de Brian? ¿Por qué no me avisasteis? –lo agarró de la camisa al sentirse traicionada otra vez–. ¿Acaso decidisteis que me merecía esa humillación por mis supuestos pecados contra Brian?

Él la agarró de los brazos y la calidez de su cuerpo la despertó en más de un sentido.

–Yo no sabía lo que iba a salir, Mia, no sabía… no sabía lo que estaba haciendo él con todas aquellas mujeres. Como mínimo, le habría dicho que tenía un problema.

–No sé por qué, pero dudo mucho que los votos de matrimonio signifiquen algo para un mujeriego empedernido como vos.

–¿Quién está sacando conclusiones ahora?

Tenía los ojos implacables y la agarraba con fuerza de los brazos. Estaba tenso, hasta que empezó a soltar lentamente el aire que había estado conteniendo.

¿Le había hecho daño?

Era la idea más disparatada en la noche más extraña. Sin embargo, el hombre que había creído que era no le habría ofrecido ayuda esa noche, ni siquiera la habría mirado, sobre todo, cuando, al parecer, había decidido que ella se había desentendido de Brian.

Además, Nikandros nunca había fingido ser su amigo, ni siquiera su conocido. Él, de entre todos los amigos de Brian, siempre había mantenido una distancia cortés y cautelosa con ella, como si acercarse demasiado fuese a contaminar su sangre azul.

–Entonces, ¿por qué estabais allí? Sé que vendisteis el equipo femenino y dijeron que ibais a marcharos de Florida e incluso, a lo mejor, de Estados Unidos. Dejasteis a vuestra última novia –ella soltó todo lo que había leído sobre él en la prensa, una costumbre

que mantenía desde que apareció en escena–. Tenías que saberlo… No me mientas más, Nikandros. Por favor, ni una mentira más.

Mia cerró los ojos y tuvo que afrontar lo único que había intentado negarse, que algo había cobrado vida la noche anterior en el coche por culpa del príncipe temerario. La sensación de tenerlo cerca se multiplicó por mil, su olor, denso y delicioso, diametralmente opuesto al de ella, se le aferró a la nariz.

Por eso, cuando él habló, cuando su aliento le acarició la piel, cuando bajó las manos a sus hombros y la estrechó contra su cuerpo, cuando su fuerza y calidez le despertaron un anhelo profundo y ávido, se dejó arrastrar por las sensaciones. Notó que su poderoso cuerpo se estremecía, notó que inhalaba aire mientras introducía la nariz entre su pelo, notó que la necesidad apremiante de pegarse a él le reverberaba por todo el cuerpo.

–Fui porque necesitaba despedirme.

–No te creo –ella dejó escapar una risa–. Nunca me has considerado una amiga. No podías digerir la idea de que Brian se casara conmigo. Tú…

Nikandros la apartó con una violencia contenida mucho más aterradora que la manera que tenía de arremeter contra ella. Se apartó el pelo con brusquedad y esbozó media sonrisa.

–No podía digerir la idea de que estuviese contigo porque… te quería para mí. Te quería para mí desde hace años, desde que apareciste en aquel campo como un rayo de luz, con tu alegría, con tu amor por el juego…

–¿Qué? –preguntó Mia retrocediendo un paso y mirándolo fijamente.

El desastre de su matrimonio, la espantosa verdad de las aventuras de Brian, todo se diluyó mientras él hablaba en un tono desafiante.

–Cuando se casó contigo, pensé que mi encaprichamiento contigo se acabaría, te odié durante todos esos años por haberlo marginado y me decía a mí mismo que era afortunado, pero no sirvió de nada. Fui esta noche porque… no puedo dejarlo ni siquiera ahora, después de que haya muerto. No puedo dejar de pensar en ti, de desearte.

La agarró de los brazos y la acercó hasta que sus caras estuvieron a unos centímetros. Ella jamás había visto algo tan hermoso como el brillo de sus ojos azules.

–Fui porque tenía que despedirme de una obsesión de diez años, de esa locura. ¿He sido suficientemente sincero, Mia?

Capítulo 2

EL PELO todavía mojado dejaba caer unas gotas sobre la camiseta de algodón que le llegaba hasta los muslos. Mia se estremeció, se frotó el pelo otra vez con la toalla y la tiró a la cesta de la ropa.

Parecía como si no tuviera fuerzas para secarse el pelo, algo curioso porque había estado nadando una hora como alma que llevaba el diablo.

La quería para él…

Se había pasado horas repasando la relación que habían tenido durante todos esos años. Como había dicho él, se conocían desde hacía diez años y tenía muchos recuerdos, muchas situaciones que, en ese momento, veía como nuevas.

Le encantaría poder agarrarse a la incredulidad, a la esperanza disparatada de que lo hubiese dicho porque tenía lástima de ella, pero ese brillo en sus ojos… era como si ella fuese el siguiente objetivo que estaba planteándose.

No tenía ni idea de cómo se había dado media vuelta y había vuelto al coche y tampoco sabía qué había dicho cuando él la llevó allí. Se fue corriendo al dormitorio en cuanto él se lo señaló y luego, como un reloj, a la piscina en cuanto dieron las doce.

El pasillo acababa en la interminable terraza con suelo de mármol y unas vistas increíbles de Biscayne Bay a un lado y Miami Beach al otro. Las palmeras y la playa le indicaban que estaba en Miami y, sin embargo, era un mundo aparte.

Recorrió el ático tensa y nerviosa por el día que había pasado.

Había una bodega de vino, otra terraza, una piscina interior y una piscina infinita exterior, cuatro baños de agua caliente y un solario que daba a Brickell.

Los pies se le hundieron en la mullida moqueta oscura cuando entró en el cuarto de los audiovisuales. Unas imágenes se movían en silencio en una pantalla y proyectaban imágenes de colores sobre el patio de butacas en forma de anfiteatro. Era una grabación de uno

de sus partidos, de hacía tres años, de cuando su equipo había ganado el campeonato del mundo.

Sintió un dolor muy intenso.

Con el corazón acelerado, se encontró a Nikandros sentado en un escalón de pasillo. Tenía los brazos apoyados en las rodillas y la camiseta resaltaba la línea de su columna vertebral. El pelo negro y mojado resplandecía cada vez que se movían las imágenes de la pantalla. Una botella medio vacía con un brillante líquido dorado se mantenía en un precario equilibrio sobre la moqueta.

Entonces, como hecho a propósito, se vio su potente disparo desde el lado izquierdo del campo, que entró en la portería sin que la guardameta pudiera evitarlo. Había quitado el sonido, pero ella pudo oír el estruendo de los aplausos como si estuviera en el campo y el sol de España le bañara el rostro. La cámara la enfocó. Estaba sudorosa y loca de júbilo, con una sonrisa de oreja a oreja que la partía la cara en dos.

En ese momento, sintió una descarga de alegría, como si la hubiesen devuelto a la vida. En la pantalla, se la veía dar la vuelta al campo y, de repente, detenerse para hacer esa ridícula danza meneando el trasero…

Esa imagen se quedó congelada en la pantalla.

Nikandros estaba viendo el partido con una intensidad que indicaba locura. Sabía que el príncipe era un aficionado obsesivo a ese deporte, que toda su atención podría estar centrada en el partido… pero no, estaba mirándola a ella. Mia bajó los pocos escalones con el corazón martilleándole el pecho.

–Apaga el partido.

Él se inclinó un poco y miró hacia arriba. Tenía unas pestañas larguísimas, pero no pudieron ocultar cómo la miró desde el pelo mojado hasta la punta de los pies con esa media sonrisa burlona y maliciosa.

–¿No verte jugar es otra de tus manías?

–¿Otra…?

–Bañarte a medianoche… –contestó él con la mirada clavada en los mechones mojados–. El aislamiento antes de un partido importante…

Mia se encogió de hombros porque sabía hasta qué punto conocía él las manías que afectaban a una parte frágil y recóndita de sí misma. Su interés en su carrera futbolística, en ella, era muy adictiva… y le llegaba directamente a la cabeza y a otras partes del cuerpo.

–Hasta hace unos meses no había podido asimilar que no

volvería a jugar –Mia volvió a mirar la pantalla y sintió ese dolor profundo que la atenazaba siempre por dentro–, que se ha terminado esa parte de mi vida.

Subió los escalones y salió al pasillo. Algo se le estaba desatando por dentro. Algo había cambiado esa noche, quizá, durante los últimos minutos, había cruzado una línea, la que separaba vivir de existir, como si se hubiese resquebrajado el entumecimiento que la había dominado. La agarraron con fuerza de un brazo y se detuvo.

–No me había dado cuenta de lo que has pasado este último año.

Él irradiaba una energía que para Mia fue como una chispa en astillas secas. Estaba de espaldas a él y apoyó la frente en la pared sin poder recuperar el aliento. Le temblaba todo el cuerpo por ese mínimo contacto y tenía que dominar cada músculo para no dejarse llevar por el impulso que se adueñaba de ella.

–Me espanta que lo plantees así –dijo ella de cara a la pared–, como si fuese una víctima del destino primero y de Brian después. Me parece… es una sensación insoportable, como si yo no controlase nada. Me regodeé con la lástima de mí misma durante un año. Curiosamente –Mia dejó escapar una risotada amarga–, es como si hubiese vuelto a encontrarme a mí misma cuando se han destapado las infidelidades de Brian. Me niego a seguir paralizada, me niego a ser una víctima.

Él le soltó un poco el brazo y le acarició la piel con delicadeza.

–Me impresionas, Mia.

Nikandros lo dijo en un tono grave y profundo, con un anhelo parecido al de ella, pero, aun así, no se acercó. A Mia le aterraba que lo hiciera y le espantaba que no lo hiciera.

–Te agradezco que hoy hayas estado ahí, Nikandros –a esas alturas, a ella ya le daba igual que su voz la delatara–. No me había dado cuenta, hasta este momento, de lo mucho que necesitaba… una cara conocida.

Todavía no se le había apaciguado la respiración del todo cuando notó sus manos en los hombros. Estaba apoyada contra la pared y él, por detrás, era como otra pared de calidez y deseo. Con una delicadeza que la desarmó, Nikandros le apartó el pelo y empezó a deshacerle los nudos de los hombros. Le pasaba los pulgares por la sensible piel de la nuca y le costó respirar por el anhelo que iba abriéndose paso dentro de ella. Entonces, sin más, la soltó.

–Te daré las buenas noches primero… y luego te diré adiós.

Ella se dio la vuelta precipitadamente. La barba incipiente le daba un aspecto rudo y algo desaliñado. La tez morena, como

siempre, contrastaba con los resplandecientes ojos azules y hacía que fuese impresionante, que le flaquearan las rodillas. Por algún motivo, parecía distinto. Mia había conocido a muchos deportistas guapos y atractivos a lo largo de su carrera, pero todo quedaba mitigado en el caso de Nikandros, como si solo fuesen rasgos superficiales. Lo que hacía que le vibraran todas las células del cuerpo era la vitalidad que le salía por todos los poros, le virilidad de ese hombre que se medía las fuerzas contra lo más extremo de la naturaleza y ganaba.

La palabra «adiós» fue como un mazazo en el pecho. No estaba preparada para decirla todavía.

–¿Adónde vas? –le preguntó ella por fin y sin atreverse a mirar su indolente boca.

Él esbozó una sonrisa de desdén consigo mismo que le formó unos hoyuelos en las mejillas, pero siguió mirándola con la misma intensidad.

–A Drakon.

La prensa sacaba a relucir cada cierto tiempo que Nikandros había dado la espalda a su familia, a la familia real, desde hacía años. Nikandros, con sus temeridades y su pasión por los deportes extremos, salía periódicamente en los medios de comunicación, que indagaban todo lo que podían, pero ninguno había llegado a saber el motivo del desencuentro.

–¿Vas a volver a tu país?

–Al menos, de visita. Todo el mundo sabe ya que mi padre sufre demencia y el príncipe heredero me ha llamado. Mi hermana y mi madre, aunque se divorció hace tiempo de mi padre, creen que mi hermano me necesita. Según ellas, apremiantemente. Aunque no puedo imaginarme que a Andreas le apremie algo.

–¿Cuánto tiempo llevas fuera?

–Unos diez años, creo –esa indiferencia no podía disimular la amargura que se reflejaba en sus ojos–. Esta es la primera vez que mi hermano me reclama.

Y, evidentemente, él no se lo había esperado.

–Lo siento, Nikandros –se lamentó ella al captar su dolor.

Él se inclinó tan repentinamente que ella se quedó sin respiración. Un muslo musculoso le rozó el costado de las piernas y se quedó temblando.

–No soporto la lástima.

–¿La muerte de Brian hizo que sintieras lástima de mí? –replicó ella–. ¿Hizo que cambiaras tu juicio sobre mí?

–No –contestó él sin dudarlo un segundo.

–¡Viva la sinceridad! –exclamó ella entre risas.

Nikandros puso los brazos a los lados de su cabeza y sonrió, una sonrisa que le llegó a esos ojos como el cielo en verano. El tiempo se detuvo y ella sintió la necesidad disparatada de agarrarse a ese momento con las dos manos.

–¿Cuándo te marchas?

–Mañana por la mañana.

Mia volvió a sentir ese vacío por dentro.

–Espero que podáis resolver las discrepancias por las que tu padre y tú os habéis distanciado.

Él le tomó la mano que tenía cerrada en un puño y sintió un hormigueo por todo el brazo cuando le acarició las marcas que se había dejado con las uñas en la palma.

–Tú y yo sabemos que eso es imposible, que nada puede acortar la distancia que se ha ensanchado durante años. Ojalá pudiera decirle a Andreas que nuestro padre, él y Drakon me importan un comino, pero resulta que no puedo –añadió Nikandros con una tensión que le emanaba de todo el cuerpo.

Justo cuando creía que lo conocía, decía algo así. Sus ojos reflejaban pena e, incluso, dolor, pero no quería saber por qué sentía esa pena, no podía preguntarle por qué se había alejado de su familia cuando estaba claro que su familia significaba algo para él.

–Al parecer, soy un enclenque –concluyó Nikandros con una sonrisa nerviosa y burlándose de sí mismo.

–O lo tuyo es un caso grave de complejo de héroe –replicó ella con ganas de hacerle reír de verdad.

Al fin y al cabo, aunque la despreciara, había estado en la conferencia de prensa, ¿no? Al parecer, por mucho que le gustaran las emociones fuertes, Nikandros tenía cierto sentido de la responsabilidad.

–Las familias siempre tienen algunas complicaciones –siguió ella–, pero, si tienes la posibilidad de despedirte de él, no la dejes pasar.

–¿Tú también estás distanciada de tu familia?

Mia se encogió de hombros. No tenía sentido ahondar en el pasado de cada uno cuando no volverían a verse después del día siguiente. Le estimuló saber que, esa noche, él la necesitaba tanto como ella a él.

Le acariciaba con delicadeza las palmas de las manos, las muñecas y subía hasta el codo para volver a bajar. Tenía cada nervio tenso como la cuerda de un arpa. Mia, hipnotizada, no podía

apartar la mirada de sus largos dedos sobre la piel. Quería la protección de su calidez, que esos dedos largos le acariciaran cada rincón de su piel desnuda.

–No quiero que nos demos las buenas noches todavía.

–Si quieres un hombro para llorar, sigue buscando –replicó él en tono tenso y con cierta rabia–. Hay una raya entre ponerse a prueba y atormentarse y yo ya la he cruzado.

Las palabras le llegaron hasta los labios, pero no las formó. No podría expresar su deseo con palabras ni aunque su vida dependiera de ello. ¿Cómo había podido decirle él, de una forma tan caballerosa, que había estado obsesionado con ella durante años? ¿Cómo era posible que no se hubiese sentido vulnerable? ¿Acaso perseguir lo que se quería indicaba fuerza?

Lo agarró de los hombros, se incorporó y le besó la comisura de los labios. La barba incipiente se le clavó en los labios e hizo que sintiera chispas por todo el cuerpo. Él contuvo la respiración y a ella le pareció que los músculos de los hombros eran protuberancias de acero. Le besó el borde el mentón con el corazón a punto de explotar. Le rozó la mejilla con los labios y volvió a besarle la comisura de los labios.

La miró a los ojos y el color azul como el hielo de los suyos se oscureció hasta que parecieron los nubarrones de una tormenta. Le rodeó la cabeza con esos dedos tan largos. Iba a apartarla y no podía permitirlo.

Temblando de los pies a la cabeza, volvió a besarlo en los labios. Sintió unas descargas abrasadoras en rincones de su cuerpo que se había olvidado que existían. Sabía a whisky y pasión, a pecado, a unos deseos que nunca se había concedido.

Hacía mucho que no besaba a un hombre, pero eso le parecía natural, casi inevitable desde el momento que lo vio entre ese gentío. Con los ojos abiertos, con un atrevimiento que no sabía que tenía, le pasó la lengua por el labio inferior, se lo mordió con delicadeza y tiró de él. El beso cambió en cuanto se adentró en su boca. Fue como si un terremoto le hubiese dado un vuelco a la tierra bajo sus pies.

La estrechó contra sus músculos graníticos y se sintió perdida. Le separó los pies e introdujo un muslo entre los de ella, su lengua entraba y salía y le provocaba unas oleadas tan ardientes por dentro que se apartó asustada y sin poder respirar. Le rodeó la nuca con una mano mientras la agarraba de la cadera con la otra y la estrechaba con fuerza contra su cuerpo duro como una roca.

–No te asustes por esto, Mia *mu*.

Ella soltó el poco aire que le quedaba en los pulmones. Tenía la poderosa columna de su muslo entre las piernas y le frotaba unas terminaciones nerviosas muy sensibles. Gritó y le flaquearon las piernas. Su boca la devoraba como si fuese vital para él, como si fuese a morirse si no la besaba. Era como un bálsamo para las heridas profundas que le habían hecho durante el matrimonio. Se dejó arrastrar por ese contacto tan posesivo.

–Maldita sea, había esperado haberme equivocado –él lo dijo casi con rabia y con un destello ardiente en los ojos–. Creía que te había imaginado, que había imaginado una atracción superior a la real.

Mia había conseguido llegar a ser una persona cautelosa, pero cualquier cautela se esfumaba ante el deseo incontenible que transmitía su poderoso rostro. Nikandros tenía razón. La pasión entre ellos era más abrasadora cuanto más se tocaban. Daba igual por qué se sentía atraída hacia él o por qué quería sentir su cuerpo fibroso encima del de ella, sencillamente, lo quería.

Hundió los dedos entre sus tupidos mechones morenos y estaba grabándose en la memoria las afiladas facciones de su rostro cuando la tomó en brazos y empezó a andar.

Su dormitorio era tres veces más grande que el de ella y tenía unas puertas acristaladas que daban al mar. La habitación solo tenía unas cortinas de color gris oscuro y una enorme televisión con pantalla de plasma enfrente de la inmensa cama.

Mia tragó saliva y se obligó a mirar la cama. Las sábanas también eran grises y notó un arrebato de calor en la cara solo de imaginarse los cuerpos de Nik y de ella entrelazados sobre esas sábanas.

–Estás asustada.

Levantó la cara y vio que Nikandros se desabotonaba la camisa y se la quitaba. Las dudas que le había provocado la cama se desvanecieron al ver ese pecho, un anhelo líquido se adueñó de ella al ver la piel tersa sobre los definidos músculos.

–Yo nunca… –Mia no terminó la frase al ver que él fruncía el ceño–. No estoy asustada –añadió ella con la barbilla levantada.

–Demuéstramelo –replicó él con un brillo desafiante en los ojos.

–¿Cómo?

–Yo me he quitado la camisa, ahora, te toca a ti.

Mia fue hasta la cama y levantó el edredón.

–No –dijo él en tono tajante.

–¿Qué? –preguntó ella con cierta irritación.

Ese año había estado haciendo ejercicio casi obsesivamente,

pero la idea de que la deseara él le haría dudar a cualquier mujer.

–Aquí, Mia, delante de mí.

–Exiges muchas cosas.

Ella miraba con avidez los músculos de su abdomen y se relamió solo de imaginarse que le pasaba la lengua por encima.

–Soy un hombre exigente. No vas a esconderte de mí ni de ti misma, *pethi mu*. Ya sé que te atreves conmigo porque no volveremos a vernos nunca más, pero esta noche es nuestra noche. He tenido diez años para imaginarme este momento y vamos a hacerlo a fondo y a plena luz. Ven, Mia, déjame que te vea.

Ella, como una alumna a quien regañan delante de toda la clase, volvió obedientemente hasta el centro de la habitación. Se acordó de los comentarios despectivos de Brian en esos casos, se acordó de la frustración con él y consigo misma y eso la estimuló, ya era hora de que supiera la verdad.

–Dos pasos más –le ordenó Nikandros.

–Me parece que estás disfrutando demasiado con esto –se quejó ella sin poder apartar la mirada de su pecho.

Él se rio.

–Creo que es de lo que se trata, de que disfrutemos el uno con el otro.

Se puso delante de él y se quedó rígida. La luz de la luna la iluminaba y él vería hasta el último centímetro de su piel.

–Me debes una camiseta…

Ella agarró el borde con los dedos temblorosos, se levantó la camiseta y se la quitó por encima de la cabeza. Notó la brisa que llegaba del mar como una caricia en la piel recalentada. Le tiró la camiseta.

Nikandros desvió la mirada a sus pechos, escasamente cubiertos por el sujetador de encaje blanco. Se le notaban los pezones endurecidos por debajo de la liviana tela. Los ojos velados por el deseo de Nikandros le dieron el valor que necesitaba y no esperó a que le diera más órdenes. Se soltó el enganche del sujetador y se lo quitó.

Él murmuró algo incomprensible y ella habría dado cualquier cosa por saber si su cuerpo le gustaba.

–Acércate más –solo se oían los jadeos del él y de ella en la noche aterciopelada–. *Christos*, Mia, no discutas.

–Me debéis alguna prenda de ropa, príncipe –exigió ella levantando la barbilla.

Él, con toda naturalidad, se desabotonó los pantalones y se los quitó con los calzoncillos.

Su sexo era enorme y grueso y se erguía hacia el abdomen. Era mucho mayor de lo que había imaginado.

–Solo tienes que pedirlo, Mia –susurró él llegando hasta ella con una zancada.

Mia se dio cuenta de que tenía las bragas puestas cuando las notó húmedas. Jamás había estado tan excitada, ni siquiera cuando… No, esa noche él no iba a entrar en ese cuarto.

Esa noche, solo esa noche, estarían ellos dos solos.

Nikandros la acercó con las manos en los hombros y le tomó la boca con un beso que la estremeció de placer. Las callosas yemas de los dedos le raspaban la piel, pero esa diferencia de pieles le producía unas reacciones que no había sentido nunca. Él le devoraba la boca y le pasaba la lengua por los labios como si no quisiera dejar ni un milímetro intacto.

Le recorría la espalda con los nudillos, de arriba abajo y de un lado a otro, como si fuese su instrumento preferido. Mia, con los dedos de los pies clavados en el mármol frío, se dejó arrastrar por el beso. Se oían sus gruñidos mezclados con el roce de sus pezones sobre el pecho pétreo de él.

El frotamiento de sus muslos era una tortura. Su cuerpo siempre había sido su instrumento, lo había afinado implacablemente durante más de diez años, y le había dado muy buenos resultados en su profesión. Sin embargo, en ese momento, no podía dominarlo. Cuanto más le daba Nikandros, más vibraba por el anhelo.

Él dejó escapar un gruñido y la levantó hasta que la tuvo aplastada contra el cuerpo y casi a la misma altura. Sintió que la presión de su verga en el abdomen la abrasaba. El anhelo entre las piernas se hizo casi insoportable cuando contoneó las caderas y se restregó contra la erección.

Ella no supo cuándo le había quitado las bragas, no se dio cuenta hasta que le tomó el trasero entre sus largos dedos. Devorándole la boca primero y recorriéndole el cuello con besos húmedos después, la movió hasta que la abrió escandalosamente con la cadera. Mia gimió cuando la fricción le separó los pliegues del sexo e hizo que perdiera la cabeza por el anhelo.

–Nikandros, por favor…

Había perdido el miedo y la inhibición, se frotaba sin pudor contra él. Hasta que la sentó en la cama y le miró los pechos con un brillo ardiente en los ojos. Siempre había sido atlética y en su cuerpo había más músculos fibrosos que redondeces… y sus pechos eran más bien pequeños. Sin embargo, cuando Nikandros los tomó con las manos y los besó mientras murmuraba algo en griego, se

sintió la mujer más sexy de la tierra. Cuando se llevó a la boca uno de los endurecidos pezones oscuros, arqueó la espalda con un gruñido de avidez. Se lo lamió y acarició hasta que estuvo tan sensible que el más leve contacto hacía que sintiera una descarga de placer directamente en el sexo.

–No puedo soportarlo –susurró ella entre jadeos.

El clímax flotaba por los bordes de su conciencia, la tentaba y provocaba como hacía ese impresionante hombre.

–Pero si acabo de empezar… –susurró él mirándola a los ojos.

El brillo diabólico de sus ojos hizo que Mia temblara. Volvió a meterse el pezón en la boca sin dejar de mirarla a los ojos, y consiguió algo que ella nunca se había imaginado que pudiera pasar entre un hombre y una mujer, algo tan lascivamente maravilloso que un reguero de fuego le recorrió toda la columna vertebral

Mia le rodeó las caderas con las piernas y se estremeció otra vez mientras él le succionaba el pezón y le acariciaba cada milímetro de piel de la espalda y el trasero. Gimió cuando desvió la atención al otro pezón. Su boca se encontró con su bíceps y le lamió la maravillosa piel salada. Él siguió acariciándole el pezón con la boca mientras le separaba los pliegues del sexo con los dedos y le pasaba el pulgar por la pequeña protuberancia.

–Nik, por favor, ya…

Él, sin embargo, le tomó la boca con un beso húmedo y abrasador y fue excitándola hasta que tuvo todos los músculos en tensión y a punto de explotar; le introducía dos dedos en el escurridizo sexo, le succionaba el pezón con una pasión arrebatadora… pero, cada vez que estaba a punto de llegar al clímax, él la frenaba. Mia, con los puños cerrados sobre su musculosa espalda, gemía su nombre una y otra vez y le suplicaba. Él le apartó con delicadeza el pelo de la frente y la miró con una indolencia maliciosa.

–¿Qué quieres? –le preguntó ella con la voz ronca, los labios inflamados y el cuerpo tembloroso.

Él le pasó la punta de la lengua por el pezón endurecido y ella se humedeció más entre las piernas.

–Quiero verte así, con tus ojos, siempre cautelosos y reservados, velados y dilatados; con tu cuerpo húmedo y congestionado por el anhelo… Que seas mi esclava en esta cama.

–Te odio –replicó ella aunque arqueó el cuerpo cuando él le lamió el ombligo.

–Lo sé.

Él volvió a esbozar esa sonrisa maliciosa y empezó a frotarle los

muslos con la barba incipiente. A ella se le contrajeron todos los músculos del vientre.

–Nikandros… –susurró ella clavándole los dedos en los hombros.

–Déjame, Mia…

Le separó los muslos con unas manos contundentes y toda su carne húmeda quedó expuesta a su voraz mirada. Mia cerró los ojos con bochorno, excitación y anhelo, era un batiburrillo de sensaciones. Los músculos de los muslos se le contrajeron cuando él bajó la cabeza y le lamió con deleite los húmedos pliegues. Se apoyó en los codos, arqueó la espalda e introdujo las manos entre su pelo. El placer le atenazó las entrañas mientras él seguía lamiéndola. Se retorció y gimió, pero él la sujetó con un brazo en el abdomen.

La acariciaba con la lengua una y otra vez, la elevaba y luego aligeraba la presión. Entonces, cuando le succionó la pequeña protuberancia entre los labios, Mia se hizo mil pedazos. La oleada de placer fue tan intensa que la deslumbró y los músculos más profundos se le contrajeron mientras le caían lágrimas por las mejillas.

No había recuperado todavía el aliento cuando él la puso boca abajo y la levantó hasta que estuvo a gatas. El pelo le cayó por delante de la cara y le tapó la visión de las sábanas. Entonces, la agarró de las caderas, la atrajo hacia sí y ella se dio cuenta de lo vulnerable que era esa posición. Se quedó tensa porque esa posición era desvergonzada y nueva para ella. Él podía ver y conocer toda su intimidad.

Él se inclinó y le besó el hombro y una calidez muy delicada le recorrió todo el cuerpo. Colocó la gruesa verga en la ranura entre sus glúteos y ella se estremeció al notar el cosquilleo en sus sensibles tejidos. Se oyeron unos improperios y la respiración entrecortada de Nikandros.

–¿No te gusta así?

Nikandros lo preguntó con la voz ronca, como si fuese él quien se había roto en mil pedazos y se había rehecho otra vez. Volvió a besarla y esa vez le pasó los dientes por la piel. Ella estuvo a punto de morder las sábanas. Notaba su piel húmeda y su aliento en el cuello, notaba la sensualidad en cada centímetro de su cuerpo, como si lo hubiesen hecho solo para eso, solo para ese hombre. No podía pronunciar ni una palabra, pero se lamió los labios e hizo un esfuerzo para ordenar las ideas.

–No… No sé si me gusta así…

Ella supo al instante que a él no le había gustado la respuesta,

pero no supo si era porque no le gustaba oír hablar de sus examantes y de Brian en concreto… aunque le dio igual.

Nikandros le pasó un dedo por toda la espalda hasta la ranura entre los glúteos. Le dio un beso en la nalga izquierda y ella se sonrojó y ardió por dentro. La oleada de sensaciones hacía que su cuerpo fuera desconocido para ella.

Oyó que rasgaba el envoltorio de un preservativo y que se lo ponía. Sintió un arrebato de excitación solo de pensar en lo que se avecinaba. Unos dedos poderosos le trazaron una línea abrasadora desde el cuello hasta el ombligo.

–Haré que disfrutes aunque me vaya la vida en ello. ¿Confías en mí?

Mia, en ascuas, asintió con la cabeza.

–Dilo, *pethi mu.*

–Confío en ti, Nikandros, como no había confiado en nadie.

La agarró de las caderas y entró con una acometida larga.

–¡Madre mía, estás muy… apretada!

Él se estremeció y los músculos se le contrajeron como si quisieran impedirle que siguiera.

–¿Estás bien, Mia? ¿Quieres más?

Primero, sintió una sensación rara y algo dolorosa que estuvo a punto de hacer que le cedieran las rodillas. En esa posición, era como si Nikandros hubiera llegado hasta el último rincón de su cuerpo y lo hubiese conquistado.

–Yo… Me siento… rara, pero plena, Nik.

Él se inclinó y le besó la piel húmeda mientras le susurraba palabras cariñosas que le llenaron los ojos de lágrimas, pero no quería su ternura, como si fuese algo frágil que podía romperse, quería ser lo bastante mujer para él.

Lentamente, osciló las caderas hacia delante y atrás, hacia un lado y el otro, mientras se acostumbraba a esa invasión y espirales de anhelo le brotaban del sexo con cada movimiento. Él tomó profundas bocanadas de aire mientras ella repetía los movimientos.

–¿Te gusta? –preguntó ella a la oscuridad aterciopelada de la noche.

Él dejó escapar un sonido gutural y subió las manos por su espalda hasta introducirlas entre su pelo. La agarró con tanta fuerza que el dolor y el placer se mezclaron en una misma sensación. Nik salió casi por completo y volvió a entrar con tanta fuerza que ella se habría desplazado por toda la cama si él no hubiese estado sujetándola.

El placer fue tan intenso y profundo que creyó que iba a

desmayarse.

Si no hubiese sido por esa noche, si no hubiese sido por Nikandros, se habría muerto sin saber que podía llegar a ser así. Era un placer tan exquisito que podía restaurarle el alma. Gimió con más fuerza mientras Nikandros acometía con fuerza y decía su nombre con una voz gutural. No podía entender cómo era posible, pero su cuerpo se dirigía con ansia hacia otro clímax.

Nik, como si conociera su cuerpo mejor que ella misma, la agarró con más fuerza de las caderas y sus acometidas se hicieron más cortas mientras le introducía una mano entre las piernas.

–Alcánzalo por mí, Mia.

Entonces, le tomó el clítoris inflamado entre los dedos y no le dejó alternativa. Mia volvió a hacerse mil pedazos con un grito estremecedor. El placer se adueñó de ella y la desbordó. Él gruñó y sus acometidas dejaron de ser rítmicas para convertirse en unos movimientos puramente animales.

Eso era lo que ella quería y necesitaba, que ese hombre impresionante y poderoso que le había devuelto una parte de sí misma se dejara arrastrar dentro de ella. Quería robarle aunque solo fuese una parte diminuta de él, como estaba haciendo él con ella.

El rugido de su clímax se derramó sobre su piel como un poderoso sortilegio que la restauraba.

Mia cayó sobre la cama con lágrimas en los ojos y escondió la cara entre las sábanas. Le temblaban todos los músculos del cuerpo y se mordió los labios para contener un sollozo. Nikandros la tomó entre los brazos y ella se dejó llevar con los músculos como de goma. Las palabras de agradecimiento y de desesperación se le amontonaban detrás de los labios.

Miró a los dos con la visión borrosa.

La luna iluminaba sus cuerpos entrelazados, desnudos, húmedos y resplandecientes. Su mirada, ávida incluso en ese momento, fue subiendo por una pantorrilla hacia el poderoso muslo y a la juntura de la cadera. Sintió un arrebato de voracidad carnal y de algo más.

Él le apartó con delicadeza un mechón de la frente y le dio un beso en el hombro.

–¿Qué tal…?

Ella solo pudo asentir con la cabeza. Él también tenía un brillo en los ojos como si también estuviese alterado por la intensidad de lo que habían compartido, como si él también…

¡No!

Era el príncipe, un hombre tan bueno en la cama que mujeres de todo el mundo se lo rifaban para pasar una noche con él… No podía

hacer que ese momento fuese más de lo que era.

Sintió una opresión en el pecho que le atenazaba la garganta para que no dijera lo que no podía decir. Por primera vez desde hacía meses, la rabia y el dolor se habían esfumado y solo había quedado una sensación extraña de ser consciente de sí misma.

Cuando la estrechó contra sí y le acarició la sien con su aliento, se dejó en manos del sueño que se apoderaba de su cabeza, de su cuerpo y de su alma.

Nikandros Drakos era una fantasía hecha realidad y, en su caso, le había dado algo inconmensurable e indefinible, pero nunca pasaría de ser eso.

Capítulo 3

Seis semanas más tarde

«Mia, estás embarazada».

La afirmación de su ginecóloga había estado dándole vueltas en la cabeza durante todo el día mientras entrenaba al equipo de fútbol del instituto como segunda entrenadora.

Sheila, que había conocido a Mia desde que sus madres las dejaron juntas en el mismo colegio de enseñanza primaria, le había tomado la mano.

–Después de todo lo que has pasado este año, Yo… Mia, di algo. Esta noticia puedes ser una conmoción, pero…

–Sí, es una conmoción, pero…

Mia no supo de dónde le habían salido las palabras. Había pasado sola mucho tiempo, pero solo sentía una felicidad inmensa, una ilusión muy profunda en el pecho. Aquella noche había sido un capítulo nuevo de su vida y el resultado había sido un hijo.

–Quiero el bebé, Sheila… y lo querré con toda mi alma.

Esa noche, cuando volvió al apartamento de dos dormitorios que le habían facilitado en el campus, no pudo evitar mirarse el abdomen en el espejo. No había titubeado ni un instante, pero la verdad era que se conocía bien.

Había hecho bien al haber aceptado ese trabajo y haberse marchado del piso que había compartido con Brian. Efectivamente, era gratificante ver a esas jóvenes ambiciosas entregarse al fútbol en cuerpo y alma, pero la vida se extendía delante de ella y era un abismo de soledad.

Un bebé lo cambiaría todo, le llenaría las noches y los días y ella lo amaría incondicionalmente.

Sheila, aunque la había mirado con curiosidad, no le había presionado para que le desvelara el nombre del padre.

El padre… Mia se dejó caer en el sofá de la sala. Nikandros… Notó el sudor frío en la frente. Ese bebé también era de Nikandros.

No había pasado ni un día, desde hacía seis semanas, en el que

no hubiese pensado en aquella noche con él. ¿Cómo iba a evitarlo si los noticiarios no dejaban de hablar sobre el principado de Drakon, la joya del Mediterráneo, y el declive mental de su rey Theos, algo que se había ocultado a su pueblo y a la prensa durante mucho tiempo, y cuando todas las redes sociales analizaban hasta el más mínimo movimiento de sus príncipes?

Ella había seguido las noticias de la familia real con una avidez que no había podido contener. La prensa había arremetido otra vez contra Nikandros por negligencia en el cumplimiento del deber y por no preocuparse de su país. Solo Mia sabía cuánto le había afectado volver a su país, pero hasta a ella le resultaba fácil olvidarlo al ver su aparente despreocupación. No había contestado ni una sola vez a los medios de comunicación; ¿se quedaría en Drakon y cargaría con su responsabilidad hacia su pueblo? ¿Compartiría la carga de la corona con su hermano Andreas?

Solo un silencio sepulcral por parte de Nikandros. Los paparazis ya lo habían sorprendido en el club nocturno de un amigo en Drakon y trazando una curva muy peligrosa a toda velocidad y a bordo de un diabólico Ferrari rojo. La prensa había sentenciado que el temerario príncipe Nikandros había vuelto a las andadas solo tres días después de que se comunicara la demencia de su padre, que estaba claro que el temerario príncipe no iba a cambiar y a aceptar sus responsabilidades. A ella le había parecido muy serio y rebosante de un dolor indefinido, pero, de repente, había hecho todo eso y delante de todo su país.

¿Había sido todo una comedia? ¿Reconocería siquiera a un hijo concebido accidentalmente en un… encuentro de una noche?

Se tragó la necesidad apremiante de contarle la noticia y decidió que esperaría, al menos, hasta que tuviera fuerzas para encontrarse con Nikandros sin que le temblaran las piernas, hasta que tuviera fuerzas para afrontar su reacción.

Nikandros estaba en la muralla del palacio del rey y observó la panorámica de Drakon y el puerto. El palacio, de ochocientos años, se levantaba en una pequeña colina y era una defensa estratégica ante los numerosos ataques que, a lo largo de los siglos, habían intentado hacerse con esa pequeña joya del Mediterráneo. Sin embargo, la Casa de Drakos, sus antepasados con el palacio como baluarte, habían resistido a los ataques y habían defendido la pequeña joya. A él, de niño, cuando pasaba los calurosos veranos y los suaves y húmedos inviernos en la clínica del palacio, le había

encantado la historia de Drakon.

Los dragones, los tesoros, los aguerridos guerreros… Todas esas historias lo habían mantenido durante una infancia desdichada y enfermiza. Se había empapado de los viejos libros que encontraba en la enorme biblioteca y conocía como la palma de la mano cada arco, cada muro y cada ala que habían ido añadiéndose al palacio hasta hacerlo inexpugnable. Como no había niños con los que jugar, se había elaborado complicados sueños en los que su hermano Andreas y él eran unos príncipes modernos que salvaban a Drakon de sus distintas maldiciones. Andreas, su hermano mayor y príncipe heredero, le daba las órdenes y él, su fiel caballero, las cumplía sin rechistar.

«¿Por qué no me visita, *maman*?» Él había hecho la misma pregunta a su madre cada vez que veían a Andreas en la televisión orgullosamente al lado de su padre. «Irás con él en cuanto estés mejor, *mon cherie*» le había contestado invariablemente su madre. Sin embargo, Andreas nunca había tenido tiempo para el enfermizo Nikandros que tanta atención reclamaba. El rey Theos tampoco había mostrado ningún interés en él, aparte de preguntarles a los médicos si su segundo hijo saldría adelante.

Así hasta los diecinueve años, cuando, contra todo pronóstico, los médicos lo libraron de todos los males que había padecido y entonces, solo entonces, Theos había entrado en su vida.

–Debería haber mandado a la guardia a esta terraza para que te buscara.

Nikandros se dio la vuelta al oír la voz grave de su hermano, el príncipe heredero Andreas, quien sonreía levemente como si ese fuese uno de los mejores recuerdos de los dos. Eso, claro, si los hermanos hubiesen sido de una familia normal y no fuesen el hijo adorado y heredero de un rey obsesionado con el poder y un poco loco y el segundón al que había tolerado mal y había conocido peor todavía.

–No sé de qué estás hablando –replicó Nikandros intentando agarrarse con menos fuerza a la muralla de piedra.

–Las niñeras siempre te buscaban por todo el palacio y acababan encontrándote en las murallas, medio desnudo y blandiendo la espada de goma. Este era tu sitio favorito –le explicó Andreas acercándose a él.

–¿Puede saberse como lo sabes?

Cuando no lo veía casi nunca, pensó Nikandros para sus adentros.

–Mi despacho tiene una ventana desde donde se ve esta terraza.

Yo te observaba cuando blandías esa cosa de goma y luchabas contra enemigos imaginarios. Si no era en las murallas, era en los establos o, como tercera posibilidad, en la cocina.

Nikandros captó la melancolía en la voz de su hermano y se hizo un silencio muy profundo. Luego, miró fijamente las facciones del rostro de Andreas ensombrecidas por la menguante luz del sol.

Theos estaba llegando a las últimas fases de la demencia que lo había asolado durante los últimos años. Le había impresionado muy profundamente ver a su padre, tan orgulloso y despótico en el pasado, con una mirada enloquecida en los ojos y baba cayéndole de los labios.

Sin embargo, fue la mirada de Andreas lo que lo dejó clavado en el sitio. Su hermano llevaba años lidiando con el declive de su padre, con la degradación moral del país y con el Consejo de la Corona ávido de poder. Sintió una punzada de remordimiento en las entrañas. Él había sabido lo que estaba pasando y se había negado a ir.

–Es un poco tarde para fingir que tenemos lazos fraternales, Andreas.

La exasperante expresión afable no se borró de los ojos inescrutables de su hermano. Él habría preferido que le hubiese dado un puñetazo o le hubiese reprochado lo que había hecho, pero, naturalmente, su hermano no le daba nunca ese gusto. No lo hizo entonces, cuando le contó lo que había hecho con su preciosa prometida, y tampoco lo hizo en ese momento.

–Entonces, ¿por qué has vuelto, Nik? ¿Por fin has sentido lástima de mí o puedo esperar que hayas aprendido lo que es tener sentido del deber hacia tu país?

Maldijo a Andreas porque siempre había sabido cuál era la pregunta que tenía que hacerle. Él no sabía la respuesta de esa. ¿Lo había hecho porque la historia, el legado de Drakon, del que tanto quiso formar parte cuando era un niño, había clavado las garras en él otra vez? Y pensó que tal vez no quería marcharse de Drakon porque significaría tener que reconocer que todas las cosas que le habían dado tanto placer todavía se quedaban en nada cuando pensaba en una exjugadora de fútbol?

–Le prometí a *maman* que me quedaría hasta tu coronación.

–La coronación se ha pospuesto –replicó Andreas con los labios apretados.

Nik frunció el ceño. Él sabía que Andreas había gobernado en la sombra durante los últimos años. Entonces, ¿por qué posponía la coronación su hermano, quien había nacido y se había criado para

ser rey?

–Theos está chocheando y Drakon te necesita al timón.

–Entonces, ¿estás pensando en Drakon?

–¿Por qué me has pedido que vuelva? Y dime la verdad, Andreas.

Nik se agarró las manos y lo miró desafiantemente, pero Andreas nunca mordía el anzuelo. Nunca haría algo tan visceral como pelearse con su hermano.

–Te necesito, Nikandros.

Al parecer, era una temporada de sorpresas. Primero, Brian; después, Mia; más tarde, su padre y, en ese momento, Andreas.

–El Consejo está cada vez más alterado porque no me he casado –Andreas suspiró–. El final de nuestro padre se acerca y se ha convertido en un motivo de preocupación público y político por las consecuencias legales e internacionales que podría tener. Si yo muriera mañana de repente, los tratados con nuestro vecino se rescindirían y podrían anexionarnos. La economía cae en picado y los análisis financieros no prevén una recuperación a corto plazo.

–Entonces, ¿por qué no te has casado con esa… mujer y has tenido herederos? –le interrumpió Nik con rabia solo de pensar en ella y en lo que había hecho él.

–Si te hubieses molestado en visitarnos alguna vez o en preguntar por nosotros, habrías sabido que rompí el compromiso con Isabella en cuanto te marchaste.

–No he oído ni un susurro al respecto.

–Porque, durante mucho tiempo, a Isabella y a mí nos convino que todo el mundo creyera que estábamos comprometidos. Su hermano quiso que se dijera que había sido ella quien había roto la alianza, que ella había rechazado al príncipe heredero de Drakon. Yo accedí.

–Nuestro padre debió de llevarlo muy mal…

–Nuestro padre y yo hemos aprendido a entendernos –replicó Andreas en un tono críptico.

–Lo que hice entonces fue…

–No quiero que nos quedemos en el pasado, Nikandros. Ninguno de los dos saldría bien parado, ¿no? La cuestión es que necesito tu ayuda de mil maneras, y creo que tú eres mucho más generoso que yo. Necesito que inhabiliten a nuestro padre para recuperar la moral y la economía de Drakon, para que el Consejo de la Corona deje de dictarme lo que tengo que hacer.

Nikandros había oído, de fuentes propias, que la población estaba descontenta, que había empresas que se marchaban al país

vecino y más competitivo, que se frustraban operaciones y que los inversores se retiraban porque Andreas no anunciaba la fecha de su compromiso, y mucho menos de su boda, porque Andreas no cedía a las exigencias del Consejo de la Corona y él, Nikandros, había dado la espalda hacía mucho tiempo a Drakon.

Por eso se había quedado más tiempo del que había previsto, porque, a pesar de sí mismo, se había estimulado su sentido empresarial. La economía de Drakon estaba preparada para dar frutos. Se podía fomentar el turismo y abandonar algunas de las prácticas del pasado… Por mucho que quisiera negarlo, entendía perfectamente lo que Andreas quería y Drakon necesitaba, sangre fresca.

–Entonces, cásate, Andreas.

–No haré ninguna alianza precipitada antes de sopesar las necesidades a largo plazo de Drakon. Tengo que nombrarte mi heredero, Nik.

Nikandros se había alejado de su familia hacía años y había declarado públicamente que renunciaba a su categoría de segundo en la línea sucesoria. Sin embargo, las palabras de Andreas habían despertado un deseo muy poderoso que había negado durante mucho tiempo. Había amado a su país con toda su alma y marcharse de allí casi lo había destrozado. Aunque también había sido su salvación porque no había podido descubrirse a sí mismo hasta que se alejó de la sombra de su padre y de su hermano.

–Cuando tenga herederos, ellos te adelantarán en la línea sucesoria, si eso es lo que te preocupa, pero necesito tu sentido empresarial, Nikandros, tu capacidad para las relaciones. Drakon te necesita. Además, tengo que ocuparme de algo –siguió Andreas sin alterarse, como siempre–. De una expedición al Polo Norte, por ejemplo.

Nik se rio y fue un sonido que brotó de él como una avalancha.

–No me creo que quieras embarcarte en una expedición al fin del mundo. No tienes ni una gota de sangre aventurera en tus venas.

Si a Andreas le había tentado algo más, aparte de sus obligaciones, su padre lo había sofocado. Theos había encerrado a su heredero durante más de veinte años en el palacio y lo había formado para que llevara las riendas del principado, lo había apartado de los niños de su edad, de cualquier otra actividad, de Nikandros y Eleni y, quizá, de la propia vida.

–Eso es exactamente lo que quiero hacer, Nik. Quiero aligerar la carga que llevo sin que tenga consecuencias desastrosas.

–¿Quieres que sea el apoyo que Theos quería que fuera? –bromeó Nikandros.

–Su reinado ha terminado, Nik. Tú y yo somos el porvenir.

Nik no se había encontrado nunca tan cerca de que lo convencieran de que también tenía un papel en la política del país, pero no acababa de fiarse de Andreas, no se fiaba de estar entre esas murallas donde siempre había sido el más débil.

–Me gustaría poder ayudar, pero no.

Los movimientos de su hermano delataron su desesperación.

–¿Nunca has pensado que es posible que yo te necesite, Nikandros, que Camille y Eleni te necesiten, que el pueblo que te concedió este privilegio te necesite?

–*Maman* te eligió a ti, su hijastro, antes que a mí –le reprochó Nik a Andreas con rabia por la impotencia.

Su madre se había divorciado de Theos en cuanto Nikandros dejó de necesitarla, pero se quedó a vivir en Drakon, en una de las residencias de Andreas.

–Es posible que Camille supiera que yo la necesitaba más que tú –Nik se quedó atónito por el brillo de impotencia que vio en los ojos de su hermano–. ¿Vas a seducir más mujeres? ¿Vas emprender más expediciones peligrosas? Tu última amante, Mia Rodriguez Morgan…

–*Christos!* ¿Has ordenado que me espíen?

No se veía ni el más mínimo remordimiento en la cara de Andreas. La pena que Nik podía haber sentido hacía unos minutos dejó paso a la furia.

–¡Por eso precisamente me marché de este maldito palacio! ¡Para escapar de las maquinaciones y manipulaciones de nuestro padre! –siguió Nikandros–. ¿Y quieres que me fíe de ti? Eres igual que él, Andreas. Desde esa voluntad despiadada que machaca a cualquiera que se encuentre en su camino, desde la forma de manipular a Eleni y a *maman*, hasta la devoción ciega por Drakon. Te ha hecho a su imagen y semejanza, un monstruo revestido de poder y privilegios. Si no tienes cuidado, acabarás igual de loco que él.

Andreas no se inmutó, era como el peñasco gigante sobre el que se construyó el palacio hacía siglos. Conservaba todo el dominio de sí mismo mientras que Nik lo había perdido casi todo.

–¿Qué pasará si va con la historia a la prensa sensacionalista?

–Ya he tenido otras amantes. Mia no es distinta.

Solo era una obsesión que había satisfecho. Tenía que serlo

aunque el recuerdo de aquella noche estuviese muy presente en su cabeza y en su cuerpo, aunque su sensualidad innata de aquella noche se contradijera con alguna de las cosas que Brian había dicho de ella. Después de todas esas semanas, no podía negar que aquella noche con Mia había sido algo más que unas relaciones sexuales maravillosas, pero no podía buscar una relación sentimental con Mia, como no podía convertirse en el mejor amigo de su hermano.

–¿Te da igual que el hijo que está esperando pueda ser tuyo? –insistió Andreas implacablemente.

¿Un hijo? ¿Su hijo? Se le heló la sangre.

Agarró a su hermano de las solapas de la camisa. Entonces, después de que hubiese hecho añicos su mundo con la sutileza de un martillazo, vio el asombro en los ojos de Andreas.

–No lo sabías…

–Estás inventándotelo. Harías cualquier cosa, dirías cualquier mentira con tal de conseguir lo que quieres.

Aunque permanecía como ese maldito castillo ante los ataques y asedios que había sufrido a lo largo de los siglos, Nik captó cierta palidez alrededor de la boca de su hermano.

–Expresabas tu rabia y tu rechazo a nuestro padre y a mí con todo lo que hacías, con cada expedición disparatada que emprendías y, sin embargo, sigues su tradición. Seduces a mujeres por todo el mundo sin importarte las consecuencias y ahora sigues sus pasos al dejar pequeños bastardos por todos lados –replicó Andreas apartándose de él y dándose la vuelta.

A Nik le daba vueltas la cabeza. Si no hubiese sido por la conmoción, habría creído que habían vuelto aquellos ataques de vértigo de su infancia. Todavía no había resuelto su vida, iba de aventura en aventura y jugaba el escondite con la muerte una y otra vez, y ¿estaba esperando un hijo? Mia y él habían creado una vida aquella noche…

Cerró los ojos. Le tentaba la idea de dejar eso a un lado como había hecho con todo; sus obligaciones con Drakon, su familia, sus amantes, sus novias… Había convertido en un arte el no centrarse en nada y el dejar todo a un lado. Solo pensaba en la siguiente aventura, en el siguiente horizonte, sin mirar atrás.

Debería hacer lo mismo esa vez. El bebé estaría mucho mejor y él… El corazón se le aceleró mientras rebuscaba entre el batiburrillo de sus sentimientos e intentaba sujetarlos antes de que se le escaparan como el agua entre los dedos.

Él no se comprometía, él no tenía relaciones, pero… Una familia unida y no ese circo disfuncional en el que se había criado… Era lo

que había deseado todas las navidades cuando era niño… ¿Sería la ocasión de formar una familia solo suya? Sería insoportable saber que tenía un hijo en alguna parte del mundo y que desconocía su existencia, que él no formara parte de la vida de su hijo.

–No me fío de ti y no me fío de lo que soy cerca de ti –replicó Nikandros, que sabía que Andreas seguía allí para ver si él lo necesitaba.

Habría significado mucho hacía mucho tiempo, se habría puesto de rodillas por una palabra de afecto de su hermano durante aquellos años de soledad, pero también había dejado de necesitarlos a todos ellos hacía mucho tiempo, a Theos, a su madre, a su hermana Eleni y a su hermano Andreas. Todos, en algún momento, habían preferido a Andreas. Le habían obligado a él a ser el hombre que era, le habían obligado a olvidarse del niño soñador e ingenuo que había sido, le habían arrancado las anteojeras que había llevado de pequeño.

–Nikandros, estoy reparando el daño que hemos hecho nuestro padre y yo. Tu sitio está en Drakon.

Eso era lo que Andreas había pretendido desde que puso un pie en la terraza para buscarlo. Reparaciones o no, Andreas era hijo de su padre hasta la última célula. Nik, sin embargo, solo podía pensar en la idea de un hijo, su hijo, y en la mujer con la que no debería haberse enredado.

Capítulo 4

MIA NO pudo saber cómo pasó. Estaba aparcando su Toyota cuando, de repente, empezaron a aparecer periodistas por todos lados. Notó que sudaba por la espalda y se preguntó si debería marcharse otra vez en el coche cuando vio dos hombres altos y fornidos con gafas negras que le cubrían discretamente el camino entre el coche y la entrada de su casa.

Agarró el bolso, abrió la puerta del coche y entró apresuradamente en el edificio. Subió al primer piso dándole vueltas a la cabeza, hasta que supo quiénes eran esos hombres. Estaba rebuscando las llaves en el bolso con las manos temblorosas cuando se abrió la puerta de su apartamento.

El hombre inmenso y moreno que estaba en el centro de la sala hizo que el corazón se le acelerara peligrosamente.

Allí estaba Nikandros con un polo azul claro y unos vaqueros negros. Lo miró con la boca seca y la espaciosa sala se encogió alrededor de él. El asombro dejó paso a algo más elemental a medida que iba haciéndose preguntas. ¿También había sido incapaz de dejar de pensar en aquella noche? ¿Había…?

Se le estremecieron las entrañas en cuanto sus miradas se encontraron. Ese grosor pétreo y palpitante que acometía dentro de ella, su interior húmedo y cálido que lo agarraba con fuerza, los temblores que habían inyectado vida nueva en las venas…

Bajó la cabeza ante su mirada penetrante, se dio la vuelta y fue a la cocina para servirse un vaso de agua. Lo vació de espaldas a él y se llevó la mano al abdomen. No había previsto verlo tan pronto y tampoco sabía qué decirle.

–Me quedaré aquí todo el día. La paciencia es una de las pocas virtudes que tengo.

Sin embargo, la paciencia que se reflejaba en su tono era una pátina muy fina. Tomó una bocanada de aire y se dio la vuelta.

La luz que entraba por la pequeña ventana de la cocina le iluminaba los afilados rasgos y el pelo moreno un poco largo; los

botones desabrochados del polo dejaban ver una piel bronceada y tersa sobre unos pectorales marcados, la solidez viril de los muslos enfundados en los vaqueros negros… Se le contrajeron las entrañas. Se apoyó en la encimera para sujetarse.

–¿Qué haces en mi apartamento?

–Convencí al guarda de seguridad de que soy un amigo tuyo y que agradecerías verme en medio de esa marabunta de la prensa. A él le encantó que mis guardaespaldas lo ayudaran.

–Es posible que yo no sea la princesa de una joya del Mediterráneo, pero también tengo derecho a mi intimidad.

Él arqueó una ceja con un gesto tenso. Ella se sonrojó y le habría gustado que su tono hubiese sido neutro, pero le flaqueaban las rodillas solo de verlo y el tono belicoso era la única defensa que tenía.

–Y yo que pensaba que me recibirías con los brazos abiertos después de la cálida acogida de la última vez…

Ella salió de ese espacio agobiante y fue a la sala con la esperanza de que un poco de distancia apaciguara la intensa reacción de su cuerpo.

–Aquella noche… –Mia se sonrojó, pero se obligó a acabar la frase– fue esporádica. No nos convirtió en amigos, Nikandros.

Él la miraba con las manos en la nuca y era como si la desnudara completamente. Además, esa postura le ceñía el polo al fibroso pecho.

–Me alegro de que no haya malentendidos en ese sentido.

Mia dio un respingo por el tono tan cortante y burlón.

–¿Por qué no me dices a qué has venido?

Ella pasó por alto que, cuanto más tardara en darle la noticia de su embarazo, más se complicarían las cosas entre ellos. Sin embargo, le dolía su indiferencia cuando ella no había podido olvidar ni un segundo de lo que habían hecho.

Fue hasta ella de dos zancadas y la arrinconó contra el sofá. Le resplandecían los ojos y no se parecía nada al hombre que la había abrazado con delicadeza entre su inmenso cuerpo, no se parecía nada al hombre que la había despertado a la vida después de tres años interminables.

–Si esa manada de lobos que hay ahí fuera no te ha bombardeado a preguntas sobre tu embarazo, es porque mi asistente les ha ofrecido una declaración para tenerlos tranquilos.

Le cedieron las piernas y Mia se dejó caer en el sofá. Sintió un bloque de hielo por dentro a pesar del calor que hacía. Se había olvidado de que la prensa adoraba a Nikandros Drakos. Aunque

fuese irresponsable y se jugase la vida cada dos por tres, también era encantador y afable, el integrante más cercano de una familia real envuelta en el secretismo.

–¿Es mío?

La pregunta resonó en el silencio salpicado por el sol. Ella levantó la mirada y saltó la tensión entre ellos. Ese bebé debería haber sido como empezar de cero para ella, sin las complicaciones de un hombre, sin que sus propios miedos le borrasen la posibilidad de ser feliz.

–¿Cómo lo has sabido?

Él había estado a un océano de distancia, en un mundo distinto al de ella.

–*Christos*, Mia, limítate a decirme si es mío.

¿Qué quería? ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a exigirle que no se lo dijera a nadie? Un hombre como Nikandros solo pensaba en la siguiente aventura, en la siguiente conquista, no quería, por nada del mundo, que lo ataran a una mujer.

Él se sentó en la mesita que había delante del sofá y volvió a encajonarla con sus largas piernas. Los muslos que la habían rodeado de la más íntima de las maneras le impedían moverse. ¡Tenía que dejar de pensar en aquella noche!

–Si estás planteándote mentirme, Mia…

La rabia se adueñó de ella cuando vio su mirada acusadora.

–Claro que es tuyo. Antes de aquella noche, no había estado con ningún hombre desde hacía tres años y medio.

Unas arrugas muy profundas le surcaron la frente y se quedó muy quieto. Él le miró detenidamente la cara y soltó una bocanada muy larga de aire. Esa exhalación dijo todo lo que no había dicho él. Mia se miró los nudillos blancos sobre el regazo.

–Iba a decírtelo pronto, cuando lo hubiese asimilado yo misma –notó que algo se le alteraba por dentro por su silencio y siguió balbuciendo–. Quiero decir… usamos un preservativo. Mi ciclo… no ha sido periódico desde que dejé el fútbol y la píldora interfería con el analgésico que me dieron por la lesión y no lo pensé hasta que… –se puso roja al darse cuenta de todo lo que había soltado–. Fue una sorpresa.

–No la tercera vez.

–¿Qué…? –preguntó ella mirándolo con perplejidad.

–La tercera vez no me puse preservativo. Al amanecer, cuando me encontré tu trasero contra mi entrepierna.

Mia cerró los ojos para no seguir por ese camino, pero no pudo

evitar acordarse de cuando Nikandros la despertó de la manera más… elemental. Soltó un improperio para volver al presente.

–Jamás había sido tan irresponsable al…

Se tapó la boca con la mano para no oírle a él decir que todo había sido un error. No soportaría oírlo independientemente de las consecuencias.

–Podría habértelo recordado –añadió ella.

Aunque, en aquel momento, no podía pensar. Él, en vez de dejarle que se marchara, había dormido toda la noche a su lado y esa calidez firme y tranquilizadora, esa sensación de que la abrazaba como si fuese valiosa… No se habría movido de allí aunque su vida hubiese dependido de ello.

Aquella noche había sido algo más que una relación sexual maravillosa, pero no podía decírselo a él si quería conservar la cordura.

–Me hago responsable de todo, de aquella noche y las consecuencias –siguió Mia.

Él volvió a arquear la ceja con un brillo burlón en los ojos.

–¿De todo? Si no me acordara como si fuese ahora mismo, creo que intentarías convencerme de que me sedujiste contra mi voluntad –él suspiró–, pero lo hicimos los dos.

–Lo digo de verdad, Nikandros. He tomado la decisión y…

–Y a mí me encantaría que me contaras qué decisión es esa.

Su sarcasmo le dolió.

–Me di cuenta de que estoy preparada para ser madre. Se lo pedí, pero Brian no…

Mia no siguió al ver la tensión en el gesto de Nikandros. El nombre de su ex se había convertido en una palabra tabú entre ellos, pero ella sentía una necesidad disparatada de explicarse, de analizar su desastroso matrimonio para que Nikandros lo entendiera. Era disparatada porque Nikandros no era su futuro y Brian sí era su pasado.

–Amaré a este hijo, Nikandros, como no he amado a nadie.

Los labios apretados recuperaron su forma natural.

–Estamos de acuerdo en algo.

–¿En qué? –preguntó Mia.

–En que hay que amar a un hijo sin que te importe quien sea y cómo se ha gestado.

Decir que Mia se quedó pasmada sería decir muy poco. A ella la habían amado así en un momento, incondicionalmente, sin reservas, y cuando lo perdió, algo se le congeló por dentro para siempre.

Al parecer, el príncipe temerario era un hombre muy tradicional en eso.

–Deberías habérmelo dicho inmediatamente –añadió él.

–Tenías muchos líos –replicó ella en tono defensivo.

–Lo que pasa en mi vida no tiene nada que ver con tu… Con esto.

–La salud precaria de tu padre, la muerte de Brian… Tienen mucho que ver con nosotros. Ni siquiera… nos gustamos. Aquella noche no éramos nosotros mismos –Mia intentó evitar el tono acusatorio, pero acabó saliéndole–. Volviste a lo mismo de siempre, a los clubs nocturnos, a las carreras de coches… Fue como si hubieses olvidado completamente aquella noche. Pasaste página.

–Respecto a ti, sí –reconoció él con una voz que le heló la sangre–. Había terminado contigo, había satisfecho la obsesión que tenía contigo.

Nikandros fue a la puerta acristalada y Mia se quedó aturdida por su rechazo. Aunque, naturalmente, ¿qué podía esperar de un hombre que había salido con algunas de las mujeres más guapas del mundo? ¿Que no hubiera podido olvidarse de aquella noche? ¿Que hubiese sido especial? Era revelador que hubiese albergado esas esperanzas ridículas cuando ella ni siquiera había querido llegar más lejos.

Él se dio la vuelta con la mirada perdida.

–Este sitio ya no es seguro para ti. Los asuntos de Brian, su sombra, todavía te persigue. Tienes que marcharte.

–No puedo salir corriendo por unos periodistas.

–Nos marchamos a Drakon inmediatamente –dijo él como si no la hubiese oído–. Haz una maleta con lo que puedas y el resto podrás comprarlo allí.

Mia se levantó de un salto y lo agarró del antebrazo.

–¿De qué estás hablando?

Las chispas saltaron entre ellos en cuanto sus dedos lo tocaron. Nikandros retiró lentamente la mano de ella y la dejó caer. Sin embargo, ese contacto tan leve había conseguido que los recuerdos de aquella noche ocuparan el espacio que había entre ellos. Su boca indolente que le besaba la espalda, una mano que la acariciaba entre los muslos, que la despertaba con una oleada abrasadora… Era un momento tan vívido que dejó escapar un ligero suspiro.

–Todavía me deseas –él lo dijo tan asépticamente que se abrió paso entre el deseo e hizo que se sintiera tonta–. Es un primer paso si lo peor tenía que pasar.

–No te deseo –replicó ella, aunque fue un poco lamentable ante la evidente reacción de su cuerpo–. Además, esté bebé no es lo peor que podía haber pasado, al menos, para mí.

–Es posible que el hijo no lo sea, pero una relación con la ex de un amigo muerto tampoco es el principio más prometedor que podía esperar uno. Tú no serías la mujer que yo habría elegido para que tuviera mi hijo cuando tu historia con él siempre volará sobre nuestras cabezas, cuando… –Nikandros se tragó las palabras con una sombra muy oscura en los ojos–. Aunque, claro, debería haber pensado en eso antes de haber ido a aquella maldita conferencia de prensa. Esa incapacidad para dominar mis impulsos siempre ha sido la maldición de mi vida.

–Esa historia podría aclararse si tuvieras la amabilidad de dejarme hablar sobre Brian y yo, pero, naturalmente… –entonces, ella cayó en la cuenta de la primera parte del despectivo comentario de Nikandros–. ¿Puede saberse qué quieres decir con «una relación»?

–No creerías que iba a preguntarte si el bebé era mío para luego marcharme tan contento, ¿no?

Mia se apartó y notó el sudor frío en el cuello.

–Eso es exactamente lo que esperé de ti desde que me enteré de la noticia.

Por eso no le había dado pánico el posible papel de él en todo eso, pánico que sí se había adueñado de ella en ese momento.

–Tú tienes la culpa por creer que me conoces, Mia.

–Llevo diez años siguiendo tu forma de vida. Eres más que predecible. Mujeres y emociones, eres un temerario al que le gusta vivir al límite, Nik. No puedes reprocharme que creyera que saldrías corriendo en sentido contrario cuando supieras que tu revolcón de una noche había acabado en un embarazo inesperado.

Mia intentó dominar el pánico que la atenazaba por dentro. Una relación con Nikandros era lo que menos quería en su vida.

¿Por qué no estaba corriendo?, se preguntó Nikandros.

Se pasó una mano por el pelo y miró fijamente a Mia, que estaba quedándose pálida. ¿Por qué estaba pensando en el matrimonio cuando había un centenar de cosas que ya enturbiaban su relación? ¿Acaso estaba dejándose llevar por un impulso otra vez?

No recibió respuesta.

Solo sabía que seguía deseándola con locura. Todavía, otra vez, como si desear a Mia ya fuese consustancial a él… y ella lo deseaba por mucho que lo negara. No podía disimular que las pupilas se le oscurecían y que la respiración se le entrecortaba cada vez que

estaban cerca.

Había buscado a novias que había tenido en Drakon como un ejercicio y no había sentido nada.

Mia tenía los ojos muy abiertos y la boca temblorosa, lo miraba como si fuese el único hombre que había en el mundo para ella, como si lo único que quisiera fuera que volviera a besarla.

Él quería besarla para borrarle ese desconcierto de la boca, para olvidarse del mundo, de Andreas, de Theos y del maldito Drakon, y dejarse arrastrar por ella otra vez para encontrar la paz que se había apoderado de él cuando la había abrazado… para buscar esa conexión inexplicable que había sentido con ella.

Ese anhelo incontenible que surgía entre ellos debería haber sido una bandera roja incluso aquella noche. La primera vez llegaron juntos a un clímax explosivo y luego se había dado ese gusto una y otra vez. Los había llevado al límite con la necesidad imperiosa de dejarse arrastrar y llenar ese vacío que no podía dejar atrás.

Las consecuencias… Nunca había llegado a nada bueno cuando se dejaba llevar por esas emociones, cuando flaqueaba y se dejaba llevar por los impulsos solo llegaba la destrucción.

–Nik, escúchame. A mí me parece bien que, por el momento, tu papel en todo esto sea… discreto. Cuando llegue el bebé y las aguas se hayan calmado, podremos hablar de todo eso. Me alegra que te parezca importante el bienestar del bebé.

–¿Mi papel en todo esto? –preguntó él sin disimular la ira.

–Yo… no exigiré nada en ningún momento, pero tampoco puedes esperar que me destierre, que me quede en Drakon mientras tú sigues con tu vida de playboy.

–Podrás expresar lo que quieres de este matrimonio, como lo haré yo, pero no hay otra alternativa, mi hijo no será bastardo.

Ella se quedó pálida, el tono dorado de su piel desapareció por completo.

–¿Qué…?

–Antes o después, acabará sabiéndose que es mío. Si no es tu médico, será tu mejor amiga o tu casero. Ya se ha filtrado, ¿no? Todo el mundo dirá que es otro bastardo de la Casa de Drakos y la prensa lo perseguirá el resto de su vida. Eso es inaceptable. El bebé nacerá en un matrimonio y heredará todo lo que le corresponda.

–Has perdido la cabeza.

Estaba rígida y tiesa como una luna de cristal a punto de romperse, pero cuanto más pánico sentía, más firme se mostraba Nikandros. ¿Era la respuesta a la inquietud que lo había dominado

todos esos meses? Se había dado cuenta de que la vida temeraria había perdido atractivo. ¿Había llegado el momento de que su vida tomara un rumbo nuevo?

¿Era motivo suficiente para casarse una atracción que iba contra todas las convenciones y un hijo en camino? Tendría que serlo porque no iba a dejar a un lado a su hijo y eso no era ni un impulso ni un reto, era la única salida racional para los dos.

–Al contrario, nunca había estado tan lúcido. Nos casaremos lo antes posible.

Mia no paraba de sacudir la cabeza y de alejarse de él como si la distancia física pudiera hacerlo desaparecer.

–Para empezar, no quiero volver a casarme, pero, si lo hiciera por algún motivo, jamás me casaría con un hombre como tú.

–¿Puede saberse qué quiere decir eso?

–Nikandros, no eres el tipo de hombre con el que una mujer querría casarse. Tu afición por el riesgo, tu afición por las mujeres… la constancia y la estabilidad no son tus mayores virtudes precisamente. No pienso pasar el resto de mi vida con un hombre como tú.

Ese era el precio de su obsesión, el precio de haber llegado demasiado lejos. De todas las mujeres del mundo, la madre de su hijo tenía que ser precisamente la ex de su amigo, la mujer a la que jamás debería haberse acercado. Era como si hubiese buscado la mujer que menos le convenía y la hubiese invitado a entrar en su vida. ¿Por qué no podía desentenderse sin más? ¿Por qué no podía llegar a un acuerdo como había hecho su padre con Eleni?

A esas alturas, ya no sabía qué le había atraído de ella aquel día en el campo de fútbol, pero en vez de sacarse esa astilla, había dejado que se le clavara tanto que ya no se acordaba de que hubiese pasado un día sin que no hubiese deseado a Mia. Era una espina clavada profundamente en la piel, una conquista que no podría conquistar del todo.

–Y eso me lo dice la mujer que me dijo que la tomara sin reparos…

Mia desvió la mirada, le abrumaban las imágenes de sus cuerpos desnudos bañados por la luz de la luna. Incluso en ese momento, cuando casi podía notar los grilletes que la ataban a él, no se arrepentía de lo que había hecho aquella noche. Sin embargo, si dejaba que Nikandros entrara en su vida, la machacaría como no lo había hecho nada antes; Nikandros, quien se jugaba la vida por el placer de jugársela… Nikandros, quien se había alejado de su

familia para llevar esa vida… ¿Acaso él no se daba cuenta de que sacarían lo peor el uno del otro, de que, al cabo de unos años, él le guardaría rencor en el mejor de los casos y la odiaría en el peor?

Mia endureció el tono y lo despreció más todavía por obligarle a decir lo que iba a decir.

–Evidentemente, necesitaba… tener relaciones sexuales y tú… tú podías proporcionármelas.

La frialdad de los ojos azules de Nikandros fue gélida, ártica.

–Entonces, ¿solo querías un semental? ¿Habría podido servir cualquier hombre?

–Es posible, no lo sé. Lo que sí sé es que tú… tú eres el hombre más impresionante y cautivador que he conocido, que me has enseñado cosas sobre mi cuerpo que desconocía, pero no eres para casarse contigo, Nikandros. Solo dos meses después de tu último accidente, cuando escalabas una montaña, volviste a tu disparatada forma de vida. Cuando estabas en Drakon, observé atentamente, como todo el mundo, lo que ibas a hacer, a ver si te asentarías, a ver si aceptarías tus obligaciones… No dijiste ni una sola vez que te quedarías al lado de tu hermano. Eludes las responsabilidades, te juegas la vida una y otra vez, y ¿pretendes que me crea que, de repente, quieres ser un marido, que este hijo no es un capricho pasajero? No voy a atarme a otro hombre peor que Brian todavía.

–¿Y el hijo? ¿Has decidido que él tampoco necesita un padre?

–Desde luego, no necesita a un padre que busca la muerte como si fuese una adicción, no necesita a un padre que acabará destrozándole el corazón. Afróntalo, Nikandros, no estás capacitado para ser padre y esposo, como tampoco lo estás para ser el príncipe que necesita Drakon.

Nikandros, alto y orgulloso, la miró con una dureza en los ojos que ella no le había visto jamás.

–Yo tampoco había pensado casarme. No había pensado tener una esposa que me recordaría todos los días que había vuelto medio loco a mi amigo, que trata sin el más mínimo respeto al padre del hijo que espera, como si solo fuera un donante de esperma. Jamás, ni loco habría elegido esa vida repleta de desconfianza y desprecio. Me alejé de esa vida e hice algo de mí mismo, pero te has equivocado en una cosa sobre mí, Mia. Jamás he eludido las consecuencias de mis actos y tampoco lo haré ahora.

Mia sintió un escalofrío de miedo por la espina dorsal.

–No puedes obligarme a que me vaya contigo.

Él abrió la puerta y dejó entrar a alguien. Era el hombre bajo y cuadrado que ella había visto dando vueltas por el ático de

Nikandros. El hombre los miró alternativamente, como si pudiera notar el frío de la habitación a pesar del sudor que le caía por la calva.

–Alteza, el príncipe heredero ha…

Nikandros lo interrumpió sin mirarlo siquiera.

–Cuando yo se lo diga, Stavros comunicará a la prensa que el hijo que esperas es mío. La prensa te perseguirá sin contemplaciones cuando se entere de que te has acostado con el mejor amigo de tu difunto marido. Olvidarán todo lo que Brian haya podido hacerte cuando se enteren de que te has liado conmigo y estás esperando un hijo mío.

–Es un farol –graznó Mia a pesar del tono gélido de Nikandros.

Parecía tallado en piedra, sus labios no esbozaban una sonrisa arrogante y sus ojos no tenían ni el más mínimo resplandor que atenuara su frialdad.

–No eres tan despiadado como para arrojarme a ellos, ese no es el Nikandros que conozco.

–Bueno, ya hemos aclarado que no me conoces. Ya he sido así de despiadado una vez e, incluso entonces, me sorprendió a mí mismo lo cruel que podía llegar a ser. Por mucho que quiera convencerme a mí mismo de que no lo llevo dentro, creo que llevo la crueldad en la sangre –Nikandros agarró la puerta con un aire de resignación en los ojos–. Soy de la Casa de los Drakos, unos guerreros sedientos de sangre que sometieron a un dragón y se quedaron con todas sus riquezas. Somos codiciosos y astutos y preferimos que los trapos sucios queden en familia. O te enfrentas a esos chacales por el mayor error que hemos cometido en nuestras vidas o te vienes conmigo a Drakon para vivir rodeada de lujos. Mi limusina solo esperará cinco minutos.

Capítulo 5

MONTAÑAS CON cimas cubiertas de nieve y un mar de color azul turquesa… la primera visión de Drakon había sido tan estimulante como aterradora. La furia contra Nikandros por haberla arrastrado hasta allí había ido pasándose a medida que le daba vueltas a la cabeza. Aunque era un aventurero que buscaba las emociones por afición y profesión, parecía haber aceptado con relativa naturalidad el cambio de rumbo de su vida. ¿Habría sido tan rastrera si no hubiese tenido sus problemas con él, si Brian no hubiera enturbiado la historia entre ellos? Había llegado a decirle, más o menos, que solo servía para hacer el amor.

Cada vez que había intentado hablar con Nikandros durante el interminable viaje, él la había cortado en seco. Se arrepentía de haber sido tan implacable.

«Bienvenida a tu nueva casa», fue lo único que había dicho en su arrogante tono mientras le abría la puerta de la limusina con cristales oscuros y antes de alejarse.

Así, tan sencillamente, se había desentendido de ella.

Era exactamente el tipo de relación que no había querido volver a tener, una relación llena de rabia y desconfianza. Si Nikandros creía que un niño se criaría feliz en un entorno así, estaba completamente equivocado.

La llevaron desde al aeródromo privado al palacio del rey, unos empleados que no la miraban a los ojos la dejaron en sus aposentos y allí se quedó corroída por la rabia y el desconcierto.

Habían pasado cinco días desde entonces y no había vuelto a saber nada de Nikandros.

Cansada de esperar a que Nikandros apareciera, había ido a la piscina, con una pérgola y rodeada de altos muros, y luego había paseado por el soportal con frescos que se remontaban al siglo XVI.

No paraba de repetirse que eso era pasajero, que Nikandros se daría cuenta del engorro que serían el bebé y ella para su forma de vida y les dejaría marcharse.

Cuando le llegó la invitación para que almorzara con el príncipe, no le quedaba ni rastro de remordimiento y estaba rebosante de rabia. Si esa era la idea que tenía él de una familia feliz, ella iba a darle una batalla como no había visto hasta ese momento.

Se pasó un cepillo por el pelo todavía húmedo y se lo dejó suelto por encima de los hombros. Se puso unos pantalones negros y una blusa rosa sin mangas debajo de una chaqueta blanca, no tenía nada mejor ni ganas de vestirse especialmente para alguien que, a todos los efectos, la había secuestrado, y entró en el inmenso comedor. En ese instante, se sintió poco vestida, abrumada por la grandiosidad de la habitación.

En el centro había una mesa ovalada, donde podían sentarse al menos veinte personas, cubierta por un mantel de hilo de color crema y con cubertería de plata. Las vidrieras en lo alto de las paredes bañaban de color el ambiente y el mármol rosa resplandecía a sus pies mientras grandes retratos con marcos dorados colgaban de las paredes. Esa habitación, fastuosa y ancestral, estaba a años luz del hombre aventurero y conquistador que había irrumpido en su vida como un huracán. Se le ocurrió que Nik encajaba allí tanto como ella. Jamás, a lo largo de todos esos años, le había parecido presuntuoso o… ¡No! Él había dejado meridianamente claro que ella no lo conocía.

Mia tardó unos segundos en dominar los sentidos después de quedarse deslumbrada, y en fijarse en el hombre moreno que estaba de pie al lado de una mesa auxiliar llena de resplandecientes licoreras de cristal. Lo había visto en fotos, pero habría reconocido ese mentón cuadrado y los pómulos prominentes que irradiaban la arrogancia y el poder que llevaba en la sangre.

Era Andreas Drakos, el príncipe heredero. Tan implacablemente tradicional y entregado a Drakon, según decían, como su hermano era temerario y desenfrenado. Él sí encajaba plenamente en esa habitación.

–Señora Morgan, gracias por haber aceptado mi invitación.

La había llamado así para recordarle quién había sido y lo detestó al instante. Era rancio y estirado, como siempre se había imaginado que eran los reyes. Incluso engreído por su propia importancia.

Si se quedaba allí, era porque se daba cuenta de que ese palacio y esa familia iban a ser parte de la vida de su hijo, pero ¿podía saberse dónde estaba Nik?

–¿Qué iba a hacer cuando me habéis engañado, Alteza? –replicó ella.

El príncipe heredero no se inmutó y le sirvió una copa de agua con gas, lo cual, le indicó a ella que lo sabía.

Mia dio un sorbo con la esperanza de calmarse. Lo irreal de la situación, estar al lado de ese hombre tan poderoso en esa habitación tan lujosamente decorada, era como una piedra en el estómago. Esa sería su vida si Nikandros se salía con la suya. Se sentaría en alguna habitación igual de lujosa que esa y esperaría a que Nikandros dejara un rato las emociones que salpicaban su vida y se acordara de que ella existía. Se sentía impotente y expectante. Nikandros hacía que se sintiera débil, como no lo había hecho ningún otro hombre.

Tenía que recordar que ella tampoco le gustaba a él, que él creía que había expulsado a Brian de su vida, que creía que era una mujer que no cumplía los votos que había hecho, que él quería una relación menos que ella todavía.

El príncipe la observaba y el silencio se hizo agobiante.

–Supongo, que no me habéis invitado solo para intimidarme con vuestra presencia, Alteza.

Los ojos del príncipe dejaron escapar un destello de sorpresa.

Nikandros y su hermano tenían las mismas facciones, pero en el rostro de Nik se reflejaba que había disfrutado, que se había enfadado y que había sentido muchas emociones distintas, cosa que no se notaba en ese hombre, era como si no hubiese llegado a aprender a vivir.

–Usted entiende la situación mejor que yo, señora Morgan –el príncipe le retiró una silla–. Hablar nos vendrá bien a los dos.

Él se sentó a la cabecera de la mesa e hizo una señal.

Ella ya tenía apetito y la comida era deliciosa. Acabó tranquilamente todo lo que le sirvieron y entonces levantó la mirada. Su primer impulso fue dar las gracias por la comida y marcharse, no decir nada hasta que lo hubiese aclarado todo con Nikandros, pero huir y esconderse sería una escapatoria cobarde y ya lo había hecho demasiadas veces durante los últimos años.

–Podemos ahorrarnos las cortesías. Nikandros me ha traído aquí y ha desaparecido. Me gustaría saber dónde está.

–No era lo que esperaba cuando se lo conté.

–¿Vos? ¿Vos le dijisteis que estaba embarazada? ¿Puede saberse cómo lo supisteis?

–Un equipo de seguridad vigila de cerca a Nikandros. Eso implica que también se sigue durante un tiempo a sus… aventuras.

La había llamado una de tantas a propósito. Nikandros salía muy favorecido en comparación con ese hombre.

–Había pensado que estabais muy ocupado con los asuntos de Estado como para espiar rastreramente los asuntos de vuestro hermano, Alteza.

–Un insulto y una deferencia en la misma declaración. Es usted única, señora Morgan. ¿Ha pedido Nik una prueba de ADN?

Ella levantó la cabeza bruscamente, pero él no alteró la placidez de su expresión. Mia negó con la cabeza y entonces se dio cuenta de que Nikandros había aceptado su palabra sin rechistar.

–Mi hermano cuenta con una fortuna de cientos de millones. Ha levantado un imperio alrededor del riesgo y la emoción durante la última década y pertenece a la ilustre Casa de Drakos –Mia se lo había imaginado indiferente, pero lo había dicho con orgullo–. Son buenos motivos para su… reclamación, señora Morgan.

–El hijo es suyo –replicó ella en un tono tajante–. No me extraña que a Nikandros le espantara la mera idea de volver aquí. Sois muy rastrero, Alteza –se miraron a los ojos sin parpadear–. ¿Por qué no vamos al grano? ¿Qué queréis de mí?

–Le haré la misma pregunta. ¿Qué quiere de mi hermano?

–Un billete de ida que me saque de su vida.

–¿Se marcharía de Drakon si yo se lo organizo? –le preguntó él con un brillo peligroso en los ojos–. ¿Sin más exigencias?

Todas y cada una de las células de Mia dieron un respingo. Podría desaparecer antes de que volviera Nikandros y no volvería a poner un pie en ese maldito país por mucho que la amenazara. Ya sabía con lo que estaba lidiando y podría resistirse mejor a él y a sus imposiciones.

Era posible que, con el paso del tiempo, él acabara dándose cuenta de la carga que serían una esposa y un hijo para su forma de vida.

Ella, allí encerrada, cuando esa atracción que sentía hacia él era lo más irracional y disparatado que había sentido en su vida, se debilitaría y nada, ni su historia con Brian ni su pasado, podría ayudarla a defenderse de ese príncipe temerario porque Nikandros Drakos era único. Había creído lo que le había dicho cuando ningún otro hombre lo habría hecho. Estaba dispuesto a hacer lo que tenía que hacer por su hijo o, al menos, esa era su intención.

–Debería aceptar la orden de Nik para que nos casemos solo por fastidiaros, Alteza –le espetó al príncipe mientras su parte racional la apremiaba para que aceptara su oferta.

Tenía que salir corriendo lo más lejos que pudiera antes de que volviera a anhelar esa conexión con él, antes de que quisiera cosas que nunca tendría con él.

–¿Nik le ha pedido que se case con él? –el príncipe se quedó con la copa a mitad de camino y los ojos entrecerrados no consiguieron disimular su asombro–. ¿Y lo ha rechazado? –preguntó en un tono de incredulidad y sorpresa.

–Sí.

–¿Por qué?

A pesar de lo irreal que era la situación, Mia dejó escapar un bufido.

–Aunque os cueste creerlo, no me interesa un marido, ni aunque sea de vuestra ilustre familia.

Sin hacer caso del inescrutable príncipe, fue hasta las puertas acristaladas y miró fuera. Olía a jazmín y desde allí, en un piso elevado del palacio, podía ver el patio del que tanto había oído hablar. Miles de piedras formaban dibujos de colores rodeados por una galería abierta. Se abrían al público algunas habitaciones una vez a la semana y la familia real salía a la azotea vestida con sus mejores galas en las fiestas nacionales y en otras ocasiones.

Nikandros había dado la espalda a todo eso, al palacio del rey, a Drakon, al hombre que incluso en ese momento estaba intentando comprobar hasta dónde llegaba su inestable relación… Le gustaran los deportes de riesgo y jugarse la vida o no, nadie podía negar que tuviera un sentido empresarial implacable ni su meteórico ascenso como uno de los empresarios más prósperos de menos de treinta años… y ella lo había reducido a un semental… o un donante de esperma. Hasta ella, que sabía muy poco sobre los hombres y su vanidad, sabía que eso tenía que ser muy insultante. ¿Le habría gustado a ella que él hubiese dicho que había sido un revolcón muy oportuno?

Notó que le pesaban las extremidades.

A pesar de sus recelos sobre su matrimonio con Brian, Nikandros se había preocupado por ella la noche de la conferencia de prensa y le había ofrecido una parte de sí mismo, había entendido lo que había perdido.

Si aceptaba la ayuda de ese hombre tan poderoso, si huía, acabaría por completo con cualquier esperanza de un entendimiento cordial entre ellos, sería una traición para Nikandros y no podía hacer algo así. La mera idea de casarse le daba náuseas, pero Nikandros y ella tenían que empezar por algún lado por el bien de su hijo, tenían que dejar a un lado sus diferencias.

–Señora Morgan, usted no es su tipo habitual de mujer.

–No soy su mujer en absoluto, aquello fue… –Mia notó que le ardían las mejillas y no acabó la frase–. Evidentemente, sabéis

dónde está. Sed útil, Alteza, y decídmelo. Quiero verlo.

Él arqueó una ceja en su arrogante rostro, como hacía Nikandros.

–En un rally por las montañas de Iedas.

Era la carrera más peligrosa que se celebraba en Drakon. El corazón se le aceleró, pero se quedó helada por dentro. Vio las imágenes del espeluznante accidente de Brian y se le borró la vista. Miembros amputados, sangre por todos lados, ojos sin vida… El pánico se apoderó de ella, le abrasaron los pulmones y no pudo respirar.

Una mano en un hombro la llevó hasta una silla.

–Ponga la cabeza entre las rodillas.

El oxígeno le llegó a la cabeza y resopló como si hubiese terminado una sesión de entrenamiento. Le escocieron los ojos por las lágrimas, pero consiguió contenerlas.

El príncipe heredero acercó su silla a la de ella y le frotó las manos frías. Daría cualquier cosa para que no le pasara nada, por ver sus ojos velados por la pasión, por ver su boca indolente esbozar una… Una punzada dolorosa le atenazó la garganta.

–Si pudiera, lo mataría ahora mismo con mis propias manos –la rabia había acudido a rescatarla. La rabia era preferible a ese miedo paralizante–. No puedo hacerlo.

Sus rodillas casi se tocaban y el príncipe heredero se transformó con los antebrazos apoyados en los muslos. Parecía un hermano preocupado con una sombra de dolor en los ojos.

–¿No puede preocuparse por Nik?

–No puedo vivir otra muerte como la de mi difunto marido, nada más. No me preocupo por Nikandros.

–Conocer a Nik conlleva preocuparse por él, señora Morgan, pero le diré lo que me digo siempre que emprende una de sus expediciones –asombrosamente, las palabras de príncipe heredero tenían un evidente tono de miedo–. Nik tiene la suerte del diablo. ¿Sabía que antes de los dieciséis años ya le habían dado casi por muerto cuatro veces?

–¿Qué…?

Era imposible imaginarse a ese hombre a las puertas de la muerte si no la había tentado él.

Andreas asintió con la cabeza y la mirada perdida.

–El mejor equipo médico del mundo creyó que no llegaría a la adolescencia, y ni se le pasó por la cabeza que llegara a los treinta años, que escalara montañas o que recorriera la Antártida a oscuras. Sin embargo, Nik siempre ha ido contra pronóstico y yo siempre he

pensado que lo ha hecho por sus ganas de vivir.

Mia se tapó la cara con las manos e intento serenarse. Las ideas le dieron vueltas en la cabeza hasta que una se materializó; le parecía insoportable la idea de ese mundo sin Nikandros. Le parecía insoportable la idea de vivir su vida sin ver esos ojos azules provocadores, esa sonrisa maliciosa… y era demasiado tarde porque sus destinos ya estaban irrevocablemente unidos.

Los ojos de Andreas brillaron con satisfacción, como si todo estuviese encajando en su sitio de repente.

–Nadie puede detener a Nik cuando ha tomado un camino. Si le ha pedido que se case con él, está comprometido con el bebé y con usted. A mi hermano siempre le ha faltado un camino claro, una motivación, y usted se la ha dado.

–¿Puede saberse qué está pasando?

Mia se estremeció al oír el tono airado de la pregunta. El príncipe heredero le dio una palmada en la mano y se la soltó.

Ella tomó aire para darse fuerzas, se dio la vuelta y vio la desconfianza en los ojos de Nik. Fuera cual fuese la batalla silenciosa que se libraba entre los dos hermanos, ambos desviaron la mirada.

–Me abandonaste… –consiguió contestar Mia con el corazón golpeándole el pecho.

Sería un milagro que la hubiese oído porque el miedo a que hubiese muerto o a que desafiara la muerte le atenazaba la garganta. Era como si la peor de sus pesadillas se hubiese hecho realidad. Se había recubierto de hielo el corazón hacía mucho tiempo, mientras esperaba a que su padre se olvidara de las emociones fuertes, y, en ese momento, tendría que hacer lo mismo el resto de su vida con Nik… y sería un millón de veces peor porque ya la había dejado marcada. Lo único que podía hacer era intentar que no le arrebatara el corazón.

–Di por supuesto que no ibas a necesitarme, Mia. Al menos, durante un tiempo –sus ojos dejaron escapar un destello oscuro para poner en contexto las palabras–. ¿En qué puedo servirte ahora?

Una furia irracional se adueñó de ella y cruzó la habitación. La espera interminable cuando Brian tuvo el accidente, el dolor y el remordimiento, esa forma de malgastar la vida solo por la emoción de hacerlo… ¿Cómo se atrevía a provocarla?

Él se quedó mirándola desde su metro noventa de virilidad

descarada, de musculatura fibrosa.

Le dio una bofetada tan fuerte que el brazo le rebotó por el impacto. Él no parpadeó siquiera. Se quedó como una de esas montañas que se proponía conquistar. Su expresión reflejó algo primitivo y a ella se le desvaneció la adrenalina tan deprisa como le había llegado.

Se tambaleó como si todas las emociones que había conseguido sofocar durante años hubiesen revivido con ganas de venganza. Todo estaba saliendo mal. Su genio no debería saltar así, a ella debería darle igual, y más ese hombre que jugaba todos los días a la ruleta rusa.

No podía importarle Nikandros y salir ilesa.

Nikandros le puso con delicadeza sus enormes manos en los hombros para sujetarla. Esos penetrantes ojos azules todavía conservaban el asombro inicial.

–Mia…

Ella, sin embargo, no tenía nada que decir. Contuvo las lágrimas en la garganta, lo agarró de la cintura y apoyó la cara en su pecho. Poco a poco, su respiración fue apaciguándose. Su olor, inequívocamente masculino, la tranquilizaba, lo sentía sólido y palpable.

–¿Qué le has dicho para asustarla?

–La señora Morgan y yo hemos estado conociéndonos un poco.

Nik se quedó más rígido todavía.

–Déjanos, Andreas.

–No tengo nada que decirte –intervino Mia separándose de él.

–Mia.

No se había alejado ni dos pasos cuando una mujer entró apresuradamente en la habitación. Era menuda y llevaba una camisa blanca de manga larga y unos pantalones de montar a caballo, y daba instrucciones a dos asistentes que la acompañaban como si fuese un general bramando órdenes, órdenes que iban desde la administración hasta la próxima visita del príncipe heredero a Estados Unidos.

Si no hubiese sido por su tono autoritario, Mia habría dado por supuesto que era una secretaria, pero no, era Eleni Drakos, la hermana intermedia. Casi nadie sabía gran cosa sobre ella, aunque era una presencia constante al lado de su hermano mayor.

Abrazó con fuerza a Nik en cuanto los asistentes se marcharon. Nik también la abrazó y su expresión se suavizó. La princesa parecía un duendecillo anodino entre sus dos imponentes medio hermanos. Era baja, pero tenía curvas y unos mechones del pelo castaño se le

escapaban de la trenza. Era normal y corriente hasta que sonrió. Entonces, resplandeció como si estuviese iluminada por dentro. Unos ojos perspicaces se dirigieron hacia Mia.

–Bienvenida a nuestra casa, señora Morgan.

La princesa la saludó con calidez sincera, como si no se hubiera dado cuenta de la frialdad del ambiente o no le importara.

–Gracias, Alteza.

Eleni Drakos hizo un gesto para que todos se sentaran y se dirigió a Mia otra vez.

–Por favor, no me llame Alteza, llámame Eleni. Quédese, he venido a conocerla.

–Entonces, llámame Mia. No soporto que me llamen «señora Morgan» ni a la gente que se empeña en llamarme así.

Mia oyó de fondo la risa del príncipe heredero, pero todo su ser estaba pendiente de los gélidos ojos azules que se clavaban en ella desde la silla que tenía enfrente. Se le escapaba la mano por las ganas de acariciar esa barba incipiente y de ver cómo se derretía el hielo de su mirada. Anhelaba sentir todo su vigor y vitalidad de la forma más íntima posible.

Desvió la mirada. ¿Qué estaba pasándole? Había sido firme durante años, siempre había dominado las emociones, pero, en ese momento, parecía como si ya no pudiera contenerlas.

–Tengo entendido que hay que felicitarte –Mia, agradecida por la interrupción de Eleni, intentó sonreír–. Nik me ha dicho que la situación no es la ideal ni mucho menos y me imagino que Andreas habrá intentado marearte hasta que no sepas lo que está bien y lo que está mal. Te daré un pequeño consejo.

Nik dejó escapar un ligero gruñido, un sonido que fue como un reguero abrasador por la espalda de Mia. Andreas levantó las manos como si fingiera que se rendía.

–Nik debería casarse con Mia si eso es lo que quiere. Al fin al cabo, la Casa de Drakos necesita apremiantemente un heredero para aplacar al pueblo y ya tenemos uno a mano.

Mia, Nikandros y Eleni miraron al príncipe heredero, que esta espantado y no daba crédito a lo que estaba oyendo.

–Por el amor de Dios, dejad de hablar de mi hijo como si fuese un producto que hemos encargado por error –intervino Mia en un tono algo ácido.

–Nuestro hijo –le corrigió Nik en voz baja.

«Nuestro hijo…» Tendría que acostumbrarse a eso.

–No parece que vayáis a moriros pronto, Alteza –siguió Mia en el mismo tono y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dejar de

mirar a Nik–. Además, ya tenéis a Eleni y a Nik para sucederos. ¿Cuántos herederos necesita el pueblo de Drakon para conformarse?

–Yo nací fuera del matrimonio y no puedo heredar nada aunque mi padre me adoptara –le explicó Eleni–. Mi consejo es que te cases con él, Mia. Ser ilegítimo es como llevar una piedra colgada del cuello si te crías en el palacio, incluso en Drakon. Si conozco a Nik, no permitirá que un hijo suyo se críe sin conocerlo.

–Mi charla con el príncipe heredero ha hecho que me dé cuenta de que no debería poner objeciones.

Nikandros estaba repantingado en la silla, era la expresión máxima de la rebelión contra la tradición que había en la habitación, pero seguía mirándola fijamente, como si hubiesen estado solos.

–Es la primera vez en nuestra vida que mi hermano hace algo útil para mí.

–En cualquier caso, con esos deportes de riesgo y esas carreras, estirarás la pata pronto. ¿Para qué vamos a luchar contra el destino? –Eleni se quedó boquiabierta, pero Mia siguió en ese tono ácido–. Seré viuda por partida doble antes de haber cumplido los veintiséis años, pero tendré todas las ventajas de ser la viuda del príncipe temerario de Drakon y, al menos, nuestro hijo tendrá un legado, ya que no un padre.

–Mi futura esposa es muy pragmática, aunque solo sea eso –comentó Nik atravesándola con la mirada antes de dirigirse a Andreas–. Estoy dispuesto a que se me nombre posible heredero.

¿Significaba eso que iba a asentarse? Mia, con el corazón acelerado, intentó encontrarle sentido. Una parte muy necia de sí misma se preguntó incluso si lo haría por llevarle la contraria a ella.

–¿Por qué lo haces? –le preguntó sin andarse por las ramas.

Nikandros se encogió de hombros como si todos los días cambiase drásticamente de vida.

–Ahora encaja con mi vida, pero no permitiré ninguna injerencia por tu parte, Andreas. Delimitaremos claramente lo que haré y lo que no. Sé cómo hacer que la economía prospere otra vez y mi matrimonio y el hijo que esperamos deberían aliviarte la presión que te ha metido el Consejo de la Corona, y convencerá al pueblo de Drakon de que no les faltarán herederos durante un tiempo.

Si hubiesen estado solos, si no hubiesen tenido una mesa del tamaño de un campo de fútbol entre ellos, Mia le habría dado otra bofetada para borrarle esa sonrisita arrogante de la cara, y él lo sabía porque la miró como si le retara a que lo hiciese.

–¿Qué va a pasar con tu empresa? –le preguntó ella en tono

cortante.

–Voy a venderla. En cuanto a lo de que vaya a morirme pronto… –él esbozó una sonrisa sombría–. Nadie respeta tanto la vida y su infinidad de retos como yo. He encontrado un reto nuevo, uno que ofrece dividendos durante toda la vida.

–Yo no soy un reto que hay que superar –replicó ella con la cara congestionada.

Él se encogió de hombros y con un brillo de satisfacción en los ojos. Ella lo había empezado delante de sus hermanos y estaba claro que a él no le daba vergüenza terminarlo.

–No solo pienso disfrutar de una vida longeva, también voy a tener un matrimonio fructífero para que pueda enseñarte muchas cosas. Al fin y al cabo, toda una vida será poco tiempo para que nos conozcamos, ¿verdad, Mia?

Ella, temblorosa y sin poder respirar, solo podía mirarlo fijamente. Era lo último que se había esperado de él. Iba a compartir las obligaciones con su hermano, iba a consagrarse a la vida que quería crear con ella por el bien de su hijo… Sin embargo, ¿estaría satisfecho con una vida de padre y esposo y llena de obligaciones principescas? ¿Podía quedarse mucho tiempo tranquilo un hombre que había buscado las emociones fuertes toda su vida?

No acababa de creerse que él pudiera hacerlo sin anhelar la vida de antes, pero ¿había alguna esperanza? ¿Estaba planteándoselo ella? ¿Estaba dispuesta a competir contra cualquier emoción fuerte que él buscara?

Sabía con toda certeza que él no permitiría que se alejara aunque lo hiciera para protegerse a sí misma. Llevaba el espíritu de cazador en la sangre y ella era su trofeo.

Además, era mucho más implacable que Brian, era más calculador y peligroso hasta en los riesgos que corría. La diferencia entre Nikandros y su ex era que el príncipe temerario jugaba para ganar.

«No estás capacitado para ser padre y esposo, como tampoco lo estás para ser el príncipe que necesita Drakon». Las hirientes palabras de Mia todavía le daban vueltas en la cabeza. Nikandros se planteó, y descartó, la idea de perseguirla por los pasillos del palacio. Se quedó en la amplia habitación repasando las reacciones a su declaración.

A Theos, aun en su demencia, no le había gustado que Andreas lo hubiese invitado a volver. Siempre le reprocharía que se hubiese

marchado y hubiese triunfado, que se hubiese atrevido a desafiar al rey.

Sin embargo, el régimen megalómano de su padre había terminado.

Sabía que su decisión había sido acertada y que era la respuesta a la inquietud que lo había dominado durante el último año. Eleni se había quedado encantada y hasta Andreas se había quedado satisfecho con cierta petulancia, algo que le desasosegaba. Todavía no sabía si podía confiar en Andreas, pero decidió no hacer nada por el momento. Decir que Mia se había quedado asombrada era decir muy poco. Se acarició la mejilla con una sonrisa; todavía podía notar la bofetada.

¿Todavía estaba furiosa porque la había obligado a acompañarlo? A él le enfurecía que ella dudara de sus intenciones y de su capacidad, pero le demostraría que podía, como se lo demostraría a todos los que habían dudado de él. Una emoción enorme se adueñó de él. Por fin tendría la oportunidad de ser el hombre que había soñado ser cuando estuvo enfermo durante años, cuando miraba las figuras imponentes de su padre y su hermano y se preguntaba si alguna vez podría intervenir en la configuración de Drakon. Sabía que su papel en la línea sucesoria era solo simbólico, una forma de tranquilizar al pueblo ante la demencia del rey, pero nunca se había dormido en los laureles de sus antepasados o de su familia. Esa era su oportunidad, su momento de dejar su impronta en Drakon, de conseguir lo que siempre había querido, y no estaba dispuesto a permitir que nadie, ni Mia ni Andreas ni su padre, le impidieran ser el Nikandros que tenía que ser por nacimiento.

Capítulo 6

NIKANDROS NO vio a Mia hasta pasada la medianoche.

Había vuelto a sus aposentos cuando terminó con Andreas, pero ella no estaba allí aunque una parte de su armario la habían llenado de blusas de seda, pañuelos y todo tipo de cosas femeninas y había llegado un ligero olor a rosas.

Mia tenía que estar allí, con él.

Un instinto posesivo, desconocido hasta ese momento, se adueñó de él. Sin embargo, evitó oler su ropa como si fuera un toro en celo y decidió que tampoco la buscaría por todo el palacio si ella quería esconderse de él.

Se duchó, se afeitó, se vistió y volvió a trabajar. En ese momento, cuando Andreas y él remaban juntos, estaba impaciente por empezar. La aventura de conquistar Drakon, de poner en marcha todos sus planes, era mucho más emocionante que escalar la montaña más alta o recorrer a pie una jungla.

Estuvo casi toda la tarde trasladando lo que le quedaba de su empresa a Drakon y al anochecer estaba fuera de quicio por toda la burocracia que había tenido que soportar para encontrar los derechos de unos terrenos montañosos que deberían haber pertenecido a la familia real.

Al día siguiente iba a reunirse con un topógrafo y un arquitecto para ver dos parcelas donde pensaba construir una estación de esquí de cinco estrellas y un club de aventuras. Tendrían que flexibilizar la legislación fiscal y bancaria para que entrara el dinero en Drakon.

Eran más de las dos de la mañana cuando volvió a sus aposentos y vio que Mia estaba dormida en la *chaise longue* de la sala.

¿Se había quedado dormida esperándolo?

Se quedó clavado en el sitio y la miró fijamente. Tenía un chal muy fino por encima de las piernas largas, desnudas y con la piel del color de la miel, unas piernas que le habían rodeado la cintura mientras acometía dentro de ella.

El anhelo lo atenazó por dentro cuando fue subiendo la mirada

por los muslos hasta que llegó a las bragas rosas y siguió hasta esos pechos que parecían hechos para sus manos; ninguna mujer lo había atormentado de esa manera.

Algo distinto le oprimió el pecho cuando le miró la cara. El pelo castaño y ondulado le rodeaba la cara como una nube y llevaba una camiseta desgastada donde se leía *Miami Heat*, el nombre de su exequipo de fútbol; parecía increíblemente joven e irresistiblemente inocente, dos características que no había asociado con Mia. Se había olvidado de lo joven que era por su éxito profesional, por su comentado matrimonio con Brian y por esa ecuanimidad que siempre había tenido. Todas las mujeres que conocía de su edad, fueran amigas o novias, seguían abriéndose camino en sus profesiones. Habían salido por la noche todo lo que habían podido, habían disfrutado con todo lo que les había ofrecido la vida y habían cambiado de amantes con la misma facilidad que él. Mia, sin embargo, se había entregado al fútbol en cuerpo y alma, había vivido la vida como desde detrás de una pantalla de frialdad distante, como si nada pudiera afectarle.

La verdadera mujer solo surgía en el campo de fútbol o cuando intercambiaba insultos con él. Brian le había contado mil veces que lo había dejado a un lado con indiferencia, pero, al parecer, no le importaba provocarle a él o perder los estribos con él… y le entusiasmaba que fuese distinta con él, ese brillo de sus ojos y esa furia que hacía que le temblaran los labios cuando él la retaba.

En ese momento, cuando descansaba, su rostro tenía una belleza que no conocía. Las pestañas proyectaban sombras sobre los pómulos… pero unas manchas debajo de los ojos le indicaban algo que no se habría creído nunca en la vida. ¿Había estado llorando?

«Seré viuda por partida doble antes de haber cumplido los veintiséis años»

Parpadeaba sin parar, como el aleteo de una mariposa. Estaba tan inquieta como él. Se giró en la *chaise longue* y tiró el chal. Dejó escapar un gruñido, frunció el ceño y se frotó la espalda con una mano.

Ya había visto bastante.

La tomó en brazos y ella se agarró a su cuello. Sus pechos se aplastaron contra su pecho y tragó saliva por la descarga de deseo que le recorrió la columna vertebral.

Apretó los dientes, la llevó a su dormitorio y la dejó con delicadeza en la cama. Entonces, en ese instante, abrió los ojos. Él se sentó decidido a que se quedara en la cama aunque tuviera que atarla. Mia esbozó una leve sonrisa, abrió mucho los ojos

somnolientos y dejó escapar un sonido de pena.

Iba a despellejarlo, pero nunca había sentido una excitación tan abrasadora mientras esperaba, no había sentido esa emoción en ninguna de sus aventuras. Mia se contoneó en la cama con una sensualidad que habría sido obscena en cualquier otra mujer.

–Has vuelto… –susurró ella en un tono adormilado.

Nik se dio cuenta de que no estaba despierta, de que estaba soñando.

Entonces, ella le acarició la cara y detuvo los dedos al lado de la boca. El deseo se adueñó de él. Mia le tomó la barbilla en una mano y le pasó el pulgar por los labios una y otra vez. Nik cerró los ojos y apretó los dientes para dominar la tentación de recorrerle el cuello con la boca, pero ella siguió pasándole los dedos por los labios.

Lo agarró de los antebrazos y él acudió. Se acurrucó contra él y lo torturó con su íntimo contacto. Se pasó uno de sus brazos por encima y se abrazó con fuerza.

–No te mueras, Nikandros –ella se estremeció y soltó un grito desgarrador–. No podría soportarlo.

Nik se quedó inmóvil, era imposible pasar por alto el dolor que se reflejaba en sus palabras.

–Mia… –Nik le apartó un mechón de pelo de la frente–. Estás teniendo una pesadilla…

–Había otro accidente –susurró ella con la voz ronca–. Tú estabas debajo, tenías el cuerpo doblado de una forma muy rara y no sonreías. No contestabas por mucho que te llamara.

Ella tembló tanto que él la sujetó con el brazo.

–Shh… Estoy aquí, Mia, estoy bien…

–¿De verdad?

Ella, como si quisiera contestarse su propia pregunta, se llevó la mano de Nik a la boca y le besó la palma. Los ojos mojados le dolieron más que la acusación de ella durante la comida. ¿Por eso lo había abofeteado? ¿Le había preocupado que se muriera como Brian? Entonces, ella lo había sobrellevado sola. Él también había llorado su pérdida y le había reprochado a ella que hubiese conseguido lo que quería… No se había dado cuenta del rencor que había sentido contra ella.

La cabeza le dio vueltas en todas direcciones. Había decidido muy fácilmente que su matrimonio con Brian no le había dejado cicatrices, que lo había alejado de ella, que ella era la única culpable del fracaso de su matrimonio. Todo lo que sabía sobre su matrimonio se lo había contado Brian… o lo había leído en las

noticias sobre sus aventuras.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para dominar las oleadas de deseo que se adueñaban de él y ella empezó a respirar más rítmicamente. No supo cuánto tiempo se quedó así, sentado en el borde de la cama, abrazándola e inhalando su olor.

Entonces, entendió qué había detrás de sus mezquinas acusaciones. No quería que la sombra de Brian se interpusiera entre ellos, no quería saber lo que había pasado entre ellos ni quién había sido el culpable. No podía quedarse con las cosas que le había contado Brian sobre su matrimonio.

Cada vez que ella decía su nombre, era como si fuese a repetirse el pasado, como si su propio papel en la vida de ella fuese más turbio, como si estuviese luchando contra un fantasma del pasado.

Al amanecer, cuando se levantó de la cama, tenía más dudas sobre Mia y una necesidad imperiosa de darse otra ducha fría.

No tuvo tiempo durante los dos días siguientes de reflexionar sobre la conversación con Mia medio dormida. Se había desatado la locura por la noticia de que había vuelto el príncipe temerario, y que había vuelto con una mujer.

La misma mujer que irrumpió en el cuarto de baño cuando él estaba duchándose. Iba vestida con un sencillo vestido amarillo y parecía uno de los girasoles que crecían a los pies de las montañas de Drakon. Aunque el cristal estaba empañado, pudo captar la tensión de sus hombros y que se había quedado rígida al darse cuenta de dónde se había metido.

Él sonrió y retrocedió un paso.

–Puedes acompañarme si quieres, Mia…

Ella lo miró de arriba abajo; se le oscurecieron los ojos y se le entrecortó la respiración.

–Solo quiero hablar contigo. Te marchas antes de que me despierte y vuelves cuando ya estoy dormida.

Él se sentía como si estuviese exhibiéndose, aunque no le importaba gran cosa.

–Si quieres una visión frontal, solo tienes que pedirlo.

Abrió la puerta y se puso de frente para que ella pudiera ver la erección, que aumentó de tamaño cuando ella la miró con avidez.

Mia se dio media vuelta y le dio la espalda, pero él había podido ver el brillo de deseo que había destellado en sus ojos.

–Quiero hablar, no una reinterpretación de *Magic Mike*.

–¿Qué es *Magic Mike*?

–Una película sobre *strippers* masculinos, otra profesión en la que estoy segura que triunfarías.

–Lo tomaré como un cumplido –gritó él.

Salió de la ducha, se acercó a ella y tomó una toalla, pero no se molestó en taparse.

–Vístete, Nikandros.

–Tú has entrado en el cuarto de baño. Además, Mia, no hay nada que no hayas visto, acariciado y besado. Bueno, me equivoco, no me has besado la…

Mia le dio una bofetada con tanta fuerza que él cayó sobre la pared y ella se cayó encima de él. Apoyó las manos en su cuerpo y se le aceleró la respiración. El roce de sus pezones en el pecho hizo que la erección se endureciera más entre sus cuerpos.

Entonces, le devoró la boca, necesitaba deleitarse con ella como no había necesitado nada en su vida. Mia se quedó boquiabierta y él lo aprovechó para introducir la lengua. Ella gimió y le arañó el pecho. El deseo lo dominó y sintió descargas de placer en las entrañas.

Le giró la cabeza con las manos entre el pelo, aunque no hacía falta. Mia se dejó arrastrar por el voluptuoso beso, le mordió levemente el labio inferior y le lamió los labios con una intensidad erótica de la que él no se cansaría nunca.

Ni sumisión ni racionalidad, solo anhelo puro y duro.

Ella había aprendido lo que le gustaba y estaba dándoselo con una pasión que hizo que le brotara un gruñido de lo más profundo del pecho. Esa vez iba a tomarla sin contemplaciones, iba a enseñarle que no podía rechazarlo tan fácilmente, que, al menos, no podía privarle de su cuerpo.

Mia le rodeó el muslo con las piernas, se frotó la entrepierna contra el muslo desnudo. La calidez que irradiaba su sexo lo derretía por dentro. Él apretaba el muslo sin dejar de besarle y lamerle cada milímetro de la boca. Mia gimió mientras arqueaba las caderas sobre la erección.

–Nik…

Él le pasó el pulgar por el labio inferior y su humedad le recordó otros rincones que le gustaría acariciar y lamer.

–¿Quieres que siga, Mia?

Lo miró sonrojada, parpadeó y se apartó de él.

–Yo…

–Podría tomarte contra esa pared, pero no me interesa hacerme tu semental.

Ella se marchó apresuradamente.

Él sacó unos pantalones negros del armario y se los puso. El cuerpo le vibraba, pero no le parecía una victoria, le parecía una bajeza y, a pesar de su comportamiento repugnante de hacía diez años, las bajezas no eran lo suyo.

Sin embargo, Mia lo alteraba y hacía que sintiera unos anhelos en los que no debería caer.

Estaba esperándolo en el dormitorio.

–Quiero irme a otros aposentos.

Él no estaba de humor para discutir, pero había visto el brillo de miedo en sus ojos antes de que lo disimulara con esa frialdad. ¿Pensaba todavía que iba a morir como Brian?

–Mi prometida dormirá en mis aposentos.

La miró. Tenía una mancha de humedad en el pecho y se le hizo la boca agua al ver que se le habían endurecido los pezones debajo de la tela. Volvió al armario, sacó una camiseta doblada del lado de Mia y se la tiró.

–Tienes que cambiarte –le ordenó él dándose la vuelta.

–Mi vestido es perfecto para…

Se miró y se pegó la camiseta al pecho. Se le marcaban los pezones debajo de la tela mojada. Gruñó y cerró los ojos con la esperanza de que el cuerpo se le enfriara por dentro, pero la palpitación que sentía entre las piernas no cesaba.

Como desvestirse delante de él o lejos de él iba a convertirse en una pequeña batalla, le tiró la camiseta a sus amplias espaldas. La satisfacción fue más bien escasa porque, naturalmente, él tenía razón.

Le fastidiaba que hubiese tenido razón en tantas cosas.

Le debía una disculpa, pero sus buenas intenciones se esfumaron en cuanto se acercó a él. La excitaba y la enervaba, pero parecía conservar el dominio de sí mismo. Mia, sonrojada, tomó aire cuando él se abotonó la camisa y se la metió en los pantalones. No le sobraba ni un gramo, le recordaba a una escultura clásica… y tenía un trasero precioso.

–Esto no me resulta fácil, Nikandros.

–¿Crees que lo es para mí?

Él se dio la vuelta y se acercó a ella con la barbilla levantada. Recién duchado, olía a piel, jabón y sexo. Mia se acercó más, no podía hacer el nudo de la corbata sin inclinarse sobre él, sin notar sus muslos graníticos contra los de ella.

–Dime por qué no…

La nuez de él subió y bajó cuando ella le rozó el cuello con los dedos.

–Por qué no, ¿qué?

–¿Por qué…? –ella volvió a tener la sensación de que él estaba tenso–. ¿Por qué no es fácil para ti cuando estás saliéndote con la tuya en todo, cuando todo está arreglándose a tu gusto? En vez de hacerlo todo con sensatez, te lo dejé en bandeja al hacer ese comentario tan miserable, te di motivos para que me amenazaras despiadadamente.

–¿A qué comentario miserable te refieres?

Mia estuvo tentada de restarle importancia, pero no quería una repetición de su matrimonio con Brian. Nikandros, al menos, era sincero, aunque pudiera ser hiriente, y ella le debía lo mismo.

–Al comentario de que solo servías para tener relaciones sexuales. Yo no soy una mujer fatal que seduce a hombres para acostarse con ellos y luego los despide sin más. Lo que quería decir era que parece que sacamos lo peor el uno del otro –Nik permaneció en silencio y ella siguió–. Nunca me habías parecido despiadado, parecía como si te bastara tu atractivo y tu virilidad para salirte con la tuya.

–No sé si tengo que sentirme insultado o halagado.

–Eras un hombre distinto cuando me amenazaste con arrojarme a las garras de la prensa si no venía a Drakon sin rechistar.

Él suspiró y se liberó de parte de la tensión.

–He luchado toda mi vida para encontrar un sitio aquí, en Drakon, con mi padre, con mi hermano, con Eleni. Cuando no lo encontré, me marché y me hice mi propio sitio. No acepto bien que me nieguen lo que quiero, Mia, que me utilicen en nombre de una cosa u otra. Saca lo peor que llevo dentro y no puedo disculparme por algo que volvería a hacer.

–Sin embargo, ¿no es lo que hicimos los dos, Nik? ¿No nos utilizamos el uno al otro?

–Sí, pero fuimos sinceros, no hubo dobles intenciones ni manipulaciones. Además, independientemente de cómo empezara la noche, el embarazo lo desbarata todo, ¿no?

Ella asintió con la cabeza y, por primera vez, entendió lo que quería decir él. Cuando se habían complicado las cosas, él se había adaptado mejor y antes a la situación. El temerario había sido más predecible que ella, y eso le fastidiaba.

–¿Por eso no es fácil estar aquí? –preguntó Mia mientras se daba cuenta de que había hecho un estereotipo de él.

–El palacio, el personal, el protocolo, todo me recuerda que

nunca encajé con la idea que tenía mi padre de su hijo, me recuerdan cosas que prefiero olvidar y me pregunto si Andreas dice de verdad que quiere que me quede –Nikandros se pasó una mano por la cara–. Me marché una vez por la desconfianza, la manipulación, la falta de confianza en todo lo que yo defendía. No voy a librar la misma batalla contigo, Mia.

–Ni yo contigo –Mia terminó de hacerle el nudo de la corbata, le puso las manos en el pecho y notó que tenía el corazón acelerado–. No puedes… No puedes imaginarte lo que sentí cuando supe que estabas jugándote la vida otra vez. No le serviré de nada a nuestro hijo si estoy todo el rato preguntándome cuando recibiré la noticia de…

Mia no pudo acabar la frase y apoyó la cabeza en su pecho. No quería decir nada que pudiera estropear esa tregua precaria. Era la primera vez que no estaban arrancándose la ropa el uno al otro o enzarzados en una pelea.

–La carrera se había programado hacia meses –le explicó él en un tono más amable–. Mi empresa, mis accionistas y mis admiradores esperaban que fuese a trabajar.

–¿Eso es trabajo?

–Para mí, sí, pero, a partir de ahora, solo participaré desde detrás de la mesa y como un accionista.

Fue como si a ella le hubiesen quitado algo que llevaba clavado en el pecho.

–¿Lo dices de verdad?

–Sí.

Ella quiso creerlo con todas sus ganas y dejar que la esperanza que le aleteaba en el pecho echara a volar. El anhelo de imaginarse un porvenir con él y su hijo era tan intenso que le dolía respirar. Ella no quería gran cosa, solo quería lealtad y un poco de felicidad.

Sin embargo, ya había pasado por eso. Había oído miles de promesas y se las había creído todas, pero solo había conseguido que le machacaran el corazón. Había acabado perdiendo la capacidad de fiarse incluso de sí misma. Había reprimido tan eficazmente sus instintos que no había visto por debajo del atractivo superficial de Brian o que la ambición y la codicia podían hundirlo.

–Aunque, claro, no me crees.

El recelo de su tono acabó con la afinidad de un momento antes.

–Andreas me contó la enfermedad que tuviste de pequeño, que eso te espoleó para que te pusieras a prueba todo el rato. Me cuesta creerme que dejarás de correr de repente porque tienes…

Él apretó los dientes con tanta fuerza que Mia no acabó la frase.

–Buscaba el peligro por resentimiento, porque mi padre me consideraba un inútil. Ahora, aunque he triunfado como no había soñado jamás, me siento inquieto. ¿Qué queda cuando se superan todo los retos, cuando te das cuenta de que has estado huyendo de tu propia sombra?

–El vacío –contestó ella sin pensárselo dos veces.

Era lo que había sentido durante los meses siguientes a su lesión. Su matrimonio se había destruido, su carrera se había hundido y, entonces, ella se había dado cuenta de que no tenía nada significativo en la vida. No tenía familia ni le quedaban amigos, se había alejado de todo lo bueno que tenía la vida.

Llevada por un impulso, agarró la mano de Nik con fuerza.

–Nikandros, entiendo más de lo que piensas –añadió ella mientras se llevaba su mano a la cara con esperanza–. Quiero creerte.

Era la primera vez que le dejaba vislumbrar lo que había en su corazón. Él se llevó la mano a la boca y le dio un beso cariñoso. Cuando él la miró, ella sintió una conexión como no había sentido jamás.

–Darle la vuelta a la economía de Drakon no es una tarea fácil, Mia. Tengo la colaboración de Andreas, pero voy a necesitar toda la destreza que tenga a mano –Nik le dio una palmada en el dorso de la mano y rompió el hechizo–. Te quedarás en mis aposentos y dormirás en mi cama, te acostumbrarás a la idea del matrimonio.

Por una vez, lo que la confundió no fue la idea del matrimonio.

–Dijiste que se había terminado tu obsesión conmigo… tu deseo… Incluso ahora, has sido tú quien se ha apartado –Mia notó que le abrasaban las mejillas, pero le aguantó la mirada–. Me gustaría escandalizarte, Nikandros, si supiera el motivo.

Él sonrió y fue tan maravilloso que a ella le dolió el corazón y esperó que su hijo heredara esa sonrisa maliciosa, y sus inagotables ganas de vivir, y su valor infinito, y su capacidad para ser leal… Estaba empezando a entender el rompecabezas de su infancia, a entender que su padre y Andreas lo habían aislado, como mínimo, y, sin embargo, allí estaba cuando su hermano lo necesitaba.

–Estoy sorprendido porque, con tantas palabras, has reconocido que me deseas. No eres nada artificiosa cuando hablas.

–¿Te refieres a que no soy nada sofisticada? –preguntó ella con una sonrisa forzada.

Estaba empezando a aceptar que no se parecía nada a las novias habituales de Nikandros. No tenía suficiente estilo, no tenía

suficiente formación y no era lo bastante divertida si se tenían en cuenta sus andanzas del año anterior con una modelo de lencería.

–Me parece que tenemos los motivos delante de nuestros ojos. Soy un hombre sano en la flor de la vida y tengo necesidades.

–Pareces un anuncio de Viagra.

Él volvió a reírse con un brillo en los ojos que hizo que a ella le retumbara el corazón en el pecho.

–Creo que ya hemos comprobado que no necesito Viagra… Además, tengo una mujer moderadamente atractiva… –ella le dio un puñetazo en el hombro y él volvió a sonreír–… que pronto será mi esposa. Esas necesidades se disparan cuando estoy cerca de ti.

Él subió y bajó las cejas y ella se rio. Ese hombre podía ser irresistible.

–Por eso –siguió él mirándole la boca– lo lógico es que satisfaga esas necesidades con ella en vez de salir por los clubs y los bares como si fuera soltero otra vez. La castidad y yo no nos llevamos bien.

Así, con esa declaración egoísta y masculina, se rompió la débil conexión y Mia lo miró sin disimular el pasmo.

–¿Volverías a hacerme pasar por una relación así? ¿Harías que me preguntara, como me pasaba con Brian, si estás en brazos de otra mujer?

Después de tantos años, tenerla cerca, tenerla en la misma cama, y decirle a su cuerpo que no podía poseerla de verdad estaba haciéndole un lío en la cabeza.

–Si te empeñas en que tengamos cuartos distintos y reglas absurdas, sí –contestó él.

Ella retrocedió como si le hubiese golpeado, se dio media vuelta y salió corriendo. Nik soltó un improperio y fue detrás de ella.

Andreas siempre había dicho que Nikandros había nacido rebosante de encanto y había sido verdad, siempre había sacado lo que había querido de las mujeres con su encanto; pasteles de las cocineras, paseos nocturnos por los pasadizos del palacio de su niñera… pero, cuando se trataba de Mia, la única mujer con la que quería tener una relación profunda, tenía el encanto de un sapo.

–Mia, espera…

–No voy a cometer el mismo error que cometí con Brian. Si te empeñas en que nos casemos, muy bien, pero no voy a consentir que me engañes. Gracias a ti, he descubierto que tengo la misma libido que cualquier mujer, u hombre, ya puestos. Esperaré hasta que llegue el bebé.

–¿Y entonces…? –preguntó él con todos los músculos en tensión.

Mia lo miró a los ojos con una expresión desafiante.

–Entonces… Recuperaré mi cuerpo, volveré a mi profesión y si algún hombre muestra interés por mí… lo tomaré. No voy a vivir una vida de castidad con la esperanza de que tú no te… descarríes, con la esperanza de que veas que te equivocas.

–¿Estás amenazándome con el adulterio antes incluso de que hayas aceptado casarte conmigo?

–Eso es exactamente lo que tú has hecho. Ya te he dicho que no pienso ser una víctima.

Nik se frotó las sienes y suspiró. Le dolía la cabeza. Con esa irreflexiva declaración, había perdido todo el terreno que había ganado. Ni siquiera deseaba a otra mujer, deseaba a Mia. Eso solo había sido un arrebato de vanidad. Sin embargo, la idea de que Mia estuviese con otro hombre le helaba la sangre.

–Lo que he dicho ha sido una majadería. Jamás he engañado ni siquiera a una novia.

–Brian no pedía perdón jamás, ni siquiera cuando sabía que había hecho algo atroz.

Nikandros notó que le bullía la sangre, pero apretó los dientes y consiguió dominar la reacción.

–Lo mejor que puedes hacer si quieres acabar con cualquier posibilidad de que esto salga bien es compararme con él, o con cualquier otro hombre. Me han comparado toda mi vida… –Nikandros soltó una maldición–. No soy Brian y me da igual cómo quedo en comparación con él. Se trata de ti, del bebé y de mí, Mia, de nadie más.

Ella captó la rabia que sentía por dentro y le tomó las manos.

–Si de verdad quieres que lo intente, tú también tienes que intentarlo de verdad.

–Te he traído aquí y he comunicado a mi familia que pienso casarme contigo, eso es mucho más de lo que tú me has dado a mí.

–Sí, pero lo haces por el bebé, Nikandros, y eso no es suficiente. Nuestra relación será una cruz para un hijo si no podemos soportarnos el uno al otro.

Él era la prueba viviente de cuánto podía afectar un padre a un hijo.

–¿Qué quieres? –le preguntó él.

–Quiero tiempo. No quiero hablar de matrimonio hasta que sepa que podemos vivir juntos sin despellejarnos el uno al otro.

Ella no pedía amor ni una veneración eterna. Él podía darle lo que pedía. La verdad era que no tenía mucha experiencia con las relaciones. En realidad, ni siquiera podía mirar a su familia sin

sentir rencor y la relación más larga que había tenido con una mujer había durado tres meses porque había pasado dos en la Antártida.

No le gustaban las expectativas y por eso había estado siempre solo, y le había dado muy buen resultado para su forma de vida porque, a pesar de su atractivo, a las mujeres no les gustaba un hombre que estaba buscando emociones nuevas todo el rato, que se alejaba todo lo que podía del único sitio al que había querido pertenecer, incluso de sí mismo.

Sin embargo, todos sus principios se esfumaban con Mia. Quería atarse a ella con tanta fuerza que nada pudiera separarlos.

–Quiero saber si saldrá bien antes de…

–Eso es imposible –le interrumpió Nikandros–. Es como querer saber el resultado de un partido antes de jugarlo.

–Me espantan los riesgos, en la vida y en los partidos, y tú corres unos riesgos que a ningún otro hombre se le pasaría por la cabeza correr.

–Muy bien, tienes tiempo, pero utilizaré todas las armas de mi arsenal para intentar convencerte y no creo que vayas a llamarme fatuo si digo que tengo la mejor arma de todas.

Capítulo 7

MIA PASÓ las semanas siguientes intentando fijarse una rutina y no meterse mucho en la familia real, pero los hermanos reales, como los llamaba la prensa, la absorbieron como un remolino.

Podría haberse resistido a Nikandros e, incluso, le gustaba esquivar las pequeñas manipulaciones del príncipe heredero para convencerla de que su hermano era todo un partido. Sin embargo, Eleni Drakos parecía hecha de una voluntad inamovible y la había apuntado a clases de protocolo y a clases de historia de Drakon y del maldito dragón que unos aguerridos guerreros abatieron hacía mil años.

A pesar de la infinidad de carencias que tenía para convertirse en princesa, según Eleni, disfrutaba en las cenas, incluso de la tensión constante entre el impasible Andreas, que casi nunca decía lo que pensaba, y el impulsivo Nikandros, quien ya estaba exasperado por la «maldita burocracia», como la llamaba él.

Naturalmente, cuando le preguntó a Eleni qué había pasado entre los hermanos para que recelaran tanto el uno del otro, ella se había callado como una muerta.

Además, cada vez que se sentaba a cenar con ellos, Mia sentía el distanciamiento de Emmanuela, su propia hermana, como un dolor físico. Su hermana mayor no llegó a entender su decisión de marcharse hacía tantos años, no había entendido que el fútbol, para ella, había sido una manera de superar las decepciones constantes que llegaban después de cada promesa de su padre.

La familia lo era todo para ellos y Mia se había limitado a marcharse cuando se complicó demasiado. Se dio cuenta, con tristeza, de que era algo que se repetía a lo largo de su vida. Cuando Brian murió en el accidente y Emmanuela la llamó, a ella le resultó increíblemente difícil dejar a un lado el dolor y la lástima que sentía por sí misma. Al final, hablaron un par de minutos y como dos desconocidas, no como dos hermanas que se habían adorado la una a la otra. Ella colgó incluso antes de que saliera el tema de su

madre.

Sin embargo, le daba esperanzas ver que Andreas y Nik intentaban sacar adelante algo nuevo aunque había un trasfondo de tensiones muy grande entre ellos.

Estaba esperando un hijo. ¿No le gustaría saberlo a Emmanuela? ¿No le emocionaría a su madre saber que ella estaba por fin en un buen sitio y que iba a hacerla abuela?

Le acuciaban las ganas de tomar el teléfono y llamarlas, y lo haría cuando hubiese decidido lo que iba a decirles, cuando hubiese reunido el valor que necesitaba por si había tardado demasiado, por si había hecho lo imperdonable y era imposible reparar lo que había roto.

Entretanto, pasaba los días inmersa en la historia y la grandiosidad del palacio real. Era una lección de arte en sí mismo, con sus impresionantes galerías y sus frescos, y tenía jardines maravillosos; el suelo de Drakon era muy fértil y había una variedad inmensa de flores y árboles exóticos. También había una biblioteca del tamaño de un campo de fútbol con libros hasta donde llegaba la vista. Se perdió por allí la primera vez que Nikandros la llevó, se maravilló con las primeras ediciones con cubierta de cuero y con todos los libros que iban desde historia europea y política mundial hasta novelas románticas. Nikandros se rio cuando ella tomó algunas y le dijo que le gustaría a su *maman*. Al parecer, esa sección romántica se había añadido a instancias de la francesa Camille.

La combinación del palacio, los jardines y la biblioteca era un tesoro que la mantenía ocupada. La lesión que había terminado con su profesión y la muerte de Brian le habían llegado juntas y se había pasado todo un año lamiéndose las heridas.

Entonces, en ese momento, bajo el sol mediterráneo, estaba empezando a darse cuenta de todas las cosas que le encantaba hacer y que había dejado a un lado porque llevaba jugando al fútbol y entrenándose desde los dieciséis años. Ni siquiera tenía un título universitario, algo que podía plantearse en ese momento.

Sin embargo, la alegría de cada mañana, la ilusión que le bullía por dentro solo de pensar en pasar una tarde tranquila en sus aposentos, el placer que se adueñaba de ella cuando, algunas veces, veía una rosa roja en la cama…todo eso se debía al baile que estaba bailando con el diablo. Su relación, que él nunca consentiría en llamarla amistad, estaba cambiando, estaba creciendo.

Una vez, durante la segunda semana, se dio cuenta de que ese hombre desconocía el significado de la palabra «comedimiento»

cuando le pidió un poco de terreno al lado del jardín de hierbas aromáticas que se usaban en la cocina. Siempre le había encantado trabajar en el jardín con su madre, cultivar flores y plantas, y quería volver a hacerlo, le parecía como una conexión que podía restablecer con su madre antes de que pudiera reunir el valor para llamarla.

A la mañana siguiente se había encontrado con un terreno de unos mil metros cuadrados, un granero lleno de herramientas, un centenar de distintas tierras y un ejército de empleados impecablemente formado al lado del granero.

–¿No es lo que te habías imaginado? –le preguntó Nik al ver que ella no decía nada.

–¿Quieres convertirme en agricultora? –le preguntó ella medio en broma y medio en serio.

Él había fruncido el ceño con una expresión gruñona ensombreciéndole la cara.

–Me pediste tierra. Andreas y yo lo hemos comentado y nos ha parecido que este terreno te serviría muy bien. El público no puede entrar aquí.

–Umm… Creo que dije un poco de terreno, Nik, no esta… extensión –replicó ella entre risas.

–Podrías haber pedido diamantes o acciones de la casa de costura más moderna de Drakon –él la miró con los ojos entrecerrados–, pero no, tenías que pedir tierra y estiércol. ¡Qué sé yo cuanto es poco y cuánto es mucho!

–Esto es mucho a no ser que quieras que produzca todo el consumo interno del palacio.

Él se metió las manos en los bolsillos y la miró a los ojos antes de desviar la mirada.

–Nadie me había pedido nunca un regalo, Mia. Quería regalarte lo que me habías pedido. Quiero que nuestro hijo y tú tengáis todo lo que queráis, quiero que esto salga bien.

Si Mia había creído que el corazón podría salírsele del pecho en algún momento, fue en ese. Su corazón había aleteado como una mariposa.

Nikandros, con el sol de la tarde bañándole el rostro, con la camisa blanca desabotonada para mostrar su cuello, con el pelo ondulado cayéndole sobre la frente, nunca se había parecido tanto a un sueño hecho realidad.

Mia no paraba de preguntarse qué veía en ella, aparte de que no se volvía loca ante la idea de convertirse en su esposa y de que esperaba un hijo suyo. ¿Cómo podía esperar siquiera seguir

atrayendo su atención, competir contra la forma de vida escalofriante que había llevado todos esos años?

Lo llevó con ella mientras el personal los observaba con distintas expresiones, tomó unos señaladores de planta y se los enseñó.

–¡Qué pequeños! –exclamó él con el ceño fruncido.

Su perplejidad le despertó al diablillo que llevaba dentro.

–Nikandros, el tamaño no siempre es lo más importante.

Él la había arrinconado contra la puerta del granero y la miró con esos ojos azules, penetrantes y maliciosos.

–Creo que tengo que recordarte lo contrario, que el tamaño sí puede ser importante.

Le mordió el labio inferior delante de todo el maldito personal. Era algo a lo que no se acostumbraría jamás, a que el personal estuviera a su disposición y presente en todas las horas de su vida. Entonces, ese diablo de ojos azules le pasó la lengua por el labio superior. Se quedó boquiabierta y la introdujo en su boca con un gruñido que le produjo un escalofrío por toda la espalda. Fue como si la tierra se le moviera debajo de los pies por la oleada de placer que se adueñó de ella.

No era un beso con una finalidad apremiante, era como si fuera depositando capas de sensaciones unas encima de otras, como si la llenara con una virilidad tan potente que hacía que su feminidad vibrara. El sol de la tarde los calentaba, el olor de las hierbas la embriagaba y el beso largo e indolente de Nikandros le llenaba las venas de miel derretida.

Cuando se separó para que pudiera tomar aire, Mia gruñó una queja y se apoyó en su cuerpo granítico para sujetarse.

–Hay una paja muy mullida en el granero, Mia. Lo he revisado todo antes de decidir que estaba bien para ti –a ella se le aceleró el pulso cuando él le pasó la punta de la lengua por el cuello–. Además, me ocuparé de que no te arañe.

Ella notó su sonrisa sobre la piel del cuello y estuvo a punto de ceder. Cuando Mia le había recordado que habían acordado no enturbiar la frágil tregua con sexo, él había maldecido sonoramente y había asegurado que deberían darle un premio por su paciencia… aunque también infringía las reglas, la sobaba y, literalmente, se restregaba contra ella cada vez que podía, le decía, en un lenguaje explícito y obsceno, lo que haría con ella, dentro de ella, cuando cediera.

Era exasperante y estaba empezando a coincidir con él en que era una idea ridícula, pero el sexo solo embarullaría las cosas entre ellos. No estaba preparada para volver a compartir esa intimidad

con Nikandros, una intimidad donde él no la dejaba cubrirse con nada.

Introdujo los dedos entre su melena y le levantó la barbilla. El brillo burlón había desaparecido de sus ojos y la boca formaba esa curva implacable que a ella no le gustaba.

–Voy a marcharme un par de semanas –comentó él por fin.

–¿Adónde vas? –preguntó ella intentando disimular el desasosiego.

–Tengo que reunirme con unos inversores. Voy a convertir a Drakon en el destino del turismo de lujo de todo el mundo, voy a hacer que se le caiga la baba a todo el mundo.

–Si te soy sincera, ya haces que se le caiga la baba a demasiada gente, Nikandros –reconoció ella.

Solo los amigos de la familia que habían ido a visitarlo con sus hijas bastaban para que a ella se le encogieran las entrañas. Las mujeres siempre lo perseguirían. Se dio cuenta una tarde cuando entró en su despacho y se lo encontró con dos jóvenes que, según le había contado Eleni con evidente regocijo, eran las hijas de un ministro del Gobierno y de una poderosa familia de Drakon.

Mia se había retirado discretamente, pero Nikandros había llegado a verla. Ella quería que su relación se mantuviese en secreto durante un tiempo, pero había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no irrumpir en el despacho y proclamar que el príncipe temerario ya tenía dueña. Notó que él también se acordaba y que se le oscurecían los ojos.

–Tú eres quien quiere ocultar esto.

Lo agarró de las muñecas y se mantuvo firme aunque él la miraba como si quisiera ver dentro de su corazón. Frunció el ceño cuando él, que siempre decía lo que pensaba, titubeó.

Nikandros le pasó un pulgar por la mejilla, pero no fue la caricia de un amante, fue como si quisiera dejarla marcada.

–No me gusta dejarte aquí.

Esa declaración, dicha con delicadeza, cayó como una bomba en el placentero silencio por su relevancia. ¿No confiaba en ella o era en alguien más?

–Te di mi palabra, Nikandros –replicó ella al entender por fin la sombra que le velaba los ojos.

¿Lo había considerado un hombre relativamente sencillo? Tenía gracia. Él asintió con la cabeza, pero no zanjó el asunto.

–Andreas inten…

–Nikandros, el príncipe heredero es la menor de mis preocupaciones. Si puedo lidiar con Eleni y seguir viva, te aseguro

que Andreas es un juego de niños.

Él se rio con todas sus ganas y esa risa retumbó dentro de ella como una explosión de energía.

–No te dará miedo, ¿verdad?

–Me ha apuntado a clases de protocolo y de historia de Drakon y me está ayudando a hacerme un guardarropa. La odiaría si no supiera que lo hace con su mejor intención. Al parecer, no tengo ni una de las virtudes que debería tener una futura princesa.

–Ya sabes lo que deberías hacer si quieres gustarle.

Ella suspiró. La aparición de esas dos mujeres en el despacho de Nikandros hizo que se pensara más de una cosa.

–No me parezco nada a las mujeres con las que tu familia esperaba que te casaras. No tengo ni sofisticación ni contactos que me recomienden, Nikandros. Si lamentas mi falta de…

–Mia, mi familia no esperaba que me casara. Ya sabes que las tradiciones que me encadenan me importan un comino. Además, si quieres ganarte a Eleni, tengo un secreto.

–¿Cuál? –preguntó ella con ansia.

–Hazme feliz.

–¿Y cómo puedo hacer feliz al príncipe temerario de Drakon? –le preguntó ella en tono burlón y rebosante de alegría.

Él le dio otro beso abrasador y se marchó sin contestarle la pregunta. Sin embargo, ella sabía lo que quería y estaba empezando a odiarse a sí misma por no lanzarse de cabeza a esa relación o por no ser lo bastante osada para el príncipe temerario.

Se llevó los dedos a los labios temblorosos y lo observó mientras se alejaba. Cada día que pasaba, se recordaba más a aquella Mia adolescente que lo adoraba desde la distancia.

Él estaba comprometido con ella y, según todos los indicios, quería que su relación saliera bien. Era como si un sueño hubiese cobrado vida real y a ella le aterrara participar en él.

Cuando Mia volvió a sus aposentos después de la carrera matinal, fue como si hubiese entrado en una zona devastada. Nikandros se había marchado hacía trece días y no había hablado más de un par de palabras con él por teléfono, pero había papeles por toda la sala como si alguien los hubiese tirado en un arrebato de furia. Dos asistentes estaban delante de la puerta del dormitorio y fingían como podían que no oían las dos voces que discutían dentro, una airada y vehemente y la otra imperturbable y tajante.

Mia se secó el sudor que le caía por el cuello e hizo un gesto a

los asistentes para que se marcharan. ¿Dónde estaba Eleni cuando más se la necesitaba? A ella le espantaban las discusiones, pero no había más remedio que entrar en esa habitación. Parecía como si ella hubiese estado esperando que ocurriera eso desde que llegó.

No había dado ni dos pasos cuando Andreas salió a la sala, la miró en silencio y se marchó.

Ella entró en el dormitorio y se encontró a Nikandros mirando por la puerta acristalada que daba al patio. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros y era un auténtico modelo de perfección masculina. Se quedó quieta por la tensión que irradiaba y él se dio la vuelta como si hubiese percibido su presencia.

Se quedó sin respiración por su virilidad innata. Tenía la corbata suelta y los dos primeros botones de la camisa desabrochados. Las mangas estaban remangadas y ella sabía que esa piel cubierta de vello oscuro era tersa y sedosa.

Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo que le hizo darse cuenta de cómo estaba mirándola. Levantó la mirada y captó la sombra de algunas emociones lúgubres en su rostro antes de que las disimulara con una de esas sonrisas tan características de él.

–¿Te ha ido bien? –le preguntó él con cortesía.

De repente, fue como si hubiese un océano de distancia entre los dos. Ella quería agarrarlo de la cabeza, bajársela y besarle la boca para que se disipara ese nubarrón de emociones que lo rodeaba, pero su expresión era tan intimidante que dominó el impulso.

–Sí, estoy bien –contestó ella.

Había desaparecido el hombre que la había besado con indolencia, que la había tentado y provocado durante semanas.

–¿Cuándo has vuelto?

–Hacia las cuatro de la mañana –contestó él con unos surcos muy profundos a los lados de la boca.

–¿Por qué no has venido a la cama?

Un brillo de deseo le iluminó los ojos y ella se dio cuenta de lo posesiva que había sido.

–Estaba… –él se encogió de hombros otra vez–…ansioso por comentar algunas cosas con el príncipe heredero.

Siempre que decía «príncipe heredero» en ese tono tan despectivo, ella sabía que pasaba algo entre ellos.

–¿Habéis estado hablando todas estas horas?

–Hablamos un rato, Andreas se puso hecho una furia y yo grité y me marché. Entonces –él apretó los labios–, me acordé de que tengo por aquí una mujer que espera un hijo mío –la descripción le dolió a Mia como un arañazo en la piel–. Cuando llegué, tú ya habías

salido a correr. Luego, Andreas volvió a encontrarme aquí. ¿Hay algo más que quieras saber?

–No –contestó ella levantando la barbilla aunque la angustia le atenazaba las entrañas.

Hasta entonces, cuando él se había encerrado en sí mismo, no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su sinceridad descarnada. Era como un cristal opaco enfrente de ella, como un eco vacío. Ya había pasado por eso demasiadas veces, le había resultado imposible entenderse con Brian y antes con su padre, y no estaba dispuesta a que Nikandros pusiera esa distancia entre ellos en ese momento.

Se detuvo sin que sus cuerpos llegaran a tocarse y los ojos azules de él dejaron escapar un destello.

–¿No ha salido bien el viaje?

Él se llevó las manos a la nuca y se apoyó en la pared. Tenía la camisa remangada y el sol se reflejó en su reloj. A ella se le alteraron las entrañas solo de ver sus antebrazos.

–Salió mejor de lo esperado.

–Nikandros, ¿qué…?

Él se apartó de la pared con un movimiento crispado.

–Tengo que marcharme de aquí al menos, un tiempo –le interrumpió él cortándola.

–¿De aquí? ¿De dónde?

–Del palacio, de Andreas, de todo lo que tenga la más mínima relación con este… sitio.

Se le cayó el alma a los pies. No quería que él se marchara otra vez, no quería que la dejara a un lado cuando estaban dando pasos el uno hacia el otro, aunque fuesen inciertos. Además, si le pasaba algo con Andreas, si había algo que le desasosegaba, quería entenderlo y ayudarle. Le asombró lo profundamente que necesitaba tranquilizarlo.

–¿Cuándo volverás?

–No lo sé.

Ella lo agarró de los extremos de la corbata desanudada. Le resplandecía el pelo negro como el azabache y su cuerpo le rozaba el costado. Esa arrogante cabeza se inclinó hacia su hombro. Su olor viril la acarició como una oleada hipnótica y se le aceleró el corazón. Quiso hundir la cara en ese cuerpo ancho y poderoso y quedarse allí.

Entonces, la agarró de las caderas de una forma inequívocamente sexual, pero sin seducción ni humor, sin esa

sinceridad descarnada que acompañaba a todas sus palabras y sus movimientos.

La agarró con más fuerza cuando ella intentó soltarse y soltó un gruñido gutural. Mia sintió una vibración por todo el cuerpo. Nikandros temblaba ligeramente por la rabia o lo que lo dominara por dentro y ella no estaba dispuesta a dejar que se marchara aunque le fuera la vida en ello.

–Nikandros, ¿adónde vas y cuándo vas a volver? –preguntó ella en voz alta y pronunciando cada palabra como si fuese un niño.

Él le arañó la piel del brazo con los dientes. Mia dio un respingo por la descarga que sintió entre los muslos.

–No sé a dónde voy a ir ni cuándo voy a volver –contestó él en el mismo tono.

–Esa no es una buena respuesta –replicó ella agarrándole la corbata con más fuerza.

Él arqueó una ceja con un gesto sarcástico.

–Para ser una mujer que no quiere atarse a mí de ninguna manera, representas muy bien el papel de novia pegajosa o, incluso, el de esposa, *pethi mu* –los ojos le brillaron con un destello azul y apretó los labios–. Me espantan las personas que se quedan a medias. No creo que ganaras muchos partidos de fútbol quedándote en la banda.

Mia parpadeó porque esas palabras la habían atravesado, y no pudo replicar porque tenía razón. Solo se había sentido viva y sin miedo en el campo de fútbol, solo allí se había entregado plenamente.

Él le recordó a Brian cuando le pidió el divorcio y el miedo le bulló en las venas, pero sofocó ese recuerdo. No quería, por nada del mundo, sacar a relucir el nombre de Brian en ese momento.

–Me da igual lo que creas que estoy representando, pero no puedes salir de este cuarto hasta que te hayas serenado. No voy a dejar que te lances por las montañas en coche o que saltes del cielo solo porque quieres dominar la situación.

–¿No?

–No.

–¿Eso es lo que crees que hago? ¿Crees que me dejo en manos de la naturaleza porque estoy enfadado por algo? –Nik esbozó una leve sonrisa–. Habría acabado con los huesos rotos en algún agujero.

–No tiene gracia –ella siguió agarrándole la corbata–. Aun así, no voy a dejar que te marches.

Él se apartó un mechón de pelo de la frente y le susurró al oído.

–Hay una manera infalible de serenarme.

Mia se quedó sin respiración cuando él le rozó la cadera con su cuerpo pétreo, introdujo la mano por debajo de la liviana camiseta y le pasó un dedo por toda la espina dorsal, lo metió por debajo del sujetador deportivo y luego lo bajó hasta el borde de los pantalones cortos.

–Quiero sexo desenfrenado, Mia, quiero estar dentro de ti.

Ella creyó que iba a derretirse. Notaba su erección en la cadera y el anhelo se adueñó de ella tan deprisa que se quedó inmóvil.

–El sexo no es comunicación –consiguió decir ella al cabo de un rato.

–¿Quién ha hablado de comunicación? –preguntó él con un brillo malicioso en los ojos.

–Si quieres salir, muy bien –ella no se planteaba ni el sexo desenfrenado ni dejar que Nikandros la dejara allí–. Dame diez minutos y estaré arreglada.

–¿Y a dónde vamos a ir mientras esperamos a que Andreas decida?

–Llevo aquí casi cuatro semanas y no me has enseñado nada de Drakon. Quiero que… salgamos juntos –contestó ella diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza.

–¿Que salgamos juntos? –preguntó él sin disimular la incredulidad.

–¿Por qué te extraña tanto?

–Es la primera vez que mencionas o propones un… plan para nosotros.

–Es posible que esté acostumbrándome a esto, a que lo nuestro pueda salir bien contra todo pronóstico.

Él se rio y ella resopló con alivio.

–Le vienes muy bien a mi ego, *pethi mu*.

Mia puso los ojos en blanco por su sarcasmo e intentó poner en orden sus sentimientos. Ese maldito hombre volvía a tener razón, pero eso le gustaba, era apasionante imponer ese control sobre Nik, sobre ella y sobre el curso de sus vidas.

Hacía mucho tiempo que nada le salía con tanta naturalidad como querer conocerlo y tranquilizarlo.

–Como tú dijiste, nuestra relación está embarullada con otras historias. Además, para complicarlo un poco, empezamos acostándonos y ahora estamos esperando un hijo. Lo que digo es que hagamos algo convencional. Sal conmigo, pasa el resto del día conmigo.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó él mirándola de arriba abajo.

–Nunca he dicho nada más en serio en toda mi vida.

Su expresión implacable se ablandó con un centelleo de calidez. Quizá hubiese sido por el tono desafiante de ella o por lo exigente que había sido.

–Lo que quieras, *pethi mu*.

Mientras Mia asimilaba las consecuencias de sus actos, él se desabotonó del todo la camisa y se la quitó. Luego, se llevó las manos temblorosas a los pantalones. Mia, con la piel abrasándole, observó mientras se bajaba la cremallera. Al ver su entrepierna sintió una descarga eléctrica. Lo agarró de la mano para detenerlo, pero la erección quedó debajo de su mano y él dejó escapar un silbido.

Era enorme y había estado dentro de ella, había hecho que el placer la desarbolara. La calidez pétrea que notó en la mano la derritió entre las piernas. Él le pasó los labios por el cuello mientras cimbreaba las caderas contra su mano.

–Al infierno con todo, Mia, al menos tienes que hacerme…

Mia retiró la mano y lo agarró de las mejillas cuando algo se abrió paso en su cabeza anegada de lujuria.

–¿Qué está decidiendo Andreas, Nikandros?

Así, en ese instante, toda calidez desapareció del rostro de Nik.

–Si puede ceder el mando o no, si quiere que esté aquí o no.

–¿Aquí, en el palacio? ¿Estás planteándote mudarte a otro sitio de Drakon?

–No, tiene que decidir si quiere que me quede en Drakon. Andreas tiene que decidir si confía en mí, si está dispuesto a arriesgarse conmigo, si puede dejar la economía de Drakon en mis manos. Como me imaginaba, el querido príncipe heredero todavía no se ha enterado de que conmigo es todo o nada –él lo dijo con tanta naturalidad que ella tardó un momento en comprenderlo–. Es un concepto que a la gente le cuesta mucho entenderlo.

–¿Y si no te da carta blanca con la economía de Drakon?

Él no dijo nada, pero sus dientes apretados fueron muy elocuentes. Hasta que habló con los pantalones colgándole de las caderas y mostrándole la línea de vello oscuro que desaparecía por debajo de los calzoncillos.

–El helicóptero despegará dentro de veinte minutos.

En ese estado de ánimo, él se marcharía sin ella, y ella no estaba dispuesta a que Nikandros Drakos volviera a dejarla abandonada en ningún sitio. Él la necesitaba aunque fuese tan terco y arrogante que no se daba cuenta, aunque prefiriera disimular con sexo esa necesidad. Además, que Nikandros la necesitara, para acostarse con

ella o para lo que fuera, era una droga que le corría por las venas…. hasta que no reconoció siquiera a la mujer que la miraba con los ojos fuera de las órbitas y los labios temblorosos desde un espejo empañado. Había soltado lo primero que se le había pasado por la cabeza, pero se sentía como si tuviese dieciséis años, e iba a salir con el príncipe al que había mirado con arrobo desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 8

DEBERÍA HABER sabido que recorrer Drakon en helicóptero con Nikandros significaba que él lo pilotaría. Sin embargo, le había preguntado si estaba autorizada a hacer un viaje así en su estado. Cuando ella lo miró pasmada, él le aseguró que él no correría ningún riesgo.

Así fue como vio por primera vez las montañas que se elevaban hasta besar el cielo y las playas de arena blanca. Un recorrido que no habría podido hacer como turista.

Nikandros adornaba las descripciones que iba haciéndole con historias de guerreros y contiendas, con leyendas fantásticas de dragones y tesoros, pero ella sacaba una cosa en claro; Drakon formaba parte innata de él. Su historia, sus cadenas montañosas, sus pueblos que intentaban llevar a la práctica una economía sostenible, todo ello corría por sus venas, era un legado fabuloso que algún día correría también por las venas de su hijo, pero esos ojos azules conservaban la sombra de tener que volver a abandonarlo aunque la entretuviera con esas historias magníficas.

Se había marchado una vez y, fuera lo que fuese lo que Andreas estuviese haciendo en ese momento, si Nikandros tenía que marcharse de Drakon otra vez, sería como si una parte de sí mismo muriera.

Él conocía los cafés recónditos y los rincones singulares que un turista no pisaría jamás.

Almorzaron en un sitio de marisco que a ella le recordó a Miami. La gente lo conocía allá donde fueran, aunque la mayoría mantenía una distancia respetuosa. Sin embargo, llamaba la atención en todos lados sin necesidad del título de príncipe. Era un hombre impresionante y las mujeres giraban la cabeza cada vez que se movía, aunque él no había dejado de mirarla a ella ni un solo segundo.

Era el mejor día que había pasado en mucho tiempo.

Después del almuerzo, la llevó a una playa privada con el agua

de color turquesa y rodeada de árboles y cuevas rocosas. Era como el paraíso y él se remangó los vaqueros para acompañarla cuando se metió en el agua gélida. Después, se instalaron en una sombra un poco apartada y se quedaron en un apacible silencio.

Mia llegó a pensar que la besaría en esa playa desierta, si no la seducía, pero él no hizo nada por el estilo aunque la excitación de los dos no se había sofocado lo más mínimo.

–Cuéntame que pasa con los inversores.

Ella supuso que saldría por la tangente o que le diría que no era asunto suyo, pero suspiró y la miró. El azul del mar no se parecía nada al azul como el hielo de los ojos de Nikandros.

–Entonces, tendrías que oír hablar sobre el sucio pasado, sobre lo que soy capaz de hacer, sobre lo que he hecho…

–¿Crees que yo no me arrepiento de haber hecho algunas cosas, cosas que me persiguen todos los días?

Agarró un puñado de arena y lo apretó con todas sus fuerzas, pero se le escapó entre los dedos en cuanto los aflojó un poco. Tantas lamentaciones, tanto tiempo perdido, se le amontonaron las lágrimas en la garganta, pero las contuvo.

–Cosas que me gustaría poder borrar del pasado –añadió ella.

Las sombras de sus cuerpos se habían separado y Mia se preguntó cuándo se había apartado de ella.

–Seduje a la mujer que estaba oficialmente prometida con Andreas.

Nikandros no lo dijo para escandalizarla, lo dijo porque sabía que, después de la historia de Brian con ella, eso le repugnaría. A él, diez años después, todavía le repugnaba.

–¿Qué hiciste…? –le preguntó ella mirándolo fijamente.

Nik se pasó las manos por el pelo con un gesto de crispación por pensar en aquellos tiempos.

–Tienes que entender la relación tan retorcida que había entre Theos, Andreas y yo para comprender cuánto me espanta volver a estar en el palacio. Mi padre no me hizo el más mínimo caso durante casi toda mi vida, solo preguntaba de vez en cuando si su segundón saldría adelante.

–¿Saldría adelante…? –repitió ella con un desagrado que no podía disimular.

–Theos no soportaba que fuese inútil para él –Nikandros se encogió de hombros otra vez–, que uno de sus hijos fuese un niño enfermizo era un insulto personal para él. Solo hacía caso a Andreas, estaba obsesionado en convertirlo en el heredero perfecto. Cuando me acuerdo de lo que contaban sobre el programa de

formación para Andreas… Ahora veo claro que Theos ya tenía rasgos de locura. El resultado es que Andreas y yo no nos hemos conocido. Yo lo veneraba como a un héroe porque me había criado oyendo historias sobre el príncipe heredero, pero él… no tenía tiempo para mí. El año que cumplí diecinueve años, mi salud mejoró. Ya no tenía ni desmayos ni fiebres ni neumonía cada dos por tres, ya no veía el mundo desde mis aposentos y anhelaba reírme, jugar y… sencillamente, vivir.

Mia sintió una opresión en el pecho al oír es anhelo en su voz. Era imposible imaginarse a ese hombre tan vital como un niño enfermo y, mucho menos, al niño que anhelaba estar con su hermano.

–De repente, tenía todo el mundo al alcance de la mano. Mi madre me suplicó que me marchara con ella, que viajáramos y conociésemos el mundo. Intentó por todos los medios que saliera de Drakon, pero yo había deseado durante muchísimo tiempo ser el hijo de mi padre y príncipe de Drakon, y Theos… me tomó bajo su tutela. Quise alistarme al Ejército, pero se negó. Se negó a que fuese a la universidad y a que viajase por el mundo, pero a mí no me importó porque estaba dedicándome todo el tiempo. Me dijo que Andreas iba a alejarse del palacio por el momento, y eso debería haberme sacado todas las banderas rojas. De repente, era su hijo favorito y empezó a manipularme como había hecho con Andreas durante mucho tiempo, y yo me enfadé. Entonces, conocí a Isabella Márquez, que estaba veraneando en Drakon con una amiga, y me enamoré violentamente de ella.

–¿Violentamente? –preguntó Mia como si estuviera asqueada.

–¿Cómo si no cuando tienes veinte años y no vas a morirte como habían predicho? –se le ponía la carne de gallina solo de hablar de aquellos tiempos–. Nos colábamos en clubs nocturnos, íbamos a esquiar y salíamos a todas horas con sus amigos. Entonces, Theos se dio cuenta de que yo no era tan maleable como Andreas. Aun así, lo intentó. Cada vez que había una aparición en público, me leía todas las normas de protocolo. Seguridad, urbanidad, tradiciones… Había un número ilimitado de personas que me organizaban la vida, que me decían cómo tenía que sentarme, estar de pie o mirar a otra persona… y se me hizo insoportable. Era como si hubiese pasado de una jaula en el hospital a otra con menos libertad todavía. Hasta que Andreas volvió y todo cambió de la noche a la mañana.

–¿Qué pasó? –susurró Mia con los ojos como platos.

–Al parecer, mi padre y Andreas llevaban meses peleándose e, incluso, había hablado de renunciar al trono. Sin embargo, fuera lo

que fuese lo que pasó, el asunto entre ellos ya se había resuelto cuando me di cuenta de que mi padre solo había estado utilizándome. El príncipe heredero había vuelto en todos los sentidos de la palabra y estaba más tenso y rígido que antes. Theos me dejó a un lado, dijo que estaba harto de intentar hacer que un enclenque pasara por un príncipe, que tenía que estar a la altura si quería ser príncipe de Drakon.

Él esbozó una sonrisa despectiva y ella empezó a entender todas las cosas que había visto desde que llegó a Drakon. No podía creerse que Nik hablara en un tono tan irónico, ese rechazo tuvo que ser muy doloroso para un joven.

–Es tremendo, Nik. Mis padres nos quisieron lo mismo a Emmanuela y a mí. Ser tan despiadado con tu propio hijo…

–Toda mi vida anhelé que Theos me hiciera caso, hasta que me di cuenta de que eso era asfixiante y decidí hacer mi vida. Le dije a Theos que no quería saber nada de él. Entonces, Theos comunicó que Andreas e Isabella iban a prometerse, que él y el hermano de ella habían estado organizándolo todo. Yo no podía creerme que Isabella hubiese estado al tanto.

Mia se quedó boquiabierta y se preparó para lo que se avecinaba.

–Por favor, dime que le dijiste a Andreas lo que sentías por ella.

Las palabras de Mia fueron como un susurro contra el ruido de un temporal, de toda esa amargura sombría que lo engullía.

–Le supliqué que no aceptara la alianza, que se enfrentara a nuestro padre por una vez. Mi hermano mostró la misma comprensión que el montón de rocas donde vive, dijo que ninguna mujer elegiría al segundón cuando puede quedarse con el príncipe heredero. Pasé la noche llamándole de todo. A la semana siguiente, fui a ver a Isabella y le pedí que se fugara conmigo. Ella me contestó que me apreciaba y que se lo había pasado bien conmigo, pero que solo había sido una distracción y que, además, yo no podía ofrecerle nada en comparación con ser la futura reina de Drakon. Podría haberme largado y haber dejado que todos se fueran al infierno, pero volví a seducirla y ella, como era débil, cedió –Nikandros lo dijo con desagrado y la mirada perdida–. Al alba, borracho y enloquecido, fui a ver a Andreas y le conté que su futura esposa me había entregado su virginidad hacía mucho tiempo, que, por una vez, sabría lo que se sentía al ser el segundo. Él se limitó a mirarme fijamente y a preguntarme si quería que me ayudaran a llegar hasta mis aposentos. Me desperté con resaca y asqueado conmigo mismo. Las peleas con Theos, el rencor que sentía hacia

Andreas por todo lo que él era y yo no… No podía soportar lo que había llegado a ser entre esos muros. Isabella, Andreas y mi padre me enseñaron una lección inestimable, me quitaron las anteojeras y dejé de ser el joven ingenuo que había sido.

Mia se tragó el regusto amargo e hizo la pregunta aunque no quería saber la respuesta; ¿qué lección había sido aquella? De repente, se sintió como si estuviese delante de una puerta muy gruesa y detrás estuviera el corazón de Nikandros.

–Que querer a alguien es darle poder sobre mí, permitirle decidir cuánto valgo, y he luchado mucho como para permitir que otros decidan por mí. Me marché de Drakon dos días después.

Mia notó que tenía la garganta reseca y que ni siquiera podía imaginarse las cicatrices que su pasado tenía que haberle dejado. Él, sin embargo, no se había quedado anclado en el pasado y había vivido la vida según sus propias reglas. Aun así, se había dado cuenta de que su padre y su hermano seguían ocupando un lugar en su vida.

–Pero has vuelto y os habéis perdonado el uno al otro. ¿Por qué iba a querer Andreas que te marches ahora?

–El inversor que he encontrado para la nueva economía de Drakon es una empresa de Gabriel Márquez.

–¿El hermano de Isabella…?

–Sí. Gabriel es conocido por ser implacable cuando invierte. Quiere una parte de Drakon y él y yo juntos podemos cambiar la manera que tiene el mundo de mirarnos. Aunque, naturalmente, a Andreas le duele ceder las riendas. Me plantea infinidad de obstáculos, la reforma fiscal, la política bancaria…, pero está claro cuál es el problema.

Mia escuchaba a medias porque estaba pensando en aquella mujer. Nikandros había estado enamorado de Isabella. ¿Le había destrozado completamente el corazón? ¿Cómo iba a volver a confiar en alguien cuando ella había hecho que dudara de su propia identidad?

–¿Qué fue de… la señora Márquez?

–Se casó con un integrante de una rama de la familia real holandesa. Consiguió lo que quería y Gabriel rescindió el trato que mi padre había estado a punto de cerrar con él.

–¿Y no entiendes la preocupación de Andreas? Tú… podrías haber arruinado la vida de su hermana. ¿Por qué correr el riesgo de invitar a un hombre así a Drakon? No entiendo nada de economía o inversiones, pero me parece muy arriesgado hasta a mí. ¿No podías haber encontrado otro inversor?

Él se levantó y le tendió una mano.

–Creo que Gabriel está dispuesto a olvidar el pasado y Andreas debería confiar en mi criterio.

–¿Después de que os hayáis machacado a conciencia? ¿Cuando tú mismo reconoces que Andreas y tú no habéis llegado a conoceros? Hay que ganarse la confianza, Nikandros.

Él retrocedió como si ella lo hubiese abofeteado y adoptó un gesto hermético, como si hubiese cerrado una puerta de un portazo para dejarla fuera.

–¡No! La confianza se regala, no es una serie de cálculos para tomar una decisión, es intuición. No irás a decirme que nunca has tomado una decisión en medio de un partido basada en la intuición y no en las estadísticas. Andreas tiene que confiar en que no haré nada que pueda poner en peligro a Drakon, que es tan parte de mí como de él, que yo… sé de lo que hablo. O me da esta oportunidad o no me la da. No voy a moverme en los parámetros que él me dé como si fuera otro empleado suyo, como si fuera su marioneta, como tampoco esperaré toda la vida a que tomes una decisión, Mia. No confundas mi paciencia con debilidad. O nos casamos o batallamos por la custodia en los tribunales y en los medios de comunicación, pero no voy a volver a permitir que me arrebaten lo que debería ser mío, ni Andreas ni tú.

Mia pasó en ascuas los dos días siguientes, mientras Nikandros esperaba a saber la decisión de Andreas. El empeño de Nikandros para darle la vuelta a la economía de Drakon, para tener un papel en Drakon después de tantos años, era otra faceta suya que no se había esperado. Era como si haber vuelto al palacio hubiese sacado a la luz lo implacable que podía ser. Sin embargo, ella tampoco podía dejar a un lado todo lo que se había incubado entre los muros del palacio, lo aislado que tuvo que sentirse Nikandros cuando, una y otra vez, le decían que no estaba a la altura por motivos que él no podía controlar.

El príncipe heredero se había enzarzado en discusiones con sus asesores y con el Consejo de la Corona, todos ellos muy reacios a cambiar la política de inversiones de Drakon, que llevaba décadas en vigor. La última información la había recibido de Eleni cuando la apabulló a preguntas.

La corporación Márquez Holdings Inc no solo tenía fama de despiadada para hacerse con los mercados internacionales, la mayor crítica era que había tomado participaciones mayoritarias en

empresas a las que había salvado del desastre. Ella había leído todo lo que había podido y, en defensa de Nik, MHI jamás había perdido cuando había corrido un riesgo.

Nikandros, no obstante, no acompañaba a Andreas a esas reuniones, aunque lo habían invitado, como tampoco la había invitado a salir durante esos días. Se encerraba en su despacho durante horas para, como ella sabía, trazar planes alternativos. Su desesperación y su rabia eran un muro que se había levantado entre ellos y que ella no podía escalar.

Ella sabía que le corroía esa inmovilidad que le había impuesto Andreas, pero también había notado, las pocas veces que se habían mirado, que se había alejado de ella. La cortesía distante de su sonrisa y su mirada fría, casi como de un desconocido, hacían que añorara su sinceridad franca y, a veces, casi desgarradora.

Asombrosamente, no le importaba tanto perder a su hijo en una batalla por la custodia como le importaba perderlo a él. Había muchas cosas que ya entendía sobre él. Por qué estaba decidido a ser parte de la vida de su hijo, la furia en sus ojos cuando lo despreció llamándolo semental, su forma de vida escalofriante…

Nadie había creído en él nunca; ni su padre en su momento ni, al parecer, Andreas en ese momento. Aun así, a pesar de cómo lo habían tratado los dos, aunque había pasado gran parte de su vida aislado de todo el mundo, había vuelto a Drakon para darle una oportunidad a Andreas, para darle una oportunidad a su padre y…, quizá, para darle una oportunidad a ella, lo merecieran o no.

Él se había comprometido mucho con ella y entendía, en ese momento, que se comprometía sin ningún apego sentimental. De no haber sido por su hijo, Nikandros no habría vuelto a pensar en ella, la habría tratado como a cualquier otra mujer con la que se hubiese acostado. Las había agasajado con regalos, les había dado tiempo o lo que hubiesen pedido y, a cambio, había exigido el mismo compromiso.

Nikandros, aunque incumplía las convenciones, era un hombre muy tradicional en el fondo, un hombre que creía en la familia y la amistad, en lo que unía a las personas.

Sin embargo, ¿llegaría ella a tener un sitio en su corazón o habían machacado entre todos ese corazón generoso del joven vulnerable de veinte años que había sido? ¿Esa mujer le había privado para siempre de su capacidad para amar?

Entonces, de repente, que Nikandros se hubiese visto obligado a elegirla porque estaba embarazada fue como una espina clavada profundamente. Lo vio, desde la ventana del dormitorio, pasear

alrededor del patio y sintió un dolor que no había sentido nunca, la necesidad muy intensa de hacer algo, de ser para él algo más que la mujer que esperaba su hijo.

Sin hacer caso del protocolo que Eleni había estado inculcándole desde hacía semanas, llamó a la puerta y entró en el despacho del hombre que había empezado a aborrecer desde aquel primer almuerzo. Andreas estaba sentado detrás de una mesa de caoba inmensa y resplandeciente que contrastaba con su piel morena. El príncipe heredero de Drakon era un experto en esconderse tras esa fachada de frialdad y arrogancia. Había visto el dolor en los ojos de Nik mientras le contaba todo lo que le había dicho y hecho Andreas durante todos aquellos años y se preguntaba si, realmente, no habría nada detrás de esa fachada.

–¿Qué habéis decidido? –le preguntó ella sin más preámbulo.

Eleni se quedó boquiabierta y dos asistentes giraron la cabeza para mirarla, pero a ella le importó un comino. Él la miró un instante, hasta que hizo un gesto con la cabeza para que se marchara todo el mundo, incluida su hermana. Si le había sorprendido que irrumpiera en su despacho cuando ella intentaba esquivarlo por todos los medios, no lo demostró.

–Buenas tardes, señora Morgan.

–Ojalá pudiera decir lo mismo, Alteza –él no sonrió, pero ella captó un brillo de algo en sus ojos–. Quiero saber vuestra decisión.

Él se levantó de la mesa y la rodeó.

–¿Sobre qué?

Irradiaba tal poder que hizo que ella se preguntara otra vez si tenía algo más.

–Sobre la inversión de Márquez Holdings Inc. en Drakon.

–No es asunto suyo. Es un asunto de Estado muy confidencial y usted… no tiene ninguna relación oficial con mi hermano, señora Morgan. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, Nik está… dándole tiempo. Aunque, claro, él siempre ha sido el más… amable de los dos. En este momento, usted es irrelevante en lo relativo al porvenir de Drakon.

Ella sabía que él estaba provocándola, pero, aun así, la rabia se adueñó de ella por el dolor que había visto en los ojos de Nik.

–Mi hija o mi hijo será la próxima generación de vuestro maldito país. Voy a ser la esposa de Nikandros y tengo todo el derecho del mundo a saber a qué estáis jugando.

–Entonces, ¿sabe mi hermano que ha decidido casarse con él? –le preguntó Andreas en un tono aterciopelado.

Mia se dio cuenta de lo que había revelado y se agarró con

fuerza al respaldo de cuero oscuro de la butaca. ¿Cuándo había decidido que iba a casarse con él? ¿Cómo se había colado tan bien bajo sus defensas? Podía dar ese paso, podía formar una vida con él siempre que fuese un compromiso que pudieran cumplir los dos por el bien de su hijo, siempre que no depositara todas sus esperanzas y sus sueños en un hombre que buscaba desafíos en todos los aspectos de la vida, pero eso no contenía el pánico que iba apoderándose de ella.

–Quiero cerciorarme de que Nikandros no se sienta solo cuando lo traicionéis.

–¿Traicionarlo? Eso suena un poco melodramático, señora Morgan.

–No me lo parece porque estoy empezando a atar cabos. Vos os ocupasteis de que Nik se enterara de que estaba embarazada, vos lo filtrasteis a la prensa para que Nik y yo no tuviésemos más remedio que asumirlo y luego presentasteis un desafío nuevo para Nik y así retenerlo. Todo eso, ¿para qué?

–De verdad, señora…

–¡Basta, Andreas! –ella se quedó más pasmada que él por haber levantado la voz–. ¿Puede saberse qué quieres de verdad? ¿Es una venganza por lo que te hizo con Isabella?

–El sitio de Nikandros está en Drakon.

Era la primera cosa que decía el príncipe heredero de Drakon con la que ella estaba completamente de acuerdo. Hundió los dedos en el cuero.

–Entonces, ¿puede saberse por qué no mantienes la palabra y dudas de él en este momento? ¿Vas a arruinar la poca alegría que espera alcanzar en este momento?

–¿Su felicidad le importa mucho, señora Morgan, ahora que ha decidido volver a ser príncipe de Drakon?

Mia sintió un escalofrío gélido por toda la espalda.

–Nik tiene razón. Eres un hijo digno de tu padre. Nik debería dejar de quemarse contigo y con este maldito país. Voy a…

Si la furia de Mia no hubiese estado tan centrada en él, no se habría dado cuenta de que había dado un ligero respingo.

–Conozco a mi hermano mejor que nadie –comentó él después de tanto tiempo que Mia llegó a creer que se había imaginado su voz en ese espeso silencio–. No obstante, no me había dado cuenta de lo mucho que Drakon lo… consume. Lo perderé haga lo que haga hoy, Mia, y ya he perdido demasiadas cosas.

Su tono la desasosegó en lo más profundo de su ser, pero ya se había comprometido con Nikandros y su hijo y haría cualquier cosa

para que saliera bien, y pelearía con quien hiciese falta por él. Esa vehemencia le corría por las venas.

–¿Vas a controlarlo mientras lo retienes en Drakon? Te cuidado, Andreas, si decide que esto no le interesa lo bastante, no vas a tener otra oportunidad.

–El control de nuestro padre sobre nosotros es… Solo quiero lo mejor para él.

Mientras se alejaba del príncipe heredero, Mia supo con toda certeza que no quería pasar el resto de su vida sin Nikandros. Quería casarse con él y quería criar a su hijo con él, quería ser la mujer que él eligiera porque era la que necesitaba, no por el accidente del hijo.

No pensaba perder antes de haber empezado a jugar siquiera, pero también estaba muy nerviosa porque, aparte del fútbol, nunca había anhelado algo con esas ganas.

Capítulo 9

LOS DÍAS se convirtieron en semanas y la primavera fue dejando paso al verano. Nikandros se había olvidado de lo mucho que le gustaban los largos días de verano en Drakon, de que la ciudad parecía volver a la vida, pero tampoco había podido disfrutarlos después de que Andreas aceptara cambiar la política de inversiones que había tenido Drakon durante décadas… y le cediera las riendas a su hermano.

No había podido ni respirar desde que empezó a negociar un trato con Márquez Holdings Inc. para que invirtiera en Drakon. Había viajado un par de veces a Barcelona para reunirse con Gabriel y tenía conversaciones todo el rato con asesores económicos y miembros del Gobierno para redactar leyes fiscales nuevas para las empresas que invirtieran en el país.

Gabriel era implacable, pero Nikandros estaba encantado porque había impuesto sus condiciones.

Gabriel y su equipo se trasladarían a Drakon al cabo de un par de semanas para hacer los primeros reconocimientos sobre el terreno. Ningún otro proyecto le había exigido tanta dedicación como ese. Su despacho había estado permanentemente lleno con miembros del Gobierno o del Consejo de la Corona, unos para felicitarle y otros para controlarlo. También los había que creían que Andreas había firmado la ruina del país al darle el timón económico del país.

A medida que pasaban las semanas, se le habían amontonado las invitaciones a bailes o fiestas que celebraban los personajes más poderosos y había tenido que seleccionar a un ayudante administrativo, a un secretario personal y una asesora en relaciones públicas, personas que no necesitaba para hacer su verdadero trabajo.

Todo, desde la ropa que se ponía hasta con quién hablaba y lo que le decía, era una decisión de Estado y provocaba que soltara todo tipo de obscenidades. Acabaría explotando si otro nostálgico

de los viejos tiempos le recordaba cómo lo había hecho el rey Theos o que el príncipe heredero siempre prefería la manera tradicional.

A las dos semanas, ya estaba harto de las normas sociales y la diplomacia. Su hermano Andreas se había pasado practicándolas toda la vida, desde que era pequeño, sin haber podido contarle a nadie lo que pensaba, menos a Theos, quien había estado obsesionado con el poder y con la seguridad de Drakon. Por primera vez en su vida, estaba vislumbrando lo que había sido la vida de su hermano. Él, para desesperación de sus asesores y empleados, se olvidaba del protocolo y las normas cuando le impedían hacer algo.

La vida había cambiado a pasos agigantados para Nik, y no solo en el sentido laboral. Si él tenía una misión, parecía que Mia también tenía la suya, aunque él desconocía cuál era. Lo que sí sabía era que estaba distinta. No se arrugaba con Eleni y Andreas y los ponía en su sitio si se metían donde no los habían llamado. También la había sorprendido más de una vez mirándolo sin disimulo, dejando muy claro que estaba mirándolo.

Sin embargo, solo se intercambiaban algunas cortesías, él le preguntaba por su salud y ella, por su trabajo. Incluso, él había adoptado la costumbre de no llegar a sus aposentos hasta después de medianoche. Ella, muy terca, seguía durmiendo en la *chaise longue* y parecía dispuesta a llevarlo hasta el límite del dominio de sí mismo. Si tenía que pasarse el resto de su vida arrastrándola a su cama, lo haría, pero cada vez le costaba más tener que darse una ducha fría.

Sobre todo, cuando Mia tenía la costumbre de acurrucarse contra él cuando estaba dormida. Había estado más que tentado de devorarle esa boca carnosa y de acariciarle todas y cada una de esas curvas cautivadoras. Ella lo deseaba tanto como él la deseaba y habría sido fácil seducirla, pero no quería hacerlo así.

Ella no se crispó el día que le dio el ultimátum en la playa ni lo llamó malnacido, como se había merecido. Sencillamente, lo felicitó la noche que Andreas comunicó que iba a flexibilizar la economía de Drakon.

Efectivamente, él había estado muy enfadado y desesperado porque Andreas le obstaculizaba cada paso que daba, pero había sido una bajeza amenazar a Mia, que solo lo había respaldado, con una batalla por la custodia de su hijo y no quería volver a caer tan bajo.

Le recordaba demasiado a las tácticas que había empleado su padre con Andreas y él, se parecía demasiado a perder el dominio

de sí mismo, a convertirse en el hombre que había seducido a la mujer que estaba prometida a su hermano solo para demostrar que podía hacerlo.

Por eso, por primera vez en su vida, había eludido a Mia. Necesitaba distancia y perspectiva. Necesitaba toda la distancia y perspectiva que pudiera alcanzar para moverse entre las estrategias arriesgadas de Gabriel y la prudencia tradicional de Andreas. Afortunadamente para él, no le costaba nada centrarse en una cosa y dejar a un lado lo demás.

Cuando el reloj dio las doce, se levantó de la mesa después de otro día agotador y se encontró con Mia en la puerta. Llevaba un albornoz blanco que le llegaba hasta los muslos y le formaba un escote que le permitía imaginarse lo que había debajo. La miró y sintió un arrebato de deseo en las entrañas antes de que otras preocupaciones se abrieran camino dentro de él.

–¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal?

–No te he visto en toda la semana, Nikandros.

–He estado muy ocupado.

–Lo sé. He pensado que a lo mejor te apetecía acompañarme a darme un baño y así pasaremos un rato juntos –él arqueó las cejas y ella se sonrojó–. Has estado eludiéndome. Creí que te relajarías cuando Andreas tomara la decisión. Nik, no puedes eludirme toda la vida, a no ser que hayas cambiado de opinión y no quieras casarte conmigo.

Nik se pasó una mano por el pelo. Ella tenía razón.

–He estado posponiendo el disculparme contigo.

–¿Por qué?

–Por incumplir mi palabra y amenazarte con una batalla por la custodia.

–Sabía que estabas muy enfadado y no me lo tomé en serio. Creó que siempre me he fiado de tus intenciones, Nikandros. Lo que me asusta es lo que pasa cuando nos… mezclamos.

–Ha sido una temporada larga de sequía, pero recuerdo vagamente aquella noche y yo diría que lo que pasa cuando nos mezclamos es fantástico.

Ella abrió mucho los ojos e intentó contener los labios, pero acabó sonriendo.

–Entonces, ¿me acompañas a darme un baño?

De repente, nada le pareció más tentador que darse un baño a medianoche y atormentar a Mia como ella lo atormentaba a él.

El agua estaba fría, pero no helada. Nikandros, con un bañador negro, la surcaba con grandes brazadas mientras Mia se despojaba del albornoz y se zambullía con delicadeza y con un biquini naranja que hizo que estuviera a punto ahogarse.

Salió otra vez a la superficie, arqueó una ceja y sonrió con picardía cuando él la miró fijamente sin decir ni una palabra. La muy sinvergüenza sabía lo sexy que estaba con esos trapos naranjas.

¿Estaba provocándolo a propósito? Le bullía la sangre solo de pensar que esa podía ser la manera de decirle que estaba dispuesta a que las cosas entre ellos fueran adelante.

Era una nadadora elegante que lo seguía sin esfuerzo, como si fuera un desafío tácito. Notó que lo miraba y fue casi como una caricia.

Nadaron un rato en silencio y entre la oscuridad aterciopelada de la noche. Olía a jazmín y todo parecía haberse quedado inmóvil como si esperara algo con ansiedad. Llegaron al borde de la piscina y ella se quedó flotando de espaldas.

–¿Por qué te bañas a medianoche?

Nikandros había querido preguntárselo con amabilidad, pero le había salido como una orden. Ella suspiró con los brazos plateados por la luz de la luna.

–Nadie me lo había preguntado.

Él quería saberlo, quería saber cosas de ella que no había sabido nadie.

–¿Ni siquiera Brian?

Ella lo miró como si quisiera recordarle que estaba infringiendo su propia regla.

–No. Aunque creo que no se lo habría dicho aunque lo hubiese preguntado.

–¿Por qué?

–Se lo habría vendido a alguna publicación sensacionalista o a alguna revista deportiva, y es algo demasiado íntimo para mí.

–Es algo que siempre me he preguntado –comentó él.

Pensaba en los primeros momentos, cuando se conocieron. Él tenía veinte años y ella, diecisiete. Era como una bala dentro el terreno de juego, estaba llena de energía y se reía sin parar. Sin embargo, era tímida y huidiza fuera de él.

–Estabas saliendo con Brian antes de que yo pudiera pedírtelo y te casaste enseguida. Después, quedó claro que cuanto menos me interesara por ti, mejor. Creo que, dada la obsesión que sentía por

ti, para mí fue más fácil creerme todo lo que decía Brian sobre vuestro matrimonio.

Ella se dio la vuelta con una elegancia que lo dejó fascinado y nadó hasta el borde de la piscina. Las gotas de agua le recorrieron la espalda y él quiso hacer lo mismo con la lengua; la esbelta cintura, la curva de las caderas, la redondez del trasero… Hasta el último centímetro era perfecto.

Se giró para mirarlo y los pechos quedaron flotando encima del agua. Tenía el pelo pegado a la cara, pero los rasgos conservaban la sobria belleza y la misma reserva de siempre. Sin embargo, esa noche, Nik captó algo más aparte de la reserva, vio la misma soledad que había vislumbrado en sus propios ojos cuando se había mirado al espejo, el mismo desasosiego. Vio una timidez innata.

A ella le había encantado el fútbol, no el glamur del mundo que lo rodeaba ni la forma de vida extravagante y de despilfarro a la que la había arrastrado Brian. No podían haber desentonado más.

–¿Por qué te casaste con él?

–He estado preguntándomelo durante las últimas semanas. No lo había pensado antes.

Nik salió de la piscina y le tendió la mano para ayudarla. Una vez fuera, tomó una toalla y la envolvió en ella. Mia se quedó rígida y él aflojó los brazos. Era insoportable estar cerca de ella y no tocarla.

–Él fue el único que me lo pidió –siguió ella con una leve sonrisa–. Yo acepté porque era una apuesta segura. El Brian con el que había salido era trabajador y cariñoso y no tenía malas costumbres o debilidades a simple vista –Mia hizo una mueca burlona y dolida a la vez–. Entonces, despegó en su profesión y empezó a estar obsesionado con su propia fama. Partidas de póquer con apuestas altísimas, circuitos de carreras, coches tuneados… Despilfarraba el dinero en todo tipo de cosas. Te adoraba. No, no hace falta que lo digas. A los dos días de estar aquí me di cuenta de que no os parecéis en nada.

–Mia, no tienes que hablar de esto…

–No, ya lo sé. Los riesgos que corría, el despilfarro… Lo que hacía me recordó tanto a mi padre que lo aparté de mí al instante. No podía soportar que volvieran a hacerme el mismo daño. Me alejé y él fue incapaz de ir a por mí, me engañó hasta que solo fue una espiral imparable. Como ves, tenías razón, yo tuve parte de la culpa, pero su muerte… Nunca quise que se muriera, Nik. Yo…

Nikandros la abrazó con fuerza, se sintió impotente ante el dolor que la hacía temblar. Pensar que él le había dicho esas cosas

espantosas…

–No pasa nada, *agapi mu*…

Ella se puso tensa y el pulso se le aceleró en el cuello.

–Shh… –susurró él poniéndole los dedos en los hombros con suavidad–. Solo quiero abrazarte, Mia.

Nik tomó otra toalla y le secó el pelo. Ella se puso rígida y él sustituyó la toalla por los dedos y fue peinándole los sedosos mechones. Mia soltó el aire y apoyó la espalda en su pecho. El contacto de él no tenía nada de sexual, pero notó que ella intentaba relajarse… y, entonces, se dio cuenta de lo mucho que debería haberle costado a ella acudir a él esa noche.

–Te acurrucas a mí cuando estás dormida, te aferras a mí cuando tienes una pesadilla, me das una bofetada porque te aterra que me mate en un accidente de coche, te enfrentas al tirano de Andreas para defenderme y, sin embargo, eres incapaz de reconocer que quieres esto… entre nosotros.

Notó un dolor que le atenazaba las entrañas al acordarse de lo que le había contado Eleni ese mismo día; los esfuerzos de Mia para adaptarse a su vida nueva. Según su hermana, Mia ya no se oponía a su papel en Drakon.

–He estado a tu disposición desde aquella noche. ¿Qué más quieres de mí, Nik?

–Tengo que oírtelo decir, no solo el sexo, es esta relación. ¿Qué es lo que te asusta tanto sobre nosotros, Mia?

–Yo no sé cómo manejar cosas tan nimias como la atracción y los hombres y tú… tú no eres normal siquiera.

Él la atrajo hacia él y sus respiraciones se entrecortaron en la oscuridad.

–¿Qué…?

–Eres impresionante, cautivador, ¡un príncipe! Me siento muy insegura.

–Tú eras una campeona de categoría mundial. Te idolatraba en el campo de fútbol y estaba obsesionado contigo fuera de él –replicó Nikandros sin inmutarse–. ¿Qué más poder quieres tener sobre mí?

–Me cuesta la intimidad. Me pasé la adolescencia entrenando a todas horas y estudiando el poco tiempo que me quedaba. Al único hombre al que quise de verdad fue mi padre y me desengañó una y otra vez hasta que yo… Me aterra abrirme a ti y permitirme que me entregue a esto, Nik.

–Entonces déjame que te entienda, déjame que te ayude como tú me has ayudado a mí.

Mia se relajó poco a poco y puso las manos encima de las de él.

–Mi padre era el sueño americano hecho realidad. Mi madre y él emigraron de la Ciudad de México cuando eran pequeños y pusieron un diminuto café que acabó convirtiéndose en tres restaurantes –le contó ella sin disimular el orgullo–. Sin embargo, tenía la costumbre del juego. Cuando ganaba, era maravilloso, pero cuando perdía…

Nik la abrazó con más fuerza cuando captó el dolor en su voz.

–¿Os hizo daño a ti o a tu madre?

–¡No! –ella agitó la cabeza con vehemencia y lo mojó–. Era un buen hombre, Nik, un marido maravilloso y un padre muy cariñoso para Emmanuela y para mí. Nos llamaba sus pequeñas campeonas. Sin embargo, no se conformaba y fue empeorando año tras año hasta que empezó a jugarse todo lo que teníamos. Durante los últimos años, iba muy poco por casa y dejó de llevarme a los entrenamientos de fútbol. Él fue quien me introdujo, era mi mayor admirador y mi mejor respaldo. Con las grandes pérdidas del juego, llegó la bebida. Mi madre iba en coche todas las tardes al club para recogerlo. Yo la acompañaba porque lo echaba mucho de menos. Un día, el encargado del club, un hombre al que mi padre había ayudado hacía mucho tiempo, me preguntó si me gustaría bañarme mientras esperaba. Yo ya había empezado a jugar al fútbol y tenía que hacer todo el ejercicio que pudiera. Creo que, durante tres años, fuimos todas las noches a ese club y yo nadé mientras mi madre intentaba convencerlo para que dejara de jugar. Lo perdimos todo lentamente. Acabé el instituto y, cuando un ojeador me preguntó si querría jugar en un equipo junior de Miami, me marché y no volví a mirar atrás.

–¿Nunca?

Mia se encogió como si eso fuese de lo que no quería hablar.

–Mi madre me rogó que no me marchara en ese momento, que le machacaría a mi padre, que le machacaría ver que lo abandonaba. Sin embargo, ¿qué pasaba con las esperanzas que yo me había hecho sobre él? ¿Qué pasaba con las miles de veces que él me había prometido que iba a dejarlo y las miles de veces que había incumplido esas promesas? Tuve una discusión espantosa con ella y dije cosas tremendas. Que el fútbol era más importante para mí que un ludópata; que ella también debería abandonarlo… Estaba furiosa y muy asustada y fui atroz con mis propios padres.

–Tenías dieciséis años, Mia, todos hemos pasado por eso.

–Cuando triunfé un poco, les mandé algo de dinero a través de mi hermana, pero creo que mi madre no me perdonó nunca que hubiese dicho lo que dije, que me hubiese marchado. Sin embargo,

no podía quedarme ni un minuto más, Nik, no podía soportar verlo así.

Aquella noche, ella había dicho que las palabras se las llevaba el viento y que lo importante eran los actos. Brian le había hecho lo mismo… Nikandros entendió su miedo. Ella creía que él también incumpliría todas las promesas, que si confiaba en él, la machacaría. Escondía un corazón muy frágil debajo de tanta resistencia. ¿Podía extrañarle que no confiara en él y que no quisiera abrirse? La más mínima herida hecha en la infancia dejaba una cicatriz muy profunda. Él debería saberlo y no podía reprocharle que se protegiera el corazón.

–¿Qué tal está tu padre ahora?

–Falleció tres años después de que me marchara –las lágrimas de Mia le cayeron en las muñecas–. Ni siquiera asistí al entierro porque estaba en la gira por el campeonato. Nunca he podido quedarme dormida antes de medianoche y por eso nado.

–Ven, *matia mu* –susurró él.

Ella apretó la cara contra su pecho sin decir nada y Nik sintió un arrebato de cariño que lo desarmó. Le gustaría poder hacer algo. La abrazó durante tanto tiempo que le pareció que la noche se quedaba parada alrededor e ellos y le dio un beso en la sien.

–Entiendo que te cueste tanto…

Mia le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas.

–Confío en ti, Nikandros. Quiero poner todo de mi parte para que esto salga bien, pero abrirme a ti será…

Él bajó la cabeza y le dio un leve mordisco en el labio inferior para que no siguiera hablando, y profundizó cuando ella se quedó boquiabierta. Solo había querido rubricar la promesa de ella con un beso, pero el beso había cobrado vida propia al cabo de unos segundos. Su aliento le acarició la mandíbula, sus pechos se aplastaron contra su pecho y sintió un estremecimiento de deseo por todo el cuerpo.

Un instinto primario le dijo que eso también estaba bien, que Mia y él estaban bien… Entonces, oyó, entre la oleada de deseo que se adueñaba de él, que alguien se aclaraba la garganta varias veces. Mia, temblorosa, escondió la cara en su pecho.

–Alteza…

Nikandros tuvo que tragar saliva para encontrar la voz. Si Andreas estaba reclamándolo, cometería fratricidio. Un asistente apareció como una sombra al lado de la piscina y bajó la cara a la altura de la cabeza de Nikandros.

–El príncipe heredero os llama, Alteza. Vuestro padre… Me han

pedido que os comunique que el rey Theos está… apagándose y que pregunta por vos incesantemente.

Era como si el rey Theos supiese que sus hijos estaban creando un lazo entre ellos. Mia no sabía qué se habían dicho, pero, cuanto peores eran las noticias sobre su salud, más alterados parecían Nikandros y Andreas. Era como si esa calma tan plácida entre ellos empezara a hacer aguas.

Nikandros trabajaba con el equipo de Gabriel a un ritmo inhumano y no tenía tiempo para nadie. La advertencia de Andreas empezaba a retumbarle a Mia como un tambor militar en la cabeza.

Había estado tan preocupada, que le había comentado a Eleni la idea de organizar un partido amistoso de fútbol entre los dos hermanos. Andreas y Nikandros eran muy aficionados al fútbol.

La mera idea se había convertido en un acontecimiento nacional.

Cuando consiguió que los hermanos aceptaran, empezó a visitar los clubs de fútbol de la ciudad para buscar jugadores. Incluso llamó a un par de sus colegas de antaño. Enseguida, los dos equipos estuvieron formados con una mezcla de pequeñas celebridades de fútbol y jugadores de clubs de la ciudad.

Que los dos príncipes fuesen a jugar un partido de fútbol el uno contra el otro se convirtió en el acontecimiento social del verano. Mia había pedido ayuda a Eleni y las entradas se habían vendido a unos precios altísimos.

–Podría ser tu trampolín, por decirlo de alguna manera. Todas las princesas necesitan uno –le había comentado Eleni con un gesto de satisfacción inmensa.

–¿Cuál es el tuyo?

Eleni se había encogido de hombros y Mia, por enésima vez, se había preguntado si de verdad no le importaba su categoría incierta, que los tradicionalistas de Drakon la consideraran inferior a sus hermanos. Había un muro de acero alrededor de la hermana Drakos a pesar de su esfuerzo infatigable. Se metía en los asuntos de todos, pero era completamente hermética con su vida privada.

–Mia, oficialmente, yo no soy una princesa. Soy la conspiradora en la sombra.

Mia soltó una carcajada.

–Princesa Mia, mecenas de obras benéficas deportivas –comentó Eleni con deleite–. Va bien con un pasado, con tu imagen, y suena bien para la futura esposa del príncipe temerario. Si fuera

romántica, diría que Nik y tú estáis hechos el uno para el otro.

¿Hechos el uno para el otro?, se preguntó Mia. ¿Se atrevía a creérselo?

–¿Por qué pones una cara tan rara? –le preguntó Eleni mientras levantaba la dos camisetas que había diseñado para los equipos.

El emblema común para la vestimenta de los equipo era un dragón arrojando fuego con un balón de fútbol debajo de las enormes fauces.

Mia había puesto los ojos en blanco y se había mordido el labio inferior para no reírse cuando Eleni, con el aplomo de una reina, se lo había enseñado por primer vez durante una cena; la verdad era que la obsesión de los draconitas con los dragones era casi cómica.

Ella había visto la misma mueca y el mismo brillo burlón en los ojos de Niki, pero Eleni los despellejaría vivos si se les ocurría decir algo. Andreas, como de costumbre, se limitó a mirar el logo un rato y luego volvió a concentrarse en la comida.

–Cuando os caséis y llegue el bebé, Nik y tú tendréis las manos muy ocupadas. Si Nik y tú sois capaces de dejar a un lado esa competitividad tan tremenda, claro. ¿Sabías que se hacen apuestas entre el personal del palacio sobre si Nik y tú superaréis todo ese asunto de los equipos rivales? En ningún momento podría haberme imaginado que la gente iba a exaltarse tanto con el fútbol.

Al parecer, no era oficial, pero, extraoficialmente, todo el mundo sabía que Nik y Mia estaban… juntos, y a Mia la habían convencido para que entrenara al equipo de Andreas, teóricamente más flojo frente al equipo de Nik, que estaba repleto de atletas. Para pasmo infinito de Mia, Nikandros se lo había tomado como una ofensa personal.

–Si estoy captando cierto tono de reproche en tu voz porque estoy entrenando el equipo de Andreas…

–Entrenar al equipo contrario parecen ganas de provocar a Nikandros. Hay una cosa que se llama vanidad masculina, Mia.

–Eleni, estás siendo tan irracional como Nik, No estoy eligiendo a Andreas.

–Ya sabes lo competitivo que puede llegar a ser Nik.

Hasta las cenas se habían convertido en un conflicto y Nik y Eleni no paraban de atacar a Mia y Andreas, con quien había tenido que formar una alianza a regañadientes. Todavía no se fiaba del príncipe heredero, pero tampoco creía que fuera el controlador diabólico que le había parecido al principio.

Cuando el equipo de Nik y el de ella entrenaban en el mismo campo, se quedaba absorta mirando cada movimiento de ese cuerpo

fibroso, cada sonrisa, cada gesto… Una vez, Andreas tuvo que pasarle una mano por delante de los ojos para que les hiciese caso. No podía evitarlo ni por la humillación de que la hubiesen sorprendido sonriéndole como una de esas seguidoras enfervorizadas que lo seguían a todas partes. Y no podía tampoco refrenar esas ganas incontenibles de estar al lado de él, de volver a sentir esa intimidad.

Como el partido estaba recibiendo muchísima atención por parte de la prensa, sus ridículos apelativos estaban saliendo a la luz otra vez; *la Viuda del Fútbol vuelve al ataque en Drakon*; *los vínculos de la Viuda del Fútbol con la Familia Real.*

Le encantaba estar haciendo algo que le gustaba de verdad y no hizo caso a esos titulares, pero sí había maldecido el partido porque, de repente, parecía como si estuviese abriendo otra brecha entre Nikandros y ella.

El día del partido amaneció fresco y soleado, el típico día de verano en Drakon. El estadio se llenó de personas y de pequeñas banderas de Drakon, era un ambiente festivo que también caló en el palacio y su personal.

Mia, con pantalones cortos y una camiseta muy amplia del equipo T que escondía su abdomen, fue al estadio con Eleni en una limusina con cristales oscuros y rodeada de una flota de vehículos de seguridad.

El partido había resultado ser el acontecimiento más comentado de la temporada y todo el país estaba delante de la televisión para ver a sus dos adorados príncipes enfrentados.

Fuera por las hormonas del embarazo o no, Mia tuvo que abanicarse varias veces al ver esos pechos musculosos y esas pantorrillas graníticas. No volvería a jugar, pero estar en la banda también tenía su emoción.

Acabó ganando el equipo de Nikandros, pero Andreas fue una revelación. Había estado indómito, como si se le hubiese desatado algo por dentro.

Nik se había quitado la camiseta después del partido entre la ovación el público. El pecho fibroso y musculoso se estrechaba hasta desaparecer por debajo de los pantalones, y todas las mujeres tenían los ojos clavados en él. Nik, naturalmente, se lució, saludó con la mano, lanzó besos y esbozó esa sonrisa deslumbrante.

Mia tuvo que vaciarse una botella de agua fría por encima de la cabeza para no saltar al campo y besarle el pecho para que todo el

mundo supiera que le pertenecía a ella.

Nik lo había visto y la miró con un brillo desafiante en los ojos mientras a ella le caía al agua por la cara y el cuello. Vio que un par de periodistas la habían visto y se alejó del campo de juego aunque cada célula de su cuerpo quería quedarse y reclamar lo que le pertenecía. Una vez en sus aposentos, se duchó apresuradamente y se puso un vestido rosa con un corpiño recto y rígido, pero que le llegaba a las rodillas con un volante muy femenino. Se secó el pelo con un secador y se miró al espejo. El vestido, sencillo y elegante, le quedaba perfectamente. Estaba embarazada de doce semanas, pero no se le notaba todavía. Quizá fuese porque siempre había sido delgada y atlética.

Una vez terminado el partido, el personal del palacio estaba muy ajetreado para que todo quedase preparado para la celebración de esa noche.

Los draconitas y todo el mundo ya habían visto a los hermanos en un partido amistoso, pero esa noche sería el recibimiento a Nikandros, se declararía al mundo que los dos príncipes trabajarían a favor del progreso de Drakon. Según Eleni, una declaración como no se había hecho ninguna desde hacía veinte años.

La puerta se abrió a sus espaldas y entró Nikandros.

Afortunadamente, se había puesto la camiseta otra vez. Su rostro resplandecía por la satisfacción, por la emoción de haber ganado un buen partido. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás y ella se dio cuenta de que también se había duchado y cambiado. Su piel bañada por el sol irradiaba vitalidad.

Cuando cerró la puerta y ella vio sus brazos fibrosos, tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el deseo que abrasaba hasta el último rincón de su cuerpo.

Entró, se apoyó en la pared para taparle el paso y clavó en ella sus ojos azules. La miró con tanta lentitud y deleite que empezó a palpitar por dentro y la tensión vibró entre ellos.

–Ese vestido… ¿es nuevo?

Mia lo miró sin parpadear y conteniendo la respiración.

–Sí, ¿te gusta? –él arqueó una ceja y ella siguió balbuciendo–. Es de mi… nuevo… guardarropa.

Por fin, consiguió tragarse ese nudo de adolescente que le atenazaba la garganta.

–Mia, no me has felicitado…

Ella se alisó el vestido en las caderas. Llevaba semanas deseando que la mirara, que se dirigiera a ella y en ese momento, cuando estaba haciéndolo, solo sentía pánico. No se había dado cuenta de

lo cobarde que era.

–No creo que lo hayas echado de menos –ella se encogió de hombros–. Estabas muy ocupado luciéndote ante la multitud. No me gusta especialmente tener que abrirme paso entre una multitud de mujeres que te adoran para poder llegar hasta ti –aunque eso fuera exactamente lo que había estado deseando hacer–. Eleni me enseña que siempre tengo que actuar con seguridad de mí misma y cierta displicencia.

Estaba exagerando, claro, pero le encantaba la arruga que se formaba en sus mejillas cuando intentaba intimidarla. Sin embargo, Nikandros era muy sincero, tenía una libertad con sus sentimientos que la cautivaba.

–Aun así, eres la entrenadora del equipo contrario y lo deportivo es felicitar al capitán del equipo ganador, ¿no?

–De acuerdo, te felicito –concedió ella aunque la mirada posesiva de él estaba derritiéndola por dentro–. Alguien podría pensar que he querido que todo el palacio crea…

Él se apartó de la pared con una elasticidad muy natural y recorrió la habitación tocando todas las cositas que ella había repartido por allí y sin dejar de mirarla. Mia se quedó sin habla.

–Alguien acertaría si diese por supuesto que lo has hecho para que yo viera lo encantados que estabais Andreas y tú y sacarme de mis casillas.

–Eso es ridículo, Nik –Mia se sonrojó–. Estás llevándolo todo al extremo.

Él ya estaba a su lado y su olor a sol, sudor y piel se adueñaba de ella, y la apremiaba a que se frotara contra él.

–Entiendo –él frunció el ceño y ella se sintió como si estuviera esperando a que el depredador atacara–. Eleni dice que el partido de fútbol entre los príncipes y la celebración por la noche debería ser un acontecimiento anual.

A Mia se le secó la boca y se pasó la lengua por los labios.

–Parece una buena idea. En realidad, sería una gran tradición.

–Entonces, ¿no te importaría que, el año que viene, por ejemplo, formara un equipo con todas mis ex y con las hijas de las familias más prominentes de Drakon?

Ella lo agarró de la camisa y tiró de él.

–Me importaría y mucho. No puedo soportar la idea de que estés con otras mujeres. No puedo soportar siquiera que todas esas mujeres te miren.

Los ojos de Nikandros resplandecieron y sus labios esbozaron una ligera sonrisa.

–¿Y…?

–La próxima vez estaré en tu equipo aunque seas mejor atleta y Andreas necesite…

–Andreas va a ser el maldito rey, querida. Por mí, puede buscarse su maldito entrenador.

Ella asintió como una niña buena.

–Solo vitorearé tu destreza y solo miraré tus espléndidas pantorrillas… y otras partes de tu anatomía.

Él se sonrojó y frunció los labios.

–Vaya… Así que tienes debilidad por las pantorrillas musculosas… y ¿por qué otras partes…?

–Los traseros prietos.

Él la miró con las cejas arqueadas, los ojos como platos y los labios apretados. Nada le había parecido tan gratificante y emocionante como escandalizar a Nikandros, que la agarró de los brazos con un gruñido que le salió de lo más profundo del pecho.

–Más te vale que solo mires mi trasero prieto, Mia.

Sabía que estaba reaccionando como un adolescente petulante por la amistad que había surgido entre Mia y Andreas. Un día, durante una cena, mientras discutían sobre un legendario partido de fútbol, se había dado cuenta de lo parecidos que eran de temperamento. Los dos se andaban con pies de plomo y los dos habían visto algo en el otro que les había permitido bajar la guardia.

Aunque él tenía su propia residencia en la ciudad, todos trabajarían codo con codo durante años y estaba bien que su futura esposa tuviera una buena relación con su despiadado hermano.

Se había recordado todo eso un millón de veces, pero, aun así, sentía una punzada de celos ardientes en el pecho porque Andreas se había ganado su confianza y porque Mia podía ver las grietas que tenía Andreas en su fachada, algo que no hacía ni Eleni.

¡Se había pasado gran parte de su vida siendo solo la alternativa a su hermano! Daba igual que Andreas no lo hubiese tratado nunca así y daba igual que él se hubiese hecho un nombre por sí mismo.

Esa sensación irracional de que estaban compitiendo otra vez, de sentir rencor hacia Andreas aunque no tuviese la culpa de nada… Toda la situación con Mia estaba volviéndolo loco.

Le llegó su olor a rosas acompañado de la calidez de su cuerpo. Iba a explotar por dentro del deseo que sentía. Mia le puso una

mano en abdomen y los músculos se le contrajeron al instante. El vestido rosa resaltaba el tono a miel de su piel. Parecía una rosa voluptuosa y su piel tenía la suavidad de los pétalos. Le brillaban los ojos marrones y su rostro había perdido el aire espectral que había tenido durante el último año.

A Mia le sentaba bien estar en Drakon. Se pasaba el tiempo en la biblioteca o arrodillada en el jardín que le había pedido… y lo miraba, cuando lo veía, con una mezcla de preocupación y de deseo indisimulado.

También se había dado cuenta de que a él le sentaba bien tenerla cerca, aunque estuviesen jugando al ratón y al gato. Incluso cuando Andreas y ella habían estado hablando de estrategia, su presencia había sido un imán para él.

Ella movió el cuello y él siguió su elegante línea hasta los pechos y bajó hasta la curva de la cintura que el vestido ceñía con delicadeza. La recorrió con un dedo y tomó aire.

–No te he preguntado qué tal te has sentido últimamente.

–Hambrienta y, algunas veces, con las hormonas alteradas, pero bien. He encontrado una ginecóloga que me gusta.

–Perfecto –entonces, él hizo la pregunta que llevaba días queriendo hacer–. ¿Puedo tocarte?

Ella asintió con la cabeza y él le pasó lentamente una mano por el abdomen.

–Estás igual –comentó Nik con el ceño fruncido.

Movió las manos a los costados y entonces notó el leve abultamiento. Se quedó sin respiración. Podía notar hasta el más mínimo cambio porque ella siempre había tenido un abdomen liso, un abdomen musculoso que había lamido cuando se dirigía a otros rincones más sugerentes. Ella puso una mano encima de la suya con un resplandor en la cara que él no le había visto jamás.

–Según la ginecóloga, a algunas mujeres se les nota más tarde.

Él asintió con la cabeza. En ese momento, entendió plenamente lo que habían creado. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo trascendental que era. Muchas cosas podían salir mal, pero él quería hacerlo bien. Quería ser un buen marido y un buen padre, quería conservar como un tesoro lo que Mia había llevado a su vida.

Lo haría bien.

Capítulo 10

MIA LO rodeó con los brazos para que la abrazara. Anhelaba sentir su fuerza y también anhelaba espantar los demonios que hacían que él trabajara a ese ritmo endiablado.

Aparte de haberse hecho un guardarropa nuevo, de haber encontrado una ginecóloga nueva y de haberse elaborado un plan de ejercicio distinto, cuanto más conocía a Nikandros, más se daba cuenta de lo complejo que era. También se daba cuenta de que haberlo comparado con Brian era un insulto para el hombre que había sido mucho más que lo que Brian había sido en toda su vida.

Además, cada día que pasaba, más incorporada se sentía en su vida, y lo peor era que cada vez le importaba menos, que cada vez le parecía más borroso un futuro lejos de Drakon y Nik.

Él, con la mano en el abdomen de Mia, se estremeció ligeramente, pero ella supo exactamente lo que sentía, lo poco que importaba todo en comparación con la vida que habían creado.

Se apartó tan bruscamente como la había abrazado y se pasó una mano por la frente antes de darse la vuelta.

–Tenías razón, deberías irte a otros aposentos. Estoy trabajando hasta muy tarde para cerrar este trato con Gabriel Márquez y solo voy a molestarte mientras estás dormida. Eleni me ha contado que estos días te cansas pronto.

Mia sintió un nudo en la garganta e intentó entender lo que sentía. Se sentía como si se le hubiese muerto de repente la flor que había estado cuidando durante meses. Era una sensación de pérdida tan acusada que se pasó una mano por el abdomen.

Miró alrededor y vio las preciosas cortinas y la inmensa cama, vio la terraza con una vista maravillosa de los cuidados jardines. Esos aposentos había sido su hogar, más que al apartamento que había compartido con una colega o la residencia al borde de la playa que, según Brian, habían necesitado.

Sin embargo, no sería un hogar sin Nikandros. No había conocido ninguno desde que se marchó de la casa de sus padres,

pero ese sí lo había sido estuviera donde estuviese Nikandros. Nada volvería a ser lo mismo sin él, pero, por una vez, el miedo que sintió al darse cuenta se vio sofocado por las ganas que tenía de estar con él, de volver a vivir la intimidad de aquella noche.

Aquella noche se abrieron con cierto apremio porque creían que no volverían a verse jamás. Quería a aquel Nik otra vez y quería volver a ser aquella Mia, quería que todas las noches fuesen como aquella noche y, por lo menos, iba a luchar para conseguirlo.

–Tú fuiste quien insistió en que deberíamos trabajar por nuestra relación.

–Yo seguiré en el palacio, Mia. Los empleados estarán yendo y viniendo todo el rato. Es mejor que tú…

–Trabajas como un demonio. Una vez jugado el partido de fútbol, ya ni siquiera tenemos entrenamientos y no te veo casi.

–Cenamos todas las noches…

La impotencia fue dejando paso a la rabia. ¿Por qué la apartaba cuando estaba empezando a ver lo que quería ella misma y cuando estaba aprendiendo a alcanzarlo?

–Andreas y Eleni también están. No es lo mismo que si… –Mia se movió para taparle el paso, como había hecho él antes–. No quiero dormir sola, me he acostumbrado a esperarte en la *chaise longue*.

Entonces, los ojos le abrasaron a Nik y ella, por primera vez, entendió lo que estaba pasando. Estaba tan tenso como ella, pero, entonces, ¿por qué se empeñaba en poner distancia entre ellos?

–No es bueno para tu espalda. Duerme en la maldita cama y yo iré a ver qué tal estás todas las noches.

–Pero…

–*Thee mu*, Mia, no lo compliques más todavía.

No pudo contener más su genio y estalló como un trueno.

–¿Yo lo complico? ¡Por favor, Nik! Prácticamente, me secuestraste en Miami; te empeñas en que hagamos lo que está bien por nuestro hijo; puede decirse que haces todo lo posible para que no pueda resistirme a ti… y ahora, cuando no puedo pasar ni una hora del día sin pensar en ti, cuando estoy a punto de arder en llamas por las ganas de besarte y tocarte, ¿quieres mantenerte alejado?

–Mia…

–¡No! ¡Escúchame!

Estaba gritando como no lo había hecho nunca, las lágrimas que no había derramado se le acumulaban en la garganta y el corazón

se le desbordaba. Jamás había necesitado a nadie como necesitaba a Nikandros.

–No quiero dormir sola y no quiero que el poco tiempo que pasamos juntos se reparta con Andreas y Eleni, y también estoy completamente segura de que no quiero que me dejes a un lado con la excusa del trabajo y del maldito trato. El cual, por cierto, te ha consumido tanto que tienes ojeras y vas por ahí como un oso malhumorado que le arranca la cabeza a cualquiera que se atreva a hablar contigo. Quiero que estés aquí conmigo –Mia apoyó la cabeza en su pecho–. Nik, por favor…

Ella subió las manos por su rígida espalda hasta que llegaron a la nuca y se introdujeron entre su pelo. Era una maravilla sentirlo entre las manos, era maravillosamente sólido y masculino. No quería dejar de abrazarlo, correría hacia él aunque temiera que fuese a destrozarle el corazón.

Le bajó la cabeza hasta que pudo mirarlo a esos ojos azules que habían empezado a significarlo todo para ella. Lo besó en la mejilla, aspiró su olor y se serenó por dentro. ¿Cuándo había empezado a ser su amarre?

–¿No volverás a hacerme el amor? Te necesito, me siento como si fuese a deshacerme si no me besas, Nikandros.

Él le levantó la cara con una vena palpitándole en la sien y con los dedos entre su pelo en un gesto casi de dolor.

–Si lo hacemos, no habrá marcha atrás, Mia.

Nikandros le pasó la boca por la mejilla y se la bajó por el cuello. Ella sintió la humedad entre los muslos e, instintivamente, fue a juntarlos para contener ese anhelo, pero él introdujo un muslo entre ellos. Ella dejó escapar un gemido al notar el roce de su muslo en los sensibles pliegues.

–No, *glykia mu*, esas palpitaciones, tu excitación y los estremecimientos de tu cuerpo serán míos de ahora en adelante, Mia, como cada centímetro de tu cuerpo. Se acabó el tiempo para que te acostumbres antes de que te cases, se acabó el darle más vueltas, se acabo el salir corriendo de miedo y serás la esposa del príncipe temerario y la madre de sus hijos durante el resto de tu vida.

Esa declaración tan descaradamente posesiva acabó con la coraza que se había puesto contra él. Esas palabras, en vez de aterrarle, le produjeron una emoción casi ilícita y asintió con la cabeza.

–Has dicho hijos –susurró Mia contra su cuello mientras la llevaba a la cama.

Le lamió el cuello, que sabía salado, y volvió a lamérselo una y otra vez. Luego, le mordió levemente un hombro y sintió que le retumbaba el pecho.

Él, con destreza, le quitó el vestido y también se desvistió. Era digno de ver ese cuerpo bañado por la luz del sol. La tumbó en la cama y se puso encima.

–No creerás que vamos a quedarnos en uno, ¿verdad?

Nik le acarició el abdomen antes de bajar la mano hasta el borde de las bragas y bajárselas, y a Mia le costó entender que él había contestado a su pregunta con otra pregunta.

–¿No…?

–No, claro que no –contestó él con la voz ronca.

Él se giró para tirar a un lado la prenda de seda y le mostró una nalga muy prieta. Aquella noche había estado tan concentrada en lo que él desvelaba de ella que no se había deleitado con la belleza viril de su cuerpo. La tersura del imponente pecho que descendía hasta unas caderas estrechas… Sus muslos… Mia tragó saliva al acordarse de la fuerza de esos músculos cuando acometía dentro de ella. El cuerpo de él, como el de ella, estaba a punto y esa potencia contenida hacía que vibrara por dentro.

Nikandros volvió a darse la vuelta. Su miembro era largo y grueso y estaba dispuesto.

Sintió una oleada ardiente que le bajó de la cabeza a los pies y acabó concentrándose entre los muslos. Se apoyó en los codos y lo tomó con los dedos. Esa dureza aterciopelada era una maravilla. Subió y bajó las manos y a él se le hincharon las venas del cuello, aunque le agarró las muñecas.

–Hoy no, Mia. Hoy no vamos a jugar ni a ir despacio, *agapi mu*. Te necesito demasiado y voy a tomarte sin contemplaciones.

–Y a mí solo me importa tenerte dentro, Nik.

–Perfecto.

Entonces, la tumbó de espaldas y la acarició de arriba abajo.

–Vamos a hacer nuestro equipo de fútbol y tú, Mia Rodriguez Morgan, vas a ser la entrenadora.

–¿No te había dicho que quiero tener toda una prole de pequeños temerarios para poder correr detrás de ellos el resto de mi vida?

Él la miró, con las manos en el cierre del sujetador, y empezó a reírse. Ella podría pasarse así toda la vida, oyendo su risa y extasiada por su sonrisa.

–¿Pequeños temerarios? Tú tienes la culpa de haberme metido esa imagen en la cabeza, *pethi mu*. Ahora estoy más empeñado.

Le quitó el sujetador y le tomó los pezones endurecidos entre los índices y los pulgares. Mia arqueó la espalda y él bajó la cabeza para tomarle uno con la boca.

–Estoy seguro de que puedo convencerte de que es una buena idea –susurró él antes de lamerle el pezón.

Fue como si ese movimiento rítmico de la boca la partiera por la mitad con un placer deslumbrante. Entre jadeos, quiso mover la parte inferior del cuerpo, pero él no le dejó.

Le lamió, succionó y mordisqueó hasta que ella creyó que iba a morirse de pacer. Sentía torbellinos de placer en el bajo vientre y presionó el sexo húmedo contra el muslo cubierto de vello.

La besó entre los pechos y tuvo que agarrarse a las sábanas mientras cimbreaba las caderas dominada por el anhelo. Nik le puso las manos en las rodillas y le separó los muslos. Ella se quedó rígida.

–Toda entera… Mia.

Él, con el rostro contraído por el deseo, insistió hasta que ella cedió y separó los muslos por completo. Le sondeó los pliegues húmedos y se cerró con avidez alrededor de los dedos cuando los introdujo.

–Eres perfecta… tan apretada…

Mia dejó escapar un gruñido y se agarró a sus hombros mientras se colocaba entre sus piernas, le levantaba la pelvis y entraba con una cometida profunda. Fue como una explosión de estrellas. Estaba duro y ardiente dentro de ella, pero la levantó un poco y la llenó más con todo su grosor. Gritó de placer y llegó a un clímax incontenible, pero, aun así, algo le oprimía el pecho y era una punzada de miedo. El placer y la intimidad hacían que el miedo le bullera por dentro.

Él empezó a salir y una mezcla de pánico y otra cosa le atenazó las entrañas. Lo agarró de los brazos mientras los músculos pélvicos lo sujetaban para no perderlo.

–Tranquila, Mia. Abre los ojos y mírame.

Ella mantuvo los ojos completamente cerrados. Jamás se había sentido tan vulnerable y en carne viva, como si él tuviera todo su corazón entre los brazos.

Si abría los ojos, él vería hasta qué punto se había enamorado y sabría hasta qué punto le aterraba la idea. Ladeó la cabeza y contuvo las lágrimas que le abrasaban los ojos.

–¿No vas a mirarme, Mia? ¿No vas a compartir completamente

esto conmigo?

–Estoy aquí, Nik –ella abrió los ojos como impulsados por un resorte–. Toda… entera.

Le tembló la voz al decirlo y le acarició las orgullosas facciones de su rostro. Era como si el corazón no fuese a dejar de ensancharse en el pecho.

–Nunca en mi vida había estado tan presente y esto… lo mágico que es este momento… me aterra, Nik. Si le pasa algo a esto que tenemos… sea lo que sea, no podría soportarlo, me desgarraría completamente.

–No va a pasarle nada, Mia, no lo permitiré –replicó él besándole la sien con delicadeza.

Entonces, empezó a moverse dentro de ella otra vez, fueron unos movimientos rápidos y profundos, con un anhelo visceral que la desarboló y la reconstruyó.

Efectivamente, la tomó sin contemplaciones, sin falsa consideración, como si él también estuviera intentando detener el momento en ese instante.

Mia le hundió los dedos en los glúteos y arqueó las caderas para seguir el ritmo de sus acometidas, –Así, Mia, muévete conmigo, confía en tu cuerpo.

El anhelo fue adueñándose de ella otra vez mientras se movía al compás de su cuerpo, mientras aprendía a dejarse llevar por ese deseo elemental que había reprimido siempre con puño de hierro. Era una fricción intensa que le derretía los huesos y, cuando Nik cimbreó las caderas con maestría erótica, ella volvió a salir volando sin control.

Nikandros, que repetía su nombre como una letanía, fue detrás de ella, acometió una vez más y se desmoronó con un estremecimiento que le sacudió todo el cuerpo.

Tenía la piel húmeda mientras volvía lentamente al mundo presente y Mia apoyó la frente en su hombro para aspirar el olor que formaban los dos. Todo lo que había sentido en su vida, el dolor, la rabia, el miedo… todo parecía perder el brillo y la intensidad ante el amor que la llenaba por dentro. No pudo contener la sonrisa que le brotó en los labios cuando él se dejó caer a un lado y la abrazó con fuerza.

–Entonces, el equipo Nikandros… –comentó Nik.

Una tarde, a última hora, estaba en las murallas mirando Drakon

y el puerto que se veía a lo lejos. Había cumplido todas las exigencias de Gabriel, quien llegaría al cabo de unos días y se empezaría a trabajar sobre el terreno para construir un complejo turístico.

Estaba apasionado. Drakon habría cambiado por completo dentro de diez años y su nombre pasaría a la historia. No sería Andreas Drakos ni Theos Drakos, sería él, sería su legado para la posteridad, el legado del enclenque segundón.

Se dio la vuelta cuando notó que Mia estaba acercándose.

–¿Has pasado un buen día en el despacho, cariño? –le preguntó ella ladeando la cabeza.

Esa chispa irreverente hizo que él sonriera.

–Ven…

La abrazó cuando la tuvo cerca y suspiró.

–Esta era mi fantasía favorita cuando era pequeño. Me imaginaba que era un caballero que salvaba el castillo de los enemigos y que mi padre y mi hermano se enorgullecían de mí, que Drakon se enorgullecía de mí.

–¿Por qué él, Nik? –le preguntó Mia.

En ese momento, cuando veía muy poco a Nikandros, entendía los recelos de Andreas. Los asistentes rechazaban todas las citas y reuniones que no tuvieran que ver con Drakon y alegaban que el príncipe no tenía tiempo.

–No irás a decirme que es el único inversor que has encontrado para Drakon…

–¿Y por qué no Gabriel? El trato no salió adelante hace años por lo que yo hice. Ahora tengo que arreglar aquel embrollo. Para Theos, fue otro de mis fracasos.

–¿Es importante que triunfes aquí, Nik? –ella lo miró con un nudo de miedo en la garganta–. Te has hecho un nombre en todo el mundo, has convertido en oro todo lo que has tocado, ¿no ha quedado satisfecho ese anhelo apremiante? Sé que sientes pasión por Drakon, pero me gustaría… que bajaras el ritmo.

Él se encogió de hombros y se tragó la sorpresa. Mia era una revelación constante; su perspicacia, su manera de preocuparse por todo el mundo mientras era discreta… Tenía algo tan natural, tan auténtico, que todas las relaciones que había tenido, todas las propiedades y todos los éxitos, se desvanecían cuando miraba a Mia.

–Ojalá pudiera, Mia, pero me pasa algo cuando estoy entre estos muros.

La miró justo cuando ella le tomaba entre las manos sus mejillas

sin afeitar. Tenía unas manos frágiles y con los huesos delicados, pero el pulso le latía con fuerza y firmeza. Pronto empezaría a hincharse con su bebé, pero él seguía dándole vueltas a los fantasmas del pasado, seguía permitiendo que esa sombra ponzoñosa le estropeara el presente.

Sin embargo, no había futuro si no hacía frente al pasado y había estado viviendo a un ritmo disparatado. Nunca había hecho nada a medias, nunca había tenido miedo de lanzarse al vacío sujeto solo por una cuerda. Acertara o se equivocara, había vivido según sus propias reglas… y eso implicaba demostrarle a Theos de lo que era capaz antes de que cayera definitivamente en la locura.

–¿Es más importante que lo que estamos construyendo, Nik? ¿El trato… el éxito en Drakon es más importante que lo que significa para nosotros como familia?

–Es empezar de cero, Mia, para ti y para mí, en un Drakon donde me he ganado un sitio.

¿No lo había hecho ya un millar de veces? Entonces, de repente, se dio cuenta de por qué estaba haciéndolo, por qué estaba matándose, por qué trabajaba a todas horas para cerciorarse de que se satisficieran todas las exigencias de Gabriel Márquez. Quería cerrar el trato antes de que falleciera su padre. Para él, era la última oportunidad que tenía de demostrarle a su padre de qué pasta estaba hecho.

Había tratado con Andreas, había oído cómo había maltratado el rey Theos a sus hijos y cómo había jugado con ellos, y estaba aterrada de lo que su padre podría decirle a Nikandros. Sentía la necesidad más apremiante de llevárselo de Drakon, de impedir que esa sombra estropeara el porvenir que tenían juntos.

Una parte del corazón de Nikandros siempre estarían en Drakon y eso no podría impedirlo ni Theos ni Andreas ni ella ni todos ellos juntos. No tenía que preocuparse por lo que pudiera hacer Isabella, tenía que preocuparse por Drakon.

Nikandros era tan implacable porque había tenido que marcharse de Drakon, y solo le habían quedado algunos retazos del hombre generoso que ella había vislumbrado… y lo poco que le quedaba de corazón estaba ocupado por Drakon.

Sintió una opresión en el pecho al darse cuenta.

Sin embargo, él no cambiaba de opinión dijera ella lo que dijese y le aterraba que no bastara con decirle la mayor verdad de su vida. No dijo nada y esperó que Nikandros saliera victorioso, como siempre, y que entonces pudiera aceptar su amor… y, a lo mejor, amarla a ella también.

Cerró los ojos mientras él la abrazaba y aspiró con fuerza su olor. Jamás encontraría un hombre como Nik, un hombre que vivía la vida plenamente, un hombre que hacía que cada minuto y cada día fuesen más resplandecientes, un hombre que se preocupaba… El corazón estuvo a punto de reventarle cuando la besó en la sien y se la llevó consigo.

La llevó a la cama y le hizo el amor con una pasión infinita. Durante los días siguientes, se rio con ella cuando estaban en la cama. Apoyaba la cabeza en su abdomen y le hablaba al bebé aunque ella le decía que no podía reconocerlo.

Justo antes del amanecer, le contaba cómo sería el futuro cuando el señor Márquez se ocupara de Drakon, lo deslumbrante que iba a ser y lo bien que iba a salir todo.

Como si la felicidad todavía fuese un concepto ambiguo y que había que alcanzarla. Como si no fuese palpable en tantos momentos maravillosos; cuando le arregló el invernadero y lo inauguró haciéndole el amor allí, cuando estuvo a su lado mientras llamaba a su madre para decirle que iba a casarse muy pronto, cuando él gritó de placer al ver que ella se arrodillaba y le decía que quería hacer realidad su fantasía más íntima…

Como si no fuese ya el hombre perfecto.

Ella se reía y escuchaba como si no estuviese irremediablemente enamorada de él.

También sabía que le consumía la necesidad de reivindicar su valía ante su padre, que era peor que cualquier adicción, peor que cualquier cima que hubiese anhelado alcanzar.

Si lo perdía, no tendría muros que la defendieran de las tormentas, no podría rehacerse porque Nikandros era la vida para ella.

Capítulo 11

NIK, POR favor, ¿no podrías despedirte de este sitio?»

Desde que Mia se lo susurró al alba, él supo que algo iba a salir mal. Su intuición le había salvado la vida más de una vez y, en ese momento, le decía que dejara el pasado donde estaba. Sin embargo, ¿cuándo había hecho lo que se esperaba que hiciera?

Había logrado todo lo que se había propuesto y no descansaría hasta que viera a su padre una vez más, no podría mirar de cara el porvenir hasta que enterrara las diferencias con su padre. Por eso, se montó con Andreas en la limusina de cristales oscuros.

El vehículo salió del palacio y se dirigió hacia la residencia en el campo donde su padre había estado «convaleciendo» durante los últimos años. Salieron de la ciudad y recorrieron la zona montañosa con pequeños pueblos en las laderas de las montañas.

–Vas a llevarte una sorpresa cuando lo veas, Nik… y él también –comentó Andreas–. Se altera por cualquier cosa y no se calma fácilmente –Andreas se rio con una amargura que le produjo un escalofrío a Nik–. No aceptó de buena gana la convalecencia, Nik, tuve que obligarlo. Estaba estropeando las conversaciones de paz, quería aumentar los impuestos, decía que iba a casarse otra vez, estaba concertando el matrimonio de Eleni con uno de sus amigotes, un hombre de sesenta años… Tuve que detenerlo.

–No te reprocho lo que tuviste que hacer, Andreas. Bastante tiempo lo soportaste. Si alguien debería tener remordimientos…

Su hermano, sin embargo, no estaba escuchando.

–Empezó a dar patadas, a gritar y a llamarnos de todo a mi madre, a mí y a cualquiera que se le ocurriera. Entonces, me contó algo que había hecho hacía años.

Nikandros nunca había visto tan furioso y crispado a su hermano, como si por fin estuviese perdiendo el dominio de sí mismo.

–Andreas…

–Cuando te vea, lo perderá, y lo necesito cuerdo…

La limusina de detuvo de repente y Nikandros se quedó sin saber lo que su hermano había estado a punto de decir.

Todo el personal sanitario estaba alborotado alrededor del edificio blanco que se veía en una colina. El agua de los arroyos añadía un poco de agitación y la rocas que rodeaban la villa eran escarpadas.

Lo único que oyó Nik en medio del caos fue que su padre había conseguido escaparse de su habitación. Andreas estaba pidiendo información a gritos cuando Nikandros lo vio. Dio una palmada en la espalda s su hermano cuando vio una figura solitaria sobre una roca.

Nikandros no había corrido tan deprisa en su vida. Andreas y él rodearon la roca para llegar a Theos por los dos lados. Su padre tenía el pelo canoso, estaba demacrado y la carne de la cara le caía en pliegues. Sin embargo, esos ojos de color azul eléctrico que había heredado Nik seguían siendo penetrantes y miraban desde unas cuencas muy hundidas.

–Nikandros… –le llamó Theos con una voz ronca, como si se hubiese olvidado de hablar.

–Sí, padre. Dame la mano y bajaremos juntos.

Theos miró la mano de Nik como si fuese un arma.

–¿Es verdad que has vuelto a traer a Gabriel Márquez a Drakon?

Nik no pudo disimular su sorpresa. Miró a Andreas y vio un brillo de odio gélido en sus ojos.

–Todavía tengo mis espías, Nikandros. Tu hermano ha hecho de todo para amenazarme, pero sigo teniendo personas que me son leales, que protegerán mis secretos incluso cuando yo no esté.

Andreas soltó una maldición y Theos se encogió.

–Andreas y yo vamos a reconstruir Drakon con la inversión de Gabriel –le explicó Nik solo para volver a captar la atención de Theos.

Los ojos de su hermano reflejaban una rabia tal que él sintió un escalofrío.

Sintió lástima de Theos, pero, en ese momento, quiso proteger a Andreas. La furia de Andreas parecía muy profunda.

–Entonces, hice bien en apostar por ti –comentó su padre con una satisfacción perversa.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Nik.

–Déjalo, Nik –intervino Andreas al mismo tiempo.

–Me casé con tu madre solo porque el ADN indicó que eras un niño. Camille solo era una seguidora furibunda de la realeza que se entregó a mí, no era mejor que la niñera que tuvo a Eleni, pero

necesitaba otro heredero. Sin embargo, los médicos me dijeron en cuanto naciste que no me servirías. Al final, mis genes se impusieron. Me has enorgullecido, Nikandros, te has ganado un sitio en la Casa de Drakos.

No había asimilado casi las palabras de su padre cuando Andreas intervino otra vez y le tendió la mano.

–Apártate del borde, padre. Tenemos asuntos pendientes.

–Todavía puedo nombrarte príncipe heredero, Nik –Theos le lanzó una mirada suplicante–. Solo te pido que mantengas a tu hermano alejado de mí.

Andreas solo gruñó, pero su padre retrocedió presa del pánico y se resbaló con el musgo de una de las rocas. Ninguno de sus hijos pudo agarrarlo y murió con un grito y una mirada desencajada en los ojos.

Horas más tarde, Nikandros estaba en el despacho de su hermano y esperaba a Andreas con el espectro de la muerte de su padre dándole vueltas todavía en la cabeza. Se pasó una mano temblorosa por la cara, la verdad que había averiguado esa tarde le oprimía el pecho.

Naturalmente, todo tenía sentido ya. Su madre y su padre no habían vivido juntos, ella se había marchado en cuanto había sabido que su hijo estaba bien. Podía imaginarse a su padre insultándola por, supuestamente, haberlo engañado y por haberle dado un enclenque. Él sabía que, durante todos esos años, ella solo había querido protegerlo de la cruda realidad. Andreas tenía razón, su mala salud había sido su salvación.

Sin embargo, el dolor persistía. Se quedó el resto del día en la casa de campo para organizar el traslado de cuerpo de su padre al hospital. Le harían la autopsia y los médicos darían un informe. Entretanto, Eleni y Andreas se habían reunido con sus equipos de relaciones públicas para redactar un comunicado oficial.

Theos había sido tóxico hasta el final y no había dejado de azuzar a sus hijos el uno contra el otro. Le impresionaba que pudiera llorarlo.

–¿Has encontrado lo que venías buscando? –le preguntó Andreas mientras entraba en la habitación.

–Sí. Quería que él supiera lo que he logrado para Drakon y yo quería saber por qué había sido siempre tan despiadado conmigo.

–Tenías una madre que te adoraba y ahora tienes amor con Mia. Has evitado tener el mismo destino que yo.

Theos le había privado de su hermano, un hermano que, como había comprobado hacía poco, no era el malnacido que él le había llamado muchas veces, ni mucho menos.

–Me marcharé justo después del entierro. Tengo que alejarme un tiempo del palacio –comentó Andreas con las manos en los bolsillos.

–¿Qué va a pasar con Drakon?

–Me habría gustado que hubiese vivido más tiempo para que viera que la economía de Drakon resplandecía como una joya bajo tu liderazgo. Drakon te tiene a ti.

Nikandros no tuvo tiempo casi de asentir con la cabeza antes de que su hermano se marchara y lo dejara con todo lo que había ansiado en un momento dado, y con nada a la vez. Andreas había reducido sus logros a un pequeño y conciso resumen.

Había que atender un millón de asuntos y él les dedicó su atención.

Sin embargo, durante los días siguientes, no podía quitarse de la cabeza las palabras de su padre y el escalofrío que sintió. Cuando su madre fue al palacio, él abrazó con fuerza su diminuto cuerpo y aspiró su olor. Se sintió como ese chico enfermizo que se había aferrado a ella mientras anhelaba la presencia de su padre. Él no había sido suficiente, no había hecho nada que fuese suficiente para Theos.

Sin embargo, saber que aun así había querido a su padre y que había sufrido tanto por la necesidad de que Theos lo valorara era como una herida infectada.

Mia… No podía mirarla a los ojos sin delatar la emoción que lo dominaba cada vez que la tenía cerca. No podía soportar su lástima. Ella le había rogado que no viera a su padre, pero no había dicho nada más y se había ofrecido a él cuando la había necesitado.

Una felicidad vertiginosa se adueñaba de él cada vez que olía su olor a rosas y la emoción le atenazaba la garganta.

Tenía la sensación escalofriante de que estaba siguiendo los pasos de Theos, de que Mia y él solo se casaban por el bebé. No, él nunca sería tan calculador y despiadado como su padre, nunca descuidaría a su hijo de esa manera… y, sin embargo, ¿no estaba repitiendo la misma historia por otro motivo? ¿No estaba atándose a otra persona que no había querido casarse? ¿Lo habría elegido ella de no haber sido por el bebé y por la insistencia de él? ¿Le obsesionaría eso como le había obsesionado la falta de aceptación de Theos? ¿Empañaría para siempre su relación con Mia?

Después de todo lo que había pasado, y en contra de las últimas palabras de su padre, él había descubierto que era débil, que

siempre anhelaría lo que se le negaba, que siempre anhelaría el amor más profundo porque eso era lo que él hacía. Él amaba con todas sus fuerzas y no sabía hacerlo de otra manera.

Era posible que al haber estado protegido de las adversidades durante tantos años su forma de ser hubiese cambiado para siempre… y amaba a Mia con toda su alma, y también sabía que pronto reprocharía a Mia que tuviera tanto poder sobre él, que no lo amara igual, que siempre estuviera fuera de su alcance.

¡No podía vivir así! Arruinaría la vida de ellos dos y de su hijo. Además, le importaba un rábano que Drakon pidiera un heredero. Los malditos sacrificios que eso exigía solo se compensaban con amor. La idea de alejarla de allí era insoportable, pero tenía que hacerlo.

Andreas se marchaba y Gabriel estaba esperando para empezar.

Durante los días siguientes, y con Eleni al lado, trabajó con los equipos de comunicación del palacio. Su índice de aceptación subió cuando Gabriel y él emitieron un comunicado en el que anunciaban una era nueva para la historia de Drakon y la nueva imagen que iba dar Drakon al mundo como principal destino del turismo de lujo.

Los mismos críticos que lo habían llamado el príncipe temerario y que habían dicho que era una deshonra para la Casa de Drakos, decían en ese momento que era su salvación.

Al parecer, por fin tenía todo que había deseado y, sin embargo, también lo había perdido todo de un día para otro. Lo que más deseaba era el amor y se había dado cuenta, demasiado tarde, de que no podía forzarlo.

Todos los temores de Mia se habían cumplido durante las semanas siguientes, empezando por la muerte del rey Theos.

Nikandros trabajaba día y noche con Eleni y el personal del palacio y cada vez asumía más funciones del príncipe heredero.

Ella jamás se había sentido tan desamparada. Cuanto más intentaba hablar con Nik, más distante se mostraba él. Era una distancia que parecía crecer incluso cuando se sentaban a ambos lados de la mesa todas las noches. Él se limitaba a decirle que Drakon lo necesitaba en ese momento. Ella quería replicar que qué pasaba con ella, pero le parecía egoísta y se lo callaba.

Sin embargo, él estaba dejándola a un lado y ella no tenía manera de alcanzarlo.

Solo se sentía cerca de él, solo sentía que estaba con ella cuando le hacía el amor.

Drakon estuvo de luto durante semanas después de la muerte del rey Theos, pero la sombra que proyectaba sobre sus hijos no desaparecería jamás. A juzgar por todo lo que ella había oído decir sobre ese anciano odioso, estaba dispuesto a amargarles las vidas a sus hijos incluso después de muerto.

El día del entierro pasó como había llegado.

Las flores del jardín estaban en todo su esplendor, pero las semanas se sucedían unas a otras y Mia veía cada vez menos a Nikandros. Estaba taciturno y distante y, cuando ella intentaba hablar sobre el rey Theos o Andreas, él le decía que no tocara ese tema.

No había vuelto a saberse nada sobre Andreas después del entierro. Nadie, ni siquiera Eleni, sabía dónde estaba. Entonces, se enteró de que Nik iba a viajar al extranjero. No pudo soportar más la tensión y fue a buscarlo. Lo encontró en su despacho, detrás de la mesa de caoba y mirando por la ventana.

–Nikandros… –susurró ella para intentar disimular el tono alarmado.

Él se dio la vuelta. Parecía cansado, con una sonrisa abatida.

–Has debido de enterarte de que me voy dentro de un par de horas.

–Me habría gustado enterarme por ti.

Él arqueó una ceja.

–Eso no me ha impresionado nunca, en ningún sentido –añadió ella.

–Me marcharé un mes, como mínimo.

–¿Tanto…?

Él no parecía nada preocupado.

–Andreas va a hacer un recorrido por Oriente Próximo y no me gustaría perdérmelo.

–¿Está bien? ¿Has sabido algo de él?

–No, pero estoy seguro de que está bien.

Aunque él le había quitado importancia a su preocupación, ella veía que sí estaba preocupado.

Independientemente de las sombras del pasado, nunca dejaría de preocuparse por su familia. Sin embargo, ¿también se preocupaba por ella o ya la había relegado como a uno más de los retos que había superado?

–Sé que estabas deseando ver a tu madre –siguió Nik–. Deberías ir a verla y descansar un poco del ambiente malsano del palacio.

Él dejó escapar una risa tensa, carente de la energía que había tenido, carente de la felicidad que había encontrado en la vida. Fue

el sonido más nauseabundo que había oído ella en su vida, como si solo estuviese representando un papel, como si hubiese desaparecido la pólvora y solo hubiese quedado el casquillo.

–¿Estás pidiéndome que me vaya cuando más me necesitas?

–No te necesito, Mia. Solo necesito tranquilidad para asimilar todo lo que ha pasado.

–¿Y yo estoy impidiéndotelo por algún motivo? –preguntó ella con lágrimas como agujas en la garganta.

–Tú necesitaste tiempo la última vez, ahora soy yo quien lo necesita. Todo ha cambiado desde que Andreas se marchó, mi prioridad es Drakon y yo… Yo no voy a tener tiempo para ti. Deberías estar con tu madre y tu hermana. Incluso, es posible que pudieras tener allí el bebé. Iré a verte en cuanto pueda.

Era mentira. Nikandros, quien había dicho siempre la verdad, aunque fuese dolorosa, estaba mintiendo.

–Estás mintiendo. No irás a verme. Estás expulsándome de tu vida y ni siquiera sé qué he hecho –la desdicha se convirtió en furia–. ¿Qué he hecho mal, Nik?

–¡Mia! No hace falta ponerse tan melodramática por algo tan nimio. Además, no quiero seguir viendo esa preocupación constante en tus ojos. Bastante me estresa Drakon y, la verdad, ni siquiera es el momento indicado para que nos casemos.

Era lo último que había creído que oiría de él. Había esperado que padeciera por su padre, había esperado que la dejara a un lado, había intentado convencerse de que tenía que ser paciente, de que él encontraría la manera de volver con ella, pero eso… Ya no sabía qué pensar. ¿Se le había hecho muy cuesta arriba? ¿Le encrespaban los grilletes de la relación?

–¿Ya no quieres casarte conmigo? –le preguntó ella conteniendo las lágrimas–. ¿Qué ha pasado con la sinceridad, Nik?

Unas arrugas de tensión le rodearon la boca mientras se acercaba a ella.

–Tienes razón. Todo ha cambiado. Ya no soy el hombre que te pidió que te casaras conmigo por nuestro hijo. En este momento, para mí, el matrimonio no es algo sentimental e impulsivo, es algo político. No puede tratarse de un bebé y una mujer. Por el momento, no puedo casarme. Además, si los dos no estamos seguros al cien por cien de que queremos casarnos, el matrimonio solo sería un campo de batalla lleno de resentimiento y ninguno de los dos queremos eso.

Mia no contestó, creía que no podría contestar ni aunque quisiera. Se marchó y cerró la puerta con las piernas temblorosas. Si

se le estaba despedazando el corazón, no se enteró, jamás había estado así de helada.

–¿Por qué le has dicho que se vaya?

Nikandros, que estaba en la terraza, se dio la vuelta y vio a su hermana con el ceño fruncido. Habían pasado dos semanas desde que Mia se marchó. Esperaba que ella hubiese visto a su madre, esperaba que estuviese en el seno de la familia. Esperaba que entendieran cuánto las amaba Mia y cuánto le había dolido separarse de ellas durante esos años.

–Porque soy un cobarde y porque la amo.

–No sabía que fueses un mártir, Nik –replicó ella con sorna aunque no podía disimular la preocupación.

–No lo soy, lo que pasa es que por fin he aprendido lo que es la supervivencia, querida hermana. He aprendido cuál es el precio de vivir temerariamente, sin control. He aprendido que mi corazón no soporta más cicatrices. Además, una vez muerto el rey chiflado y con Andreas en paradero desconocido, tengo que protegerme, ¿no? Al menos, hasta que Andreas vuelva.

Eleni lo miró fijamente y con el pasmo reflejado en las facciones cansadas del rostro.

–Nunca pensé que serías como el resto de tu sexo idiotizado, querido hermano.

–¡Eh!

Nikandros le dio un manotazo con poco entusiasmo. Era imposible mantener la fachada desenfadada con su hermana. Estaba completamente agotado y todavía tenía que hacer miles de cosas antes de que acabara la semana. Cuántas tareas interminables, rutinarias y desagradecidas había hecho su hermano durante tantos años y sin rechistar. Estaba impresionado. Además, él estaba haciéndolo sin que Theos criticara y cuestionara cada decisión que tomaba. Había sentido rencor hacia Andreas por haber estado tan cerca de su padre tanto tiempo, pero tenía que haber sido un castigo del destino.

Eleni se puso a su lado junto a la balaustrada de la terraza.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué te debilita amar a Mia? Te nutres de sentimientos, vives por puro instinto, dijiste que no había nada tan liberador y tan estimulante como tomar lo que la vida te ofreciera.

–Sí, pero eso también hace que lo quiera todo, Eleni. La amo más que a la vida y no puedo vivir con menos. Espero que nuestro hermano vuelva antes de que me quede encadenado a este palacio para siempre. La idea de Drakon sin Andreas es ridícula.

–Pero estás tú.

–Yo no soy él.

–No, claro, tú eres tú. Tú eres el corazón de nosotros tres, Nik. Nuestro padre estaba loco de verdad por no haber visto lo que tenía. Andreas es el orgullo de Drakon, pero tú… tú eres su corazón, Nikandros. Tú tienes el espíritu de aquellos primeros guerreros. Tú eres pasión y risa, eres la propia vida.

–¿Y qué eres tú, Ellie?

–Yo soy la argamasa que os une a los dos.

Nikandros se echó a reír y se frotó los ojos. La preocupación por Andreas lo corroía por dentro.

–Necesita que lo reemplacemos. Creo que volverá. Dile a la prensa que se ha ido con una expedición al Polo Norte.

–¿Qué?

–Dijo que eso era lo que quería hacer.

–¿Y crees que lo ha hecho?

–No, pero volverá pronto esté donde esté.

Eleni se quedó en silencio y se apoyó en su hermano. Nikandros la rodeó con un brazo y se preguntó cómo era posible que una persona dejara un vacío en la vida de alguien.

–Pídele que vuelva, Nik. Convéncele de que has recuperado el juicio. Dile que es lo que tenéis que hacer por vuestro hijo.

–No. Tiene que decidir ella, Ellie. No puedo pasarme el resto de mi vida preguntándome si me amará, si se ha quedado conmigo porque era lo seguro, lo juicioso.

–¿Juicioso, Nik? Ninguna mujer en su sano juicio elegiría la montaña rusa que es tu vida. Ella te ama, Nikandros. ¿No te das cuenta?

–Si me ama, volverá, y si no, tendré que dejarla en paz.

–Esta noche has invitado a cenar a Gabriel Márquez –le recordó Eleni con un suspiro.

Nik gruñó. Jamás había estado tan cansado. Llevaba más de dos semanas sin parar. Además, sus aposentos eran como una catacumba sin Mia. Se había resignado a no dormir desde el primer día y nadaba a medianoche para intentar cansarse. Lo que menos le apetecía era negociar con Gabriel.

–Puedo ocuparme yo de él si quieres, Nik. Le daré alguna excusa, lo entenderá con la muerte de nuestro padre y la

desaparición de Andreas.

–No puedo endosártelo, Ellie, como tampoco puedo dejar que trabajes noche y día. ¿Qué ha sido de las vacaciones que tenías planeadas? ¿Qué pasa con los planes para tu propia vida?

Su hermana siempre había estado ahí, siempre había tenido una palabra amable y una sonrisa para él, siempre le había dado un consejo sensato a Andreas, siempre les había organizado todo sin que siquiera le dieran las gracias. ¿Andreas y él habían tratado bien a alguien? ¿Era ese el legado que les había dejado Theos? ¿Por eso había tenido que escaparse Andreas? Esas preguntas y el dolor que le producían eran incesantes.

–De verdad, Nik, no me va a pasar nada por ser la anfitriona del señor Márquez una noche –replicó Eleni alejándose de él–. No voy a dejar que todo recaiga sobre ti. En estas circunstancias, sin Andreas, vas a reventar. En cuanto a mi futuro, Drakon es mi futuro.

Hubo algo en su tono que lo desgarró, pero no supo qué era.

Se dejó caer en la cama otra vez y el olor a rosas le invadió la cabeza. El nudo en las entrañas lo atenazó con más fuerza y el dolor fue más profundo. La echaba mucho de menos.

Echaba de menos su preocupación por él, echaba de menos la calidez de su cuerpo después de una noche agotadora, echaba de menos el color que le daba la pasión a su piel morena… Era como si tuviera un agujero en las entrañas, pero si hubiese dejado que se quedara, se habría resentido ella y su amor por ella, no habría podido soportar el veneno que habría intoxicado las vidas de los dos.

Capítulo 12

CONSEGUIR LLEGAR al palacio, acompañada por su madre y Emmanuela, sin que Nikandros lo supiera se había convertido en una pesadilla de logística que no habría podido llevar a cabo sin la ayuda de Eleni.

Sin embargo, después de tantos años, no quería dejar a su madre, y, además, su madre había entendido lo aterrada que estaba sin que ella hubiese tenido que decirlo en voz alta. Según lo que podía saber, había cruzado el Atlántico solo para que la rechazaran, pero no podía darse por vencida sin pelear.

Nikandros la necesitaba lo reconociera o no. Había visto que el dolor por su padre lo había dejado desolado y que la marcha de Andreas lo había desgarrado. En vez de ocuparse de él, había dejado que la expulsara de su vida, se había creído sus falsedades cuando Nik, desde el principio, había demostrado con sus actos lo que ella significaba para él.

Si tenía que cansarlo y acabar con su resistencia, lo haría.

Cuando había preguntado por Andreas para aprovechar su ironía imperturbable, Eleni le había contado que no había vuelto todavía. Le había contado que había pasado más de un mes y que Nikandros estaba abrumado por las inversiones con Gabriel y las tareas habituales del palacio. Eso le formó un nudo en la garganta y la convenció más todavía de que la necesitaba a su lado.

Ella no sabía decir cosas bonitas y elocuentes, pero quería sorprenderlo y demostrarle lo mucho que significaba para ella. Si tenía que pasarse el resto de su vida demostrándole que lo adoraba, lo haría.

Sin reparos, le exigió a Eleni, no se le pidió, que le buscara la mejor peluquera y maquilladora que pudiera encontrar en una tarde, un vestido largo que no fuera a usar nadie esa noche y las joyas adecuadas para la mujer que iría del brazo del príncipe temerario.

–¿También quieres una diadema de diamantes? –le había

preguntado Eleni con ironía.

–Si puedes conseguirla, sí –había contestado Mia sin dudarlo–… ¿y te importaría quedarte conmigo?

Eleni había echado la cabeza hacia atrás y había resoplado, había dado gracias a Dios porque, por fin, Mia estaba metiéndose en el papel de princesa de Drakon.

Todo se había organizado en un par de horas.

Eleni y Mia se habían pasado la tarde bebiendo daiquiris, sin alcohol para Mia, y viendo un desfile de vestidos largos desde sobrios a recargados, desde los que eran de una seda delicadísima hasta lo que tenían un escote tan bajo que enseñaría el ombligo.

Luego, pasaron a las joyas y, a juego con el vestido, Mia había elegido unos pendientes colgantes de diamantes, pero había rechazado la diadema. Tenía un nudo de emoción por dentro y dejó que la mimaran. Incluso, había dormido un rato entre el baño de barro y el masaje, algo que su cuerpo llevaba días exigiendo.

Le habían ondulado el pelo y parecía de seda salvaje y, con ayuda de Eleni, se puso el vestido largo color melocotón que habían elegido. Ya se le notaba el embarazo, pero la falda del vestido era amplia y lo disimulaba muy bien. Le daba igual quién la viera o lo que pensara, pero quería mantener un elemento de sorpresa para Nik. El corpiño, con abundantes volantes, y el sujetador sin tirantes hacían que su escaso pecho pareciera rebosante bajo el escote con forma de corazón. El vestido caía con delicados pliegues hasta los tobillos, los pendientes colgantes resaltaban los toques blancos del vestido y las sandalias con tiras plateadas remataban el conjunto.

Se miró en el espejo de cuerpo entero y se dijo que tenía que ser valiente. Si Nikandros hubiese querido una princesa, habría sido más fácil. Incluso habría sido más fácil si hubiese querido una esposa glamurosa como quería Brian, pero solo quería a Mia… y todo lo que eso significaba. La Mia del campo de fútbol, donde nadie podía hacerle daño; la Mia que había sido antes de que su padre cayera en la ludopatía; la Mia que estaba descubriendo que podía llegar a ser si eso significaba que el príncipe temerario sería suyo… y solo suyo.

La fiesta estaba en todo su esplendor cuando Nikandros llegó. Seguía sin saber nada de Andreas. Había tenido una reunión con el Consejo de la Corona y con algunos ministros del Gobierno y les había asegurado que todo iba sobre ruedas. Incluso ellos podían ver la dimensión de las inversiones que estaban planeando Gabriel y él.

No había desvelado los planes definitivos, pero era otra carta que se guardaba para un futuro próximo.

Lo habría celebrado de no haber sido por el dolor que sentía en el corazón. Todas las mañanas, cuando se despertaba, pensaba que la ausencia de Mia le dolería menos, que ese día no pensaría en ella a todas horas, pero todos los días acababa acostándose con la sensación de que el corazón se le estaba muriendo.

Con una copa de champán en la mano, se mezcló entre la pequeña multitud que había en el salón de baile. La fiesta se celebraba para recibir a Gabriel, para que conociera a algunos de los empresarios más importantes de Drakon, pero le había pedido a Eleni que también incluyera a personal del palacio. Habían estado trabajando incansablemente con él y Nikandros estaba dándose cuenta de que no llegaría a ninguna parte sin un buen personal.

Salió a uno de los balcones cuando Louisa, una empleada de archivos, se acercó a él y le dejó una nota en la mano. Él miró el papel y frunció el ceño, pero ella ya había desaparecido cuando lo leyó.

Tengo veintiuna semanas y mi mamá era una jugadora de fútbol muy buena. Si quieres saber algo más, ve al jardín que le regaló él.

La nota estaba escrita con una letra irregular que no reconoció. Sintió como un puñetazo de esperanza que casi lo tumbó. Terminó la copa de champán, la dejó y salió corriendo al jardín.

El olor era embriagador y, aunque estaba oscuro, vio un sobre en la ventanita de la pérgola. El corazón le retumbaba en los oídos mientras lo abría y alisaba la nota.

Mi papá era el príncipe temerario, pero mi mamá dice que ahora solo es el príncipe y que a ella le gusta más así. A lo mejor hay otra pista en el invernadero que él le construyó.

Él titubeó un par de segundos antes de dirigirse al invernadero y de ver otra nota que ondeaba al lado de una de las singulares orquídeas que Mia había sacado adelante antes de que se marchara.

Mi mamá dice que mi papá la mandó lejos de aquí, pero que ella no renunciará a su príncipe. Aunque tendrá que encontrarla. Vete al sitio donde han vivido las leyendas de Drakon durante siglos.

Fue a la biblioteca y encontró otra nota.

Mi mamá dice que el príncipe y ella empezaron con buen pie con su equipo de fútbol. Pásate por la sala de proyecciones para encontrar la siguiente nota.

Fue a la sala donde habían visto partidos de fútbol con bolsas de palomitas y gritando comentarios a la pantalla. Se rio a carcajadas cuando llegó allí. Había hecho que la buscara por todo el palacio, lo había llevado a todos los sitios donde habían estado juntos.

Encontró otra nota encima del DVD.

Si quieres saber si soy niño o niña, vete a la cocina.

Fue a la cocina, donde la había tomado un amanecer porque había dicho que tenía hambre. Esa vez, había una nota y algo más sobre la mesa. Era una imagen en blanco y negro, una ecografía, y hasta él, que no sabía nada de bebés, pudo ver como dos guisantes diminutos pegados el uno al otro.

Mi mamá dice que mi hermana será la capitana del equipo de fútbol, pero los chicos también juegan bien al fútbol, ¿verdad?

Rebosante de alegría, fue a sus aposentos y se encontró a Mia en medio de la sala con un vestido largo de color melocotón. Su piel resplandecía a la luz de la lámpara de techo y lo miró de arriba abajo con una alegría solo comparable a la de él.

–Has tardado mucho –comentó ella entre las risas de él.

–Más has tardado tú en volver conmigo.

La miraba con avidez y el corazón se le salía del pecho, así que se quedó apoyado en el marco de la puerta para que se le apaciguaran las emociones. Si la tocaba en ese momento, le desgarraría ese precioso vestido largo y la tomaría con tal voracidad que podría hacerle daño.

–¿Son dos, Mia? –le preguntó él mirándole el abdomen.

–Son dos, Nikandros –contestó ella con lágrimas en los ojos–. Además, los tres te hemos elegido porque te amamos.

Él se dejó caer contra la pared y le temblaron las piernas por primera vez en su vida. No había sentido eso ni ante el precipicio más alto ni en la noche más oscura, jamás se había estremecido de aquella manera.

Mia se acercó a él como un sueño hecho realidad.

–Eres el hombre más sexy, encantador y maravilloso que he conocido y no voy a renunciar a ti sin pelear. Quiero compartir lo bueno y lo malo contigo, quiero ser tu amiga y tu amante, quiero serlo todo para ti. Nikandros, seguiría eligiéndote después de cien años o una eternidad. Nadie puede compararse con lo que significas para mí. Te amo con toda mi alma y solo pido lo que tú dijiste una vez, que nos demos una oportunidad, que dejemos que esto crezca, que me dejes demostrarte que te llevo en el corazón. No te dejaré por nada…

Él siguió en silencio y su rostro reflejó algo que le atormentaba. Mia dejó escapar un gemido y le pasó una mano temblorosa por los orgullosos rasgos de su cara.

–Nikandros, por favor, di algo, lo que sea. Dime cómo amarte, dime qué necesitas de mí y yo te lo daré. Tengo amor más que suficiente para los dos.

Él dejó escapar un gruñido y la besó en la boca mientras le susurraba todo tipo de palabras cariñosas que acabaron con los últimos temores de Mia.

–Tuve que alejarte de mí, tenía que saber si me elegirías. Nada me había costado tanto en mi vida, fue como desgarrarme el corazón con mis propias manos. Te amo, creo que me enamoré de ti hace años, cuando te veía correr por el campo como una centella. Me creí todas las mentiras que me contó Brian porque me resultaba más fácil tenerte manía. Te amaré con toda mi alma, *glykia mu*. Drakon, todos mis logros… nada me importa si no estás a mi lado.

–Siento haber tardado tanto en haberme aclarado –se lamentó Mia con lágrimas en los ojos y abrazándolo con fuerza.

Él le rodeó la cabeza con las manos y la besó por todos lados. Mia se estremeció por el contacto de su cuerpo granítico y por el deseo que estaba despertando en ella. Entonces, él se puso de rodillas y le besó el abdomen con un brillo de felicidad tan resplandeciente en los ojos que Mia supo que lo habían conseguido, que ella había encontrado a su príncipe, al hombre que le enseñaría a amar.

Epílogo

Siete años después

La princesa Mia de Drakon se apoyó en los codos para ver mejor a sus gemelos de seis años que jugaban al fútbol con su padre en la playa. El sol le calentaba agradablemente la piel y el agua le refrescaba los pies. La playa se extendía a lo largo de kilómetros bajo los acantilados y el agua era de un color tan turquesa que no dejaba de impresionarle. Era como un rincón del paraíso.

Además, durante los siete años de matrimonio, se había convertido en un refugio privado para Nik, los gemelos y ella. Siete años de matrimonio en los que Nikandros se había afianzado como el principal asesor económico de Drakon.

Una semana antes, se había terminado el proyecto que había puesto en marcha con Gabriel. Habían sido siete largos años de arduo trabajo, pero Drakon ya era la joya más valiosa de Mediterráneo y su economía estaba floreciendo en el mercado mundial. Además, por cada hora que había pasado para hacer realidad su sueño, Nikandros le había dado mucho más a ella.

Era un marido cariñoso y un amante ardiente. También era el mejor amigo, un hombre que cumplía todas las promesas que le hacía a sus hijos y a ella. No se perdía ni un solo día de vacaciones y se percataba de todos los logros de los gemelos. Entre los chicos y las actividades benéficas deportivas, su vida resplandecía con felicidad y orgullo.

Él le gritó y ella lo miró.

Los pantalones cortos azules le colgaban de las caderas. Notó que la miraba de arriba abajo con una intensidad abrasadora.

Entonces, el balón le llegó volando y Nik pudo devolverlo a duras penas. Mia sonrió y lanzó un grito de ánimo cuando Tia disparó el balón por encima de la cabeza de su hermano Alexio y hacia la imaginaria portería. Nikandros los dejó discutiendo, se tumbó en la arena al lado de ella y sus muslos se rozaron. Saltaron las chispas al instante.

Nik le tomó la cara con una mano y le dio un beso apasionado. Ella introdujo las manos entre su pelo y se deleitó con su lengua. En ese momento, el balón pasó otra vez por encima de ellos y se separaron entre risas.

–Ya te dije que íbamos a enfrentarlos –se lamentó Mia al oír la discusión entre los gemelos por un gol.

Nik se limitó a sonreír con una mirada maliciosa. Ella se había empeñado en esperar antes de que se quedara embarazada otra vez. Ya le costaba bastante tener que compartirlo con los inagotables gemelos, fuera el príncipe de Drakon o no. Quería que se conocieran mejor, que se quisieran más antes de tener otro hijo.

Nik la tumbó de espaldas y le pasó una mano por el abdomen con una mirada incandescente.

–¿Te acuerdas de lo que dijimos del equipo?

Ella asintió con la cabeza y aguantando la respiración como una adolescente. Su arrebato de amor todavía la dejaba sin respiración y hacía que se sintiera el centro de su mundo. Nada se lo arrebataría, ni la política, ni las aventuras ni nadie. Le apartó el pelo de la frente con las manos temblorosas por la oleada de amor que la había dominado por dentro.

–Sí, Nikandros, estoy dispuesta.

–Entonces, esta noche… ¿Después del baño de medianoche?

Ella se rio, se incorporó un poco y lo besó en los labios.

–Estaré encantada de ir a esa cita.